

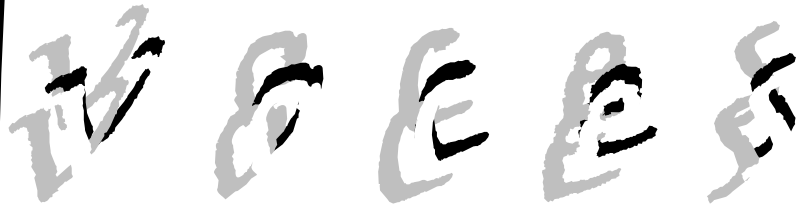
La Habana, agosto 2010

Índice:

- Orlando Luis Pardo Lazo (1) *Reportaje al pie de la horda*
Claudia Cadelo (4) *Líderes de una revolución alternativa*
Eduardo Laporte (7) *Yo no sé qué tienen los perros*
Melkay (9) *La mejor selección del mundo*
Wendy Guerra (13) *Entre Perseverancia y Virtudes*
Iván de la Nuez (15) *El cercano Este*
Reinaldo Escobar (18) *El alcance de la "ciber-disidencia"*
Emilio Ichikawa (19) *Papel y pantalla*
Jorge Ferrer (21) *Escribir un blog cubano (decálogo)*
Yoani Sánchez (23) *Ése ya no volverá*
Antonio José Ponte (25) *Una infancia sin cómics/
una adolescencia sin pornografía.*
Juan Abreu (28) *Una educación sexual*
Miriam Celaya (30) *Carta abierta a la BBC*
Maikel Iglesias (35) *Pinar del Río City*
Jesús Díaz (36) *Réquiem*
Luis Marimón (38) *Muerte el Yumurí*
Mirta Suquet (39) *Prosperidad y bondad:
la otra cara del iluminismo martiano*
Miguel Iturria (43) *Martí: espiritualidad
y manipulación política*
Ernesto Morales (45) *La felicidad del corredor
de fondo*
Ena Lucía Portela (49) *Huracán*
Dimas Castellanos (56) *Los límites del inmovilismo*
Yoss (60) *Próximos pero lejanos:
el universo de al lado*



IMAGEN: Alen Lauzán



www.vocescubanas.com/voces

VOCES



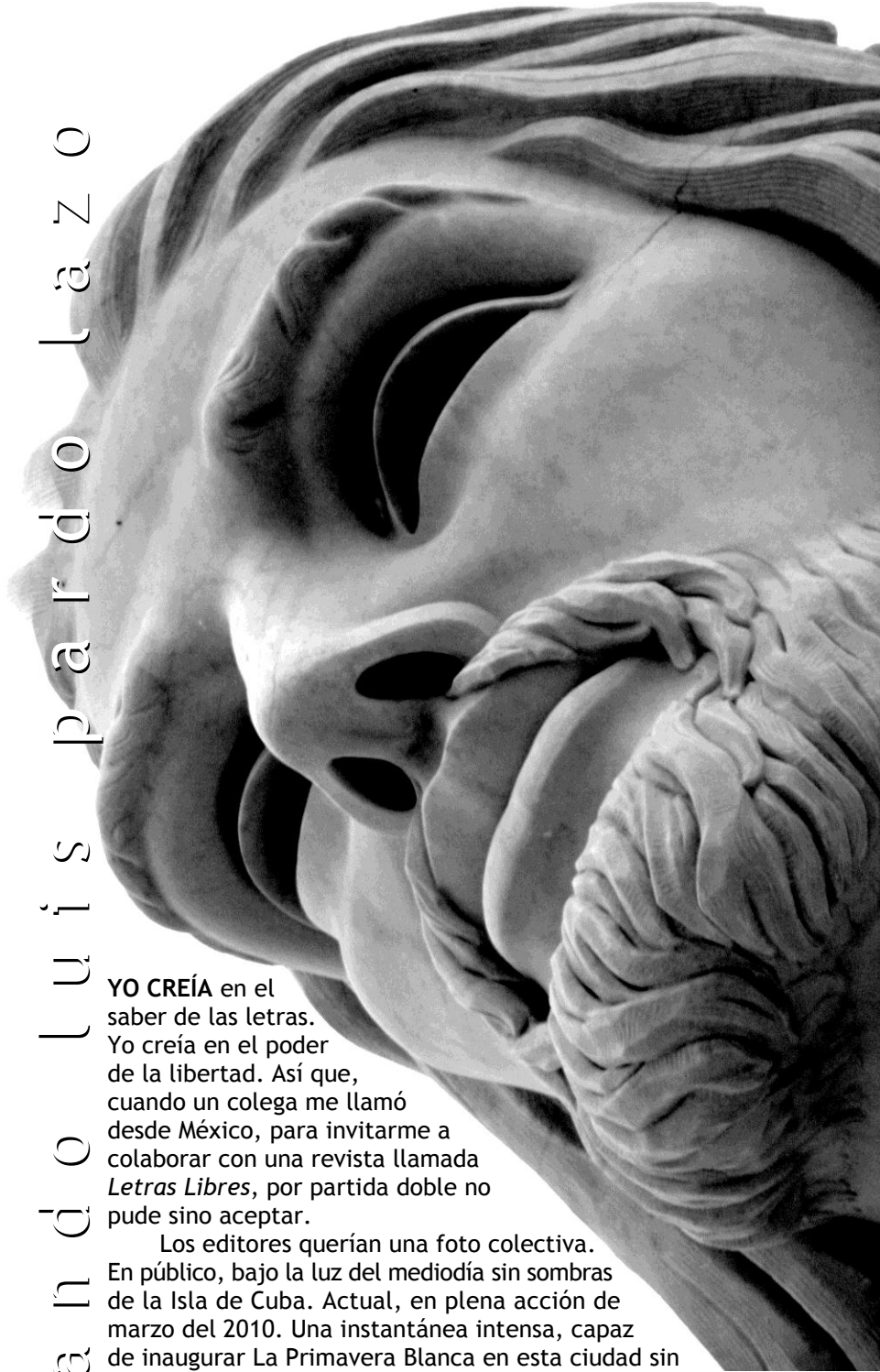
vocesvocesvoces@gmail.com

O f l á n d o L u i s p a r d o L a z o

YO CREÍA en el saber de las letras. Yo creía en el poder de la libertad. Así que, cuando un colega me llamó desde México, para invitarme a colaborar con una revista llamada *Letras Libres*, por partida doble no pude sino aceptar.

Los editores querían una foto colectiva. En público, bajo la luz del mediodía sin sombras de la Isla de Cuba. Actual, en plena acción de marzo del 2010. Una instantánea intensa, capaz de inaugurar La Primavera Blanca en esta ciudad sin estaciones. Me pedían, por supuesto, una foto de las Damas de Blanco en su intrépido peregrinar a ras de una Habana devenida Meca de los actos de repudio.

Acepté. Me negué. Acepté. Me negué de nuevo. Y volví a aceptar. Tuve miedo de ser testigo. Sentí pánico político no sólo de las letras, sino de mis propios píxeles en libertad. El título de aquella revista de pronto me sonaba a oxímoron: letras libres, ¿para qué...? { V/1 }



Al cabo de una semana de dudas y un megabyte de *e-mails*, me sentí el ser más mezquino del universo. Decidí hacerlo, o no volvería a tomar una foto digna ni creería en mí como autor: un ente con autoridad estética, incluso contra todo tipo de autoridad estática. Ser cronista de mi época no podía convertirme en cómplice de aquella ni de ninguna otra crisis social. Le mandé a mi colega un lapidario *e-mail*: "Sí".

Esa madrugada de sábado para domingo no dormí. A las 7 de la mañana tomé una laberíntica ruta P1, desde el proletario suburbio de la Virgen del Camino hasta el aburguesado barrio donde se empina la Parroquia de Santa Rita, en la Quinta Avenida de Miramar.

Tan pronto entré, una señora se me encimó. Pensé que aquel sería el fin. Pero sólo me llamó aparte y me pidió guardar la cámara dentro de la iglesia. Tenía razón, yo no había reparado en la obscenidad comercial de mis lentes en aquel recinto sagrado.

Guardé la Canon en la mochila y pedí mil perdones a la señora. Probablemente, tartamudeé. De (mala) suerte que ella me preguntó si yo era extranjero, por mi pronunciación que daba bandazos de lo puntilloso a lo precario. No, para nada (en vano intenté imitar al argot cubano más clásico). ¿Periodista acaso? Tampoco. ¿Y en-ton-ces?, paladeó como quien pregunta: ¿po-li-cía?

Por favor. Mi nombre es Orlando Luis Pardo Lazo. Escribo y hago fotos de mi país personal, muchas las publico *ipso facto* en un blog bloqueado que una amiga me presta en internet. Si desea, le dejo la dirección para que lo verifique: *Boring Home Utopics*. Como ciudadano, me represento sólo a mí mismo. Tal vez a una fracción del futuro que nunca fue. Estoy aquí justamente para perder esta paranoia que enturbia ahora nuestras miradas y nos hace parecer peores cubanos. Disculpe, ¿puedo sentarme ya? La misa está a punto de comenzar.

Y avancé hacia ellas. Hacia los bancos más claros, a mitad de la luminosa nave de aquella parroquia modernísima y republicana a la par. Yo, sentado de súbito entre las Damas de Blanco. Oyéndolas incluso respirar. Oliendo sus perfumes, no sé si caros (las acusan de mercenarias de Miami) o baratos o si era la galante fragancia de los gladiolos, estandartes de gladiadoras que cada cual portaba casi a escondidas allí dentro, como yo mi cámara digital.

Cerré los ojos. No sé si recé. De hecho, no sé si sé rezar. La voz del padre era grave y los micrófonos le daban un eco de profundidad celeste. Cinco años atrás, ese mismo sacerdote había cerrado las puertas del templo a espaldas de las Damas de Blanco, en medio de una ordalía histórica pretendidamente popular. Si recé, lo hice para que hoy soplaran vientos de una misericordia mejor.

Cuando abrí los ojos, una de las mujeres de blanco me tendía la mano con una sonrisa paradisiaca. Se la estreché. Todos saludaban a todos como parte de la liturgia. Me sumé al entusiasmo de la solidaridad y entonces noté estar rodeado de personas mucho más tensas que yo: hombres solos, sin nada en las manos, pelo corto, pulcras camisas a cuadros o pulovitos de raya, cintos con celulares, en sus miradas cierto misterio de mármol ministerial. Era el uniforme civil de la Seguridad del Estado. *Alea jacta est: Cubanummatum est!*

Al término de la misa, las Damas desfilaron hasta la Virgen que preside la parroquia. Pidieron por los presos: por los enfermos y los sanos, por los resignados y por los que han decidido morir de hambre antes que esperar. Pidieron por sus familiares y por el resto del pueblo cubano. Pidieron por el alma de un muerto martirizado que su madre llamó como mi madre a mí: Orlando... Y oír aquel nombre propio en sus bocas quebró mi resistencia y rompí ridículamente a llorar.

Noté que yo no era el único. Y que esas lágrimas de vida serían nuestro {V/2} mínimo cordón de seguridad, porque la congregación ya se alejaba de las Da-

S
D
L
O
N
S
J
C
C
I
O

mas de Blanco, dando incluso un rodeo en la entrada para no rozarlas: los fieles temían contagiarse con la plaga de semejante plegaria. Y ellas de blanco todavía pidiendo justicia y paz. Prudencia y perdón. Sin alzar nunca la voz. Casi susurrando al oído de la santa patrona de lo imposible. Los gladiolos por fin en alto, para enseguida traspasar el umbral de la intemperie urbana y quedar, como las primeras cristianas, tan solas y tan salvas en la arena leonina de la Revolución.

Salimos, procesión condenada al repudio (acaso provocándolo como ejercicio de la virtud). Vi muecas, alaridos de lobos adolescentes con pomos plásticos que contuvieron tropicola o cubalcohol. Vi puños apuntando al cielo raso de la ciudad. Vi a una pobre señora deslenguada, ostensiblemente presidiaria u orate, bailando la conga demoníaca de quien desea deleitarse en el delito. Vi uniformados de todos los colores del arco ira. Vi carros de todas las marcas modernas inimaginables para un pequeño país supuestamente subdesarrollado. Vi gente gesticular desde los balcones de la Calle 42 de La Habana. Vi cámaras y creo que hasta un helicóptero filmando (mi Canon cobarde quedó dentro de la mochila por los gritos de los gritos hasta el fin de los tiempos). Todo un alef maléfico que se retorció a lo largo y ancho de la Avenida de las Américas, hasta alcanzar la sede del Parlamento Nacional.

Entonces las Damas de Blanco, en una doble fila que parecía partir en dos al mediodía de odio a su alrededor, corearon desafinadas aquellos mismos decibeles de domingo que, gracias al salvoconducto del Papa Juan Pablo II en persona, retumbara alguna vez en la Plaza de la Revolución: ¡libertad, Libertad, LIBERTAD...!

Y bajaron tranquilamente hacia el mar, yo imantado con ellas ante tanta ecuanimidad: mujeres no, mitos. Yo con la piel enchumbada de sus sudores tras tantas cuadras. Y bajaron nada menos que hasta la parada de la ruta P1, en Playa, ómnibus que abordé entre empujones profesionales como si yo no las conociera. De hecho, todavía no las conozco. Sus nombres se me trocan en los titulares que en Cuba nadie publicó. Ni siquiera una foto conservo de nuestro via crucis. De (buena) suerte que a mi colega de *Letras Libres* le envié imágenes no tan actuales de otro colega que me compadeció. Aún no he obtenido respuesta editorial.

S
I
U
J
S
I
O

Sé que han seguido produciéndose con frecuencia feroz, pero desde 1980 yo no sobrevivía a un acto de repudio en mi patria (no tenía entonces ni diez años; hoy cargo con ya casi cuarenta). Sé que no debo regodearme en esa debacle para nada espontánea, pero las imágenes reverberan cada vez más en mis pesadillas no sólo de fin de semana sino de muchas otras cosas que se rompieron y sanaron aquel Día del Señor.

Por eso prefiero ponerlo todo en palabras ahora, como el exorcismo de un extranjero que no entiende nada en principio, pero que enseguida todo comprenderá. Sé que hasta el Cardenal de Cuba ha tomado cartas de caridad en el asunto y que mi voz es inverosímil en cuestiones de Estado o *Realpolitik*. Por eso mismo lo apunto, para apostar no por las masas con mazas, sino por la piedad de una nueva *Realpersona*.

Para que, como pueblo pío, se nos olvide esta práctica perversa lo más pronto posible. Para no tener que contárselo a los cubanos que vendrán. Para que no existan nunca los cubanos que se vengarán. Para que el dolor que quema al blanco vivo a estas damas no se tiña de otro color vital. Para que el diálogo de las hordas no culmine en desastre. Para que un error dominical no convoque más los demonios del horror.

Y para seguir creyendo en el poder de las letras.

Y para seguir creyendo en el saber de la libertad. {V}

{ V/3 }

DURANTE los últimos 50 años el liderazgo en Cuba ha sido restringido a una sola persona: Fidel Castro Ruz. Incluso hoy, dos años después de que su hermano Raúl Castro asumiera el poder, cuando eventos extraordinarios se suceden en la política nacional, vemos al Comandante en Jefe reaparecer para dejar claro que él es la voz, el medio, y el ejecutor único e ineludible de cualquier cambio en el devenir cubano.

Sumado a lo anterior, se le llama en los medios masivos de difusión “Máximo Líder”, lo cual implica una carga semántica importante: perpetuo, poderoso, omnipresente. Noción en fuerte oposición con los intereses de las nuevas generaciones y en detrimento del concepto que los más jóvenes pueden hacerse del liderazgo y por ende, del líder.

Todo ello fue tolerado en mayor o menor medida por el Estado, de acuerdo a la necesidad de supervivencia del mismo. No era posible mantener el dogma sin comida, y se estableció una relación de dependencia vital entre la política socialista y su enemigo ideológico número uno, el mercado, que renació en los años noventa en todas sus variantes posibles: paralelo, negro, mixto, campesino, etc.

Esta nueva ola de personas económicamente independientes del sistema y el surgimiento del llamado “trabajador por cuenta propia” dieron al traste con uno de los pilares de la doctrina comunista: *la propiedad social sobre los medios de producción*; y por ende calaron la ideología de las generaciones que crecieron en el centro de estos cambios.

claudia
cada día
líderes de una revolución
a la tierra

Esto ha traído como consecuencia que la definición de líder esté distorsionada y la dinámica de liderazgo sea equívoca. Las trabas directas sobre las libertades políticas y de expresión han ocasionado que personas que, en sociedades abiertas hubiesen podido redimensionar sus discursos, se hayan visto alterando sus propuestas en vistas a llegar a diferentes minorías dentro de la sociedad cubana.

El sistema de valores de la sociedad, sobre todo de aquellos nacidos después del año 1975, se vio seriamente conmocionado después de la desintegración de la Unión Soviética. La consecuencia directa de este derrumbe sobre la economía nacional propició el surgimiento del negocio familiar privado, fundamentalmente el alquiler de habitaciones, la gastronomía, el comercio ilegal de artículos de la canasta básica, la entrada de remesas del exterior y un auge que podríamos llamar astronómico del mercado negro e informal.

{ V/4 }

Es por lo anterior que de forma más o menos sutil en Cuba las voces jóvenes niegan en muchos sentidos ser calificadas como líderes o revolucionarias —otra de las palabras que ha bifurcado su semántica, adquiriendo una connotación social y política opuesta a la original: *revolucionario es aquel que apoya La Revolución Cubana y a sus líderes históricos*, o sea, que revolucionario ha devenido sinónimo de reaccionario—, y los jóvenes prefieren adjetivos menos *enérgicos* como “vanguardia”, “ciudadano independiente”, “performer”, “periodista independiente” o “artista independiente”.

Todo hace referencia al concepto económico de “por cuenta propia”, que prioriza la independencia total de la actividad realizada con respecto al Estado.

En otros casos, esta juventud se asume como revolucionaria, pero marcando explícitamente la diferencia de la línea oficial a través de la negación de la Revolución como proceso histórico de

50 años: Revolución implica cambio mientras que el Estado y el gobierno representan un *statu quo*, por tanto la Revolución Cubana ya no es revolucionaria. Entonces vemos surgir nuevos *slogans* y conceptos como Re-evolución o “La Revolución empieza ahora”, ambos del grupo de rap “Los Aldeanos”.

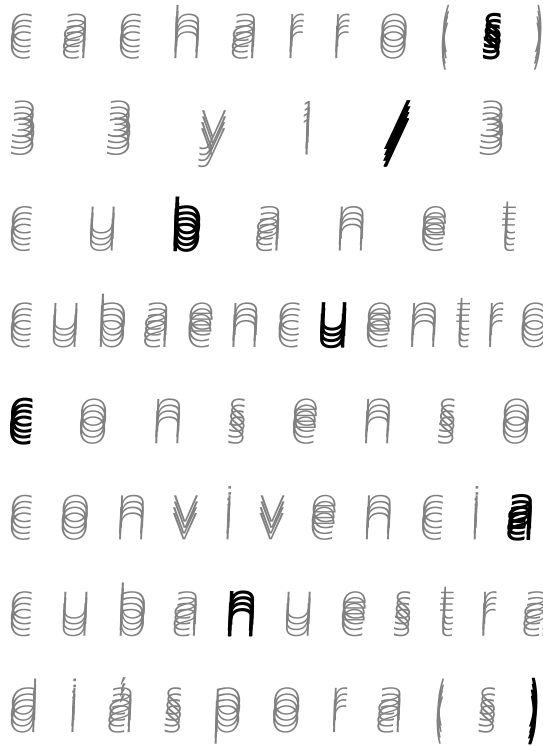
Junto al trabajo privado en el sector de la producción y los servicios, se fundan dentro del país las galerías independientes: **Espacio Aglutinador** (1994) —por Sandra Ceballos y Ezequiel Suárez—, donde se pretendió ante todo eliminar la llamada “curaduría oficial”, más cerca de la *Moral Socialista* que del *Arte*. Se conforman grupos performáticos que presentan una visión crítica de la sociedad cubana y hacen énfasis en las libertades individuales: el grupo de acción callejera y poesía **Omni-Zona Franca** (1997). Tania Bruguera funda la cátedra de **Arte-Conducta** (2002). Surgen publicaciones impresas independientes: revista **Vitral** (1995), bajo la égida del Centro de Formación Cívico Religiosa y dirigida por Dagoberto Valdés, quien es a la postre separado del consejo de redacción (2007) e inaugura un año más tarde **Convivencia** en formato digital. La revista literaria **Diáspora(s)** (1997-2002), por Rolando Sánchez Mejías, Carlos Alberto Aguilera y Pedro Marqués de Armas, entre otros. Se renueva, además, el movimiento de periodistas independientes, que pretendió sobre todo darle cobertura a aquellos eventos ignorados por la prensa oficial: promocionar la sociedad civil cubana, darle luz a las columnas de opinión libres, y cubrir los movimientos de oposición, poco conocidos entre los ciudadanos debido al control estatal sobre la información y la represión política.

alternativa
 alternativa
 alternativa
 alternativa
 alternativa
 alternativa
 alternativa

líderes
 líderes
 líderes
 líderes
 líderes
 líderes

Este auge de la producción literaria, cultural y periodística alternativa se vio seriamente afectado, entre otras causas, por el fracaso del sueño de la “Glasnost” y “Perestroika” en Cuba, la emigración de muchos de los artistas, la institucionalización de los proyectos, la censura de los medios y la represión —que tuvo su máxima expresión en el año 2003 con el encarcelamiento de 75 opositores al régimen, entre ellos 20 periodistas independientes, condenados a penas de hasta 30 años de privación de libertad—, que calaron la incipiente sociedad civil, la cual se vio obligada a “matizar el discurso”, a “negar el discurso anterior”, a radicalizar posturas, o simplemente a buscar nuevas vías de difusión para sus propuestas, entre ellas el formato digital.

A partir de 2005 nuevas publicaciones alternativas surgen dentro del marco de la tecnología informática y potencian su difusión: revista literaria **Cacharro(s)** (2003-2005), por Jorge Alberto Aguiar Díaz, Pia McHabana (Orlando Luis Pardo Lazo) y Lizabel Mónica; **33 y 1/3**, por Raúl Flores y Jorge Enrique Lage. Se incursiona en la prensa digital y los sitios webs publican los trabajos de la prensa alternativa, vanguardia de la publicación digital en sitios administrados desde el extranjero como **Cubanet**, **Cubanuestra** y **Cubaencuentro**. Se funda la revista **Consenso** (2004), cuya *web-master* sería tres años más tarde la precursora del movimiento de blogs dentro de la isla, Yoani Sánchez de **Generación Y**, y se convierte la tecnología en el soporte para la voz de una generación que no encuentra ningún otro medio donde expresarse. {V/5}



La llegada de la era digital abrió una grieta en el muro de control estatal sobre la información, lentamente el desarrollo —inherente al ser humano— rompió el cerco y llegó a cambiarnos la vida. El mundo de la informática creó posibilidades infinitas —aun no estamos ni a mitad de camino— y a pesar de las regulaciones que impedían al ciudadano cubano obtener por vías legales computadoras —esta ley fue eliminada en 2008— o acceder a Internet —aun sigue vigente—, gracias al eficiente mercado negro se salía poco a poco del desamparo tecnológico.

Una imprenta, un radio o una grabación en *cassette*, además del terrible riesgo legal que suponían, necesitaban una infraestructura mucho más compleja que un documento de *Word* en una memoria flash. Los jóvenes supieron aprovechar esta ventaja que les permitía, más allá de burlar la censura, saltarla completamente como si no existiera.

El carácter *underground* de las producciones digitales alternativas —blogs, revistas, envíos masivos de *email* por correos .cu, e incluso el uso de la web 2.0 para denuncias, por ejemplo, twittear sobre golpizas y arrestos, etc— agudizó el antagonismo entre el discurso oficial que se muestra en los medios masivos de difusión y esta otra visión de la realidad condenada a los kilobytes: los sin tierra de la red.

{ V/6 }

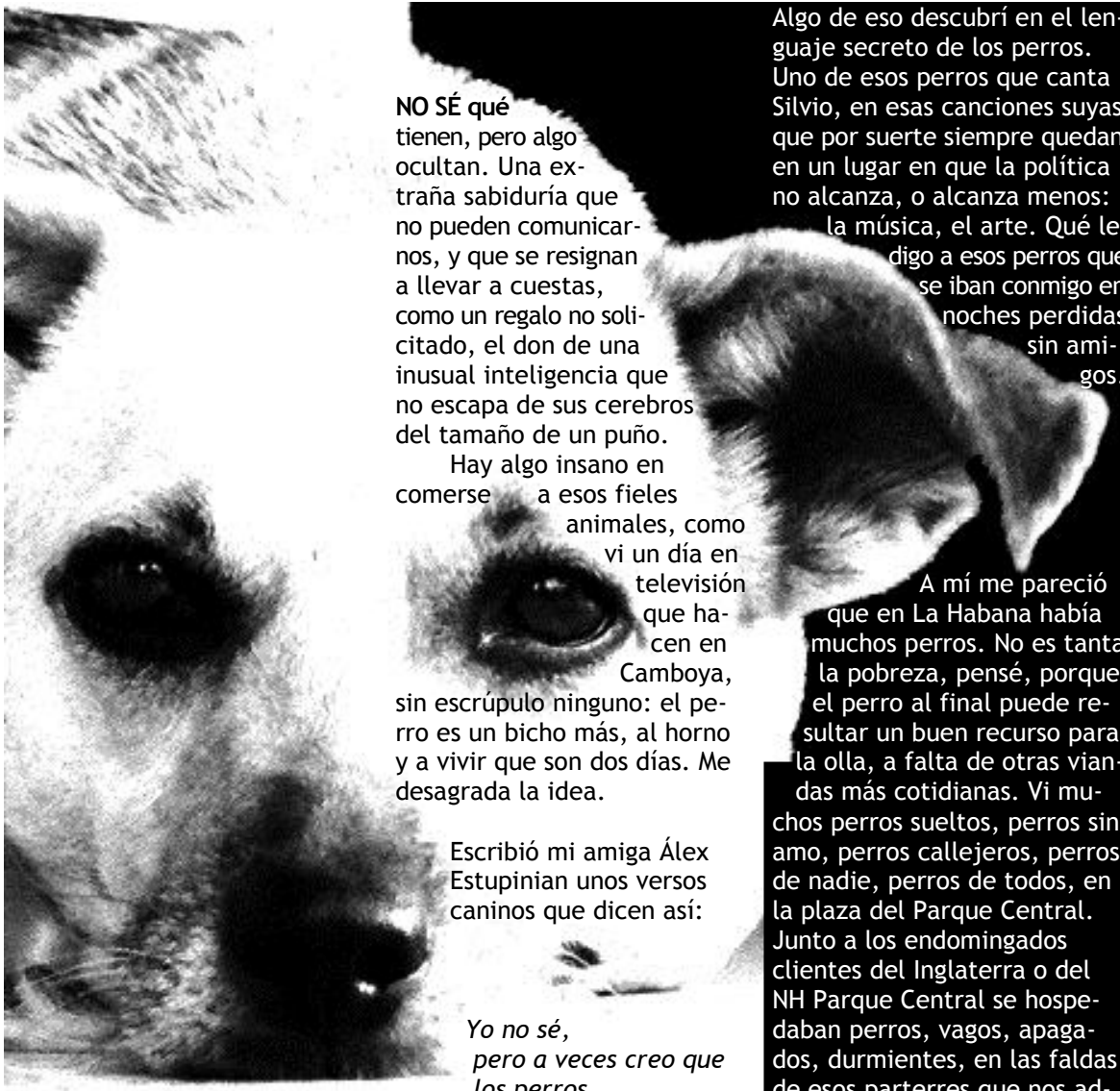
Mientras el acceso a información “independiente” se desarrolla y, a pesar de las enormes limitaciones, el acceso a Internet por vías “no autorizadas” aumenta, y el uso de celulares y de cualquier tipo de soporte de información se generaliza —sobre todo en las capitales de provincia, porque fuera de las ciudades principales el nivel de pobreza es muy alto—, el discurso oficial no sólo mantiene su línea, sino que recrudescer su discurso sin intensión aparente de “diálogo” con los más jóvenes: *la dirección histórica de la Revolución es la única capaz de conducir el país.*

Por razones naturales el futuro de Cuba pertenece a una nueva generación, que a pesar de no haber sido educada en condiciones de libertad ha sabido encontrar sus propios subterfugios libertarios. La tecnología, los celulares, las computadoras no están llegando a Cuba por voluntad política, sino porque la voluntad política es impotente ante la invasión tecnológica y, lentamente, el siglo XXI se abre paso dentro de la isla.

Innegablemente un nuevo líder le habla al cubano, uno democrático, joven y autónomo: la información. Cuba es el país con menos conectividad del hemisferio occidental. Según cifras del Ministerio de la Informática y las Comunicaciones, sólo el 10% de la población tiene acceso a la red —se toma en cuenta tanto el acceso a la red local nacional como a Internet. A pesar de ello, los jóvenes han encontrado en los blogs, los periódicos digitales y las revistas *online*, un instrumento invaluable para la libertad de expresión.

Sin embargo, la difusión no está restringida al acceso virtual, sino que los soportes digitales —memorias flash, CDs, DVDs, tecnología Bluetooth y tarjetas SIM— se han convertido en los mayores diseminadores de una información que impresa en papel se considera delito, pero que en datos electrónicos es ignorada por el código penal. {V}

{Blog Octavo Cerco}



NO SÉ qué tienen, pero algo ocultan. Una extraña sabiduría que no pueden comunicarnos, y que se resignan a llevar a cuestas, como un regalo no solicitado, el don de una inusual inteligencia que no escapa de sus cerebros del tamaño de un puño.

Hay algo insano en comerse a esos fieles animales, como vi un día en televisión que hacen en Camboya, sin escrúpulo ninguno: el perro es un bicho más, al horno y a vivir que son dos días. Me desagrada la idea.

Escribió mi amiga Álex Estupinian unos versos caninos que dicen así:

*Yo no sé,
pero a veces creo que
los perros
saben de la sustancialidad del mundo.*

Algo de eso descubrí en el lenguaje secreto de los perros.

Uno de esos perros que canta Silvio, en esas canciones tuyas que por suerte siempre quedan en un lugar en que la política no alcanza, o alcanza menos:

la música, el arte. Qué le digo a esos perros que se iban conmigo en noches perdidas sin amigos.

A mí me pareció que en La Habana había muchos perros. No es tanta la pobreza, pensé, porque el perro al final puede resultar un buen recurso para la olla, a falta de otras viandas más cotidianas. Vi muchos perros sueltos, perros sin amo, perros callejeros, perros de nadie, perros de todos, en la plaza del Parque Central.

Junto a los endomingados clientes del Inglaterra o del NH Parque Central se hospedaban perros, vagos, apagados, durmientes, en las faldas de esos parterres que nos advertían de no pisar un césped que no existía.

Yo no sé qué tienen

los perros

la **eduardo**
p o r t e

Aquellos perros estaban rendidos, derrotados, habían dejado de ser perros. Conservaban su sabiduría —aunque haya quien diga que los chuchos son tontos—, pero habían renunciado a comunicarla algún día. 50 años eran muchos, pesaban, y el descreimiento era ya grande. La desazón.

Aprecié como una herencia de derrotismo en esos canes, en esos animales de las canarias del Trópico que no se preocupan de apartarse del sol derrengante. Los veía despanzurrados, tristes, al borde un llanto eterno, sobre las calzadas de las calles principales, pero también de los rincones más oscuros de la noche habanera.

En mis internadas por Centro Habana los veía, a veces, pero no me daban miedo porque había desaparecido en ellos toda capacidad de lucha. Eran los perros más domesticados que había visto nunca, tanto, que habían perdido su esencia dentro del reino animal. Habían perdido su dignidad de perro, y eran un triste reflejo de lo que fueron. Dicen que los perros se parecen a sus amos, y todos esos cánidos, ya digo, eran de todos y de nadie, pero más de todos que de nadie.

En la mañana del 1ro de Mayo de 2009, cincuenta años después de la gloriosa y demás epítetos Revolución del Comandante Fidel, caí en el burgués acto de dejarme llevar por un bicitaxi. Hacía calor, llegaba tarde, no quería ir solo. Lo tomé, qué queréis. El calor, ya digo, era de plomo y el pobre conductor de aquel cacharro infernal ni se quejaba, aunque sus piernas temblaban como viejas cuerdas de ascensor cuando le daba a los pedales. ¿Igualdad? Siempre habrá un tipo que le lleve a otro, y ese otro jamás le llevará al primero. Siempre habrá un perro oscuro al que apartemos de un manotazo para que no nos moleste.

{ V/8 }



eduardo

orte orte orte orte

porta porta porta porta

telata telata telata telata

ortel ortel ortel ortel

porta porta porta porta

lata lata lata lata

eduardo



Yo en Cuba pondría de presidente a un jodido chucho, seguro que la cosa iría mejor. Esa mañana, con el sol líquido, extraña luz líquida que decía no sé quién (bueno, creo que Roland Barthes de la del sudoeste francés), por calles blancas como una Andalucía irreal, *arreal*, se nos apareció un perro. Un perro negro, un perro cubano, no un perro andaluz. Un perro real, no surreal, no daliniano.

Me miró a los ojos como pidiéndome ayuda, como diciéndome “eh, no te vayas, escúchame, estoy aquí, ayúdanos”.

Lo dejamos allá atrás, solo, en esa mañana de fiesta obligada y de consignas programadas, de sonrisas oficiales y orgullo patrio tan bien interpretado que muchos se lo acaban por creer, hasta que vuelven a su casa y todo sigue igual.

Yo no sé qué tendrán los perros, ese perro negro y mudo, pero cuando veo, aquí, en Madrid, a los perros saltarines, empalagosos, a veces agresivos, otras atléticos, otras todo eso a la vez, me acuerdo de los perros habaneros, quizá los animales más tristes que he visto nunca. Tan sólo el de Julia Núñez, cuando la visité en su casa de Belascoaín, me hizo pensar que aún había perros con rabia, pero rabia de la buena.

Era un gracioso salchicha, pero ladraba como un doberman. No me gusta que los perros me laderen, ni se me encaren, pero aquella vez me gustó ver esa entereza sobre cuatro patas. Era distinto al resto el perro de Julia Núñez. Era distinto a todos aquellos perros tirados por las calles, al sol, sin ganas ni para buscar la sombra.

Tristes, pienso ahora, como el hipopótamo, el cocodrilo o el oso polar que también he visto en Madrid, pero en el parque zoológico. {V}

{Blog *El náugrafo digital*}



la mejor selección del mundo



HA HABIDO un acontecimiento inmenso, un triunfo grande que quizás no mucha gente comprenda. Dentro de los que sí comprenden, de seguro, está mi amigo Alejandro Ruiz Estrada. Alejandro, cubano, ha sido hincha de la selección española de fútbol desde que tiene uso de razón. Él vio muchos Mundiales sin éxitos que celebrar. Rechinó los dientes y apretó los puños cuando en el 2002 una Corea inexperta se confabulaba con un linier mentiroso para sacar a España del Mundial, una vez más en cuartos, una vez más dando fuerza al mito del San Benito, esa maldición que tenía La Roja. Él vio como vino Luis Aragonés, el sabio de la hortaleza, y trató de tomar las riendas en el 2006, sólo para que Zidane (y no Francia) los sacara del Mundial. No más, dijo Aragonés. El viejo se subió las mangas y decidió cortar de tajo todos los vicios que frenaban a España.

Empezó no convocando más a Raúl, el “Ángel” (de la mala suerte), después de perder 3-2 con Irlanda del Norte en Belfast, el 3 de septiembre de 2007. Después de ese partido volvieron a perder, el 7 de octubre de 2007, con un 2-0 frente a Suecia. Tras ese partido fatídico en el que todo el mundo reclamaba el regreso de Raúl, Aragonés los despidió al descanso de invierno, cada uno a su club, y tres días antes del próximo partido los volvió a convocar. Ya no perdieron más. Jugaron y jugaron, ganando hasta que llegaron a la Eurocopa, y ahí también ganaron, y en semifinales fueron contra Italia la campeona a penales, y Casillas le enseñó a Bufón quién era el mejor portero del mundo. Y luego fueron contra Alemania y les ganaron. Y la gloria fue para ellos. Y si uso tantas conjunciones es porque así suena más bíblico y glorioso. Eran el mejor equipo europeo. España ganaba la Eurocopa, 44 años después del gol de Marcelino. { V/9 }

Tras eso, Aragonés se retiró y los recibió Vicente del Bosque, un hombre ejemplo para muchos, excepto para Florentino Pérez (presidente del Real Madrid) que le terminó su ilustre carrera como entrenador de aquel club, porque Del Bosque no cuadraba con su Real Madrid mediático, conformado por delanteros apuestos y con grandes nombres. Del Bosque, el gordo, tartamudo y bigotón, no cabía como técnico del club más glamoroso del mundo. Por cosas así el Madrid ha tenido que pasar un calvario como dejarse encajar un 4-0 por el Alcorcón..., porque menospreciar a Vicente del Bosque es pecado capital.

Ahora Vicente Del Bosque se alza como mejor director técnico del mundo, nunca perdiendo la compostura, salvando los partidos con su confianza en jugadores jovencitos, nunca retirando a los grandes y probados, ensayando jugadas, explotando la capacidad individual de sus jugadores hasta los límites y más allá, nunca confiándose, nunca pronosticando, nunca cejando. Parándose sobre los hombros de Aragonés (y de la escuela de la Massía) pudo enseñar que el mejor juego español, el toque y toque con dominio del balón y filigrana, era un fútbol capaz de ganarle a los equipos más célebres, violentos, defensivos o resultadistas.

Argentina nunca pasó de Cuartos porque los hilos que la mantenían unida se cayeron completamente. Unos jugadores no combinaban con otros, las "tácticas" de Maradona revelaron no ser más que afortunados saltos de fe, y al enfrentarse a su peor pesadilla perdieron por goleada humillante. Siguieron el camino que antes habían seguido los ex-campeones Inglaterra e Italia, tan llenos de veteranos y sin los extranjeros que hacen a sus ligas grandes, que cayeron al lodo sin gloria ninguna, incapaces de hacer nada con el balón a sus pies.

También perdió en cuartos Brasil, que por haber confiado en Dunga asesinaron su "jogo bonito" en pos de resultados seguros, sólo para que Holanda les demostrara que no hay táctica que reemplace al buen juego y que tienen que reencontrarse a sí mismos en menos de 4 años si no quieren un segundo Maracaná en el 2014 como lección. Los uruguayos jugaron como héroes y como héroes cayeron, traicionados por la debilidad de su portero, aunque tuvieron la mejor de las defensas y el jugador más esforzado, el { V/10 }

nombrado más valioso del Mundial, Diego Forlán. Uruguay nunca cejó, y sus dos anteriores (y antiguos) títulos no hicieron que se comportaran como Alemania, una Alemania joven y multicultural que era menos trabada y más audaz, y que ya sonaba trompetas de victoria.

Sin embargo, así como Brasil pereció frente a Holanda, Alemania se vio a sí misma frente al espejo cuando se cruzó con España, y lo que se vio fue un equipo inexperto y pálido, incapaz de imaginación alguna, incapaz de tener el balón, siendo "bailado" por un equipo sin títulos, pero con calidad. ¿Para qué sirvió la Historia? ¿Para qué tantas semifinales? ¿Para qué tanto bombo? No hubo nada que comentar ni discutir. Tal y como perdieron en la Eurocopa: los alemanes vinieron, vieron y volvieron a perder frente a La Roja.

El día D llegaría con un encuentro entre dos equipos que nunca habían tenido la Copa. La Copa tendría un nuevo dueño. Cannavaro, italiano descarado como pocos, sin haber aparecido nunca en este Mundial, regresó a Sudáfrica sonriendo como modelo a dejar la Copa en el estadio como capitán de los ganadores pasados. Salieron los holandeses al campo, los tulipanes, sabiéndose expertos en jugar finales (aunque nunca en ganarlas...) y con ellos salieron los hispanos, antes los gritos de miles de espectadores que aún no se recuperaban del *shock* de ver a su equipo en la Final. Si nunca habían pasado de Cuartos, ¿cómo tragarse esto? Si estaban acostumbrados a dudar, ser pesimistas, vilipendiar a sus jugadores, ¿cómo imaginarse vitorear una Final?

Resumen del partido, los españoles jugaron bien, los holandeses mal. Así de sencillo era, blanco y negro, no había razón para decidirse por la preferencia a un equipo. Holanda traicionó la memoria de Cruyff y de la Naranja Mecánica... No hubo pases, hubo golpes y juego destructivo. Jugaron con la desconcentración argentina y brasileña, la cobardía violenta de Italia, la ceguera desorientada de Inglaterra, la falta de creatividad de Alemania. España jugó como en su partido pasado, como ningún equipo ha jugado este Mundial.

¿Quién dice que hace falta meter 7 goles? Con un solo gol se puede ser el mejor. Por eso San Iker Casillas, el milagroso, que ha recommenzado su nueva racha con más de 450 minutos sin permitir gol, paró sin soltarla

tres relámpagos de Robben que todo el mundo iba a cantar como goles. Por eso Ramos, el del Madrid, volaba de extremo a extremo por su banda, cabeceando, recuperando, regateando, pasando con clase, defendiendo, fusilando, dando clases. Por eso Puyol fue otra vez más que un muro, y era una furia impasible que teniendo un gol en el partido pasado supo llegar otra vez más alto que todos, despejando o buscando la puerta ajena. Por eso Villa. Por eso fue grande todo el medio campo, todo el equipo.

Y al final, aunque todos lo temían, este partido no se ganó como la Final del 94 o del 2006, en penales. Lo parecía, pero no fue así. Iniesta fue instrumento una vez más de la inspiración infartante, de las jugadas que hacen historia. Quizás él pensó que le bastaba para morir orgulloso su rol en Stanford Bridge, en la Semifinal de la Champions League del 2009 contra el Chelsea, cuando el Chelsea tenía ventaja de un gol y el Barça sabía que un empate les hacía ganar por puntos y los hacía pasar. Y esto fue lo que hizo Iniesta aquel día. Y esto fue lo que hizo ayer.

Y, al quitarse la camiseta, abajo tenía el recuerdo de un amigo catalán fallecido el año pasado... Y si Casillas lloraba desde ese gol hasta el final por verse finalmente campeón, tras 12 años o más, entonces no puedo imaginar los ojos de la familia de Dani Jarque cuando vieron eso. Y si el Dios del fútbol volvió a bajar a ver a Andrés Iniesta y vio eso, vio que era bueno.

Este deporte tiene tanto drama que no puede tragarse de golpe. No alcanza una vida para saborearlo. Tiene jugadas gloriosas y tiene héroes y villanos. Previo a su designación como mejor jugador del mundo por la FIFA, Cristiano Ronaldo dijo: "Yo soy el uno, el dos y el tres del mundo". Quizás lo fue. ¿Lo siguió siendo? ¿Lo es ahora? ¿Hay motivo para que los medios sigan hablando bien de él? Mientras tanto, Puyol va en sus semanas de descanso a trabajar a la granja de su padre. E Iniesta, el Iniesta del Stanford Bridge, el de la humildad, el ejemplo de los niños, dedica su gol y su entrevista a todos los que lo han ayudado y a la memoria de un amigo muerto. Ese es el ejemplo del fútbol ganador. ¿Qué importa si la mitad de la selección juega en el Barça? Grandes como Xabi Alonso y portentos como Sergio Ramos y Casillas vienen del equipo rival, pero son también ejemplos de cabeza fría. Y todos,

los de Madrid y los de Bilbao y los de Cataluña y los de Asturias y los de Fuentebilla..., los que esperan cuatro Mundiales como Puyol y Casillas y los que juegan su primera Copa y ya son titulares como Pedrito..., todos están reunidos en un mismo "once" y eso es algo milagroso.

En tres años afortunados la selección española nos enseñó que lo que está bien es hacer las cosas bien. Que no existe camino para ganar si no es jugar bien todos, un fútbol total, con ambición, pero con perspectiva, con mucho trabajo y mucha entrega. Y que no hay que creer en ningún San Benito. Se puede.

Este fenómeno es demasiado grande para entenderlo a cabalidad. Sólo se puede sentir, y sentirse abrumado. No se puede contemplar. Ningún tipo de meditación te enseña a contemplar en plenitud lo que es vivir una Copa del Mundo de Fútbol. Ser la mejor selección de fútbol no es cualquier cosa. No es ser un grupo de hombres cualquiera que son los mejores en su trabajo. No. Los que piensen eso no entienden el fútbol.

Luego de que imágenes televisadas mostraran al pulpo Paul eligiendo a España como campeona, un comentarista mañanero se quejaba exultado: "¿Cómo es posible que el estado de ánimo de un país lo pueda decidir un pulpo comiéndose un mejillón? Es la cosa más estúpida del mundo. Es algo imbécil". Ese hombre tampoco entiende el fútbol.

¿Saben quién entiende el fútbol...? Rubén Uría:

"Basta con rascar en la superficie de una situación esperpéntica para diagnosticar que la selección española de fútbol pasa por ser, a día de hoy, el único consuelo social en el que encuentra refugio este país. España está siendo azotada por una crisis brutal, por un paro salvaje, por una justicia extravagante y una desconfianza creciente hacia la clase política. Con ese paisaje y ese decorado, este país sigue trufado de malas noticias, pero se resiste al pesimismo, todo cuello, aferrado a una magnífica noticia, su selección. España tiene necesidad de echarse a la calle, de disfrutar y sobre todo, tiene ganas de creer. Esas necesidades las ha cubierto, de pleno, una generación de héroes en pantalones cortos con la que toda la sociedad se siente identificada. Los futbolistas de España son brillantes, { V/11 }

plásticos, genuinos y carismáticos, pero sobre todas esas características, aparecen revestidos por un manto de cercanía y humildad. Ahí radica el éxito de Vicente del Bosque, Iniesta, Xavi, Casillas, Puyol, Piqué y compañía. Esta España es un ballet de casacas rojas, la banda sonora de nuestros hogares, la bandera del espectáculo y un sentimiento donde no hay partidas de nacimiento. Hay quien dice que el fútbol es pan para hoy y hambre para mañana, que una vez que España gane el Mundial todo volverá a ser un desastre y que enchufar la tele para ver al *jodío* pulpo es haber perdido la chaveta. Pero Paul, un oráculo a base de tentáculo, sólo es un heraldo de ocho patas que anuncia un viento de cambio, el de la ilusión”.

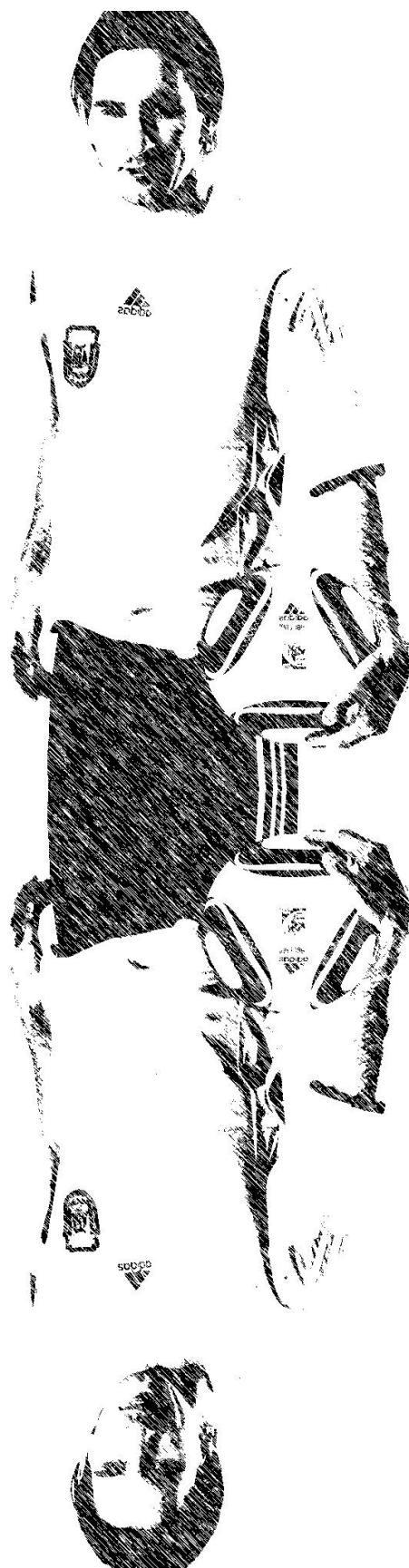
Tengo la certeza de que Alejandro Ruiz también entiende de qué se está hablando.

P.D.: Haciendo de abogado del diablo..., espero sinceramente que España pueda tener un poco más del optimismo colectivo necesario para avanzar. Sus últimos logros han sido convencer a Raúl de liberar presos políticos cubanos para así ellos intentar cambiar la Posición Común europea frente a nosotros (a fin de gustarle a un Chávez que quiere nacionalizar todas las empresas españolas en Venezuela), y suprimir artículos de la Constitución Catalana. El paro sigue igual, todo sigue igual. A veces ni el fútbol le quita a uno el cinismo. Pero, por otra parte, qué cinismo ni qué ocho cuartos... {V}



{V/12}

Meikay: la mejor selección del mundo





wendy
guerra

entre
perseverancia
y
virtudes

ABRO la casa. Son las 6 de la mañana en La Habana. Un poco antes de que salga el sol, abro la jaula de los pájaros y miro hacia el mar que aún es una pequeña mancha de algas en el horizonte cercano.

El basurero alto y fornido hace pequeñas pilas de hojas, latas, papeles, montones de desperdicio que semejan esculturas en el separador de la Avenida 84. Su intervención sobre la limpieza, su obsesiva estructura compuesta por la belleza que nadie admite. La calle es a esa hora de ese artista que delimita lo que sirve y lo que tiene que ser desechado.

Bajo a comprar naranjas. Dos niños salen con los mismos uniformes rojo vino que usé en la primaria. Se entretienen con un perro callejero que ladra porque huele y quiere la merienda que llevan en la jabita. Se rompe el pomo de limonada y los vidrios y el líquido caen a la calle que, a pesar de ensuciar, también a ellos pertenece.

Dos mujeres pasan apuradas, fuman, discuten de algo que no entiendo, chocan con el único mecánico que tiene mi barrio, ése que insiste en lograr la vida eterna para un Moskvitch. La herramienta del mecánico golpea el contén, se cruzan las miradas, pero no hay insultos. Es demasiado temprano para la diatriba en plena calle, la misma calle donde se ven cada mañana.

Abre el kiosco de la esquina. Una cola espera por los precios, el inventario y el cambio que viene para esos productos. La cola protesta, miro desde el balcón. Pelo la naranja y la cola se enfurece. De pronto mi calle es una serpiente en movimiento a punto de estallar.

Aparece un policía, los mira desde la acera opuesta. La calle pertenece a esa cola de vecinos que necesita comprar algo ya, ahora mismo. El policía se sienta en el quicio de mi edificio, que es justo la casa de su novia.

Voy al Casco Histórico a encontrarme con un amigo que no veía desde que se fue hace 18 años. Obispo arriba él, Obispo abajo yo. Un abrazo, dos lagrimitas tontas, un regalo de su esposa se me resbala de las manos y cae a la calle acabada de restaurar. El piso impecable. La conservación de ese espacio que es de mi amigo, el que se fue hace 18 años y tiene a su madre en el balcón, esperando arriba, haciéndonos señas para que subamos.

{ V/13 }

Almuerzo de pie, compro un pan con queso en esa misma calle donde me preguntan quién es el último. “Yo no seré el último ángel”.

He pasado estos días pensando en la consigna que escuché en televisión sobre estas mismas avenidas: “La calle es de los revolucionarios”.

Pienso en mi amigo, en el basurero y en la cola de gente que compra sus cosas en silencio o protestando, en los niños que se entretienen camino a la escuela. Pienso en la fecha del hermoso y equilibrado trazado urbanístico de esta ciudad. Caminos que siempre terminan sobre el mar. Respiro la brea. Piso el suelo de madera delante del Museo de la ciudad. Pienso en Luyanó, en Párraga, pienso lo destrozada que está Centro Habana, pienso en todos los que regresan a vernos para Navidad.

¿Cómo podrá rescatarse todo eso?
¿Desde que aprendí a caminar, los transeúntes, todos los que he visto son y han sido revolucionarios? ¿Qué esquema nos da el derecho de embotellar, de ideologizar a un peatón?

“La calle es de los revolucionarios”, decían esta semana las voces desde la televisión nacional. ¿Las limpiarán y las restaurarán sólo los revolucionarios? Esas vías las transitan quienes conocen y quienes desconocen la dimensión semántica de la palabra.

Quienes han dejado de creer y a quienes aún les va la vida en ello van a salir juntos de sus casas y transitarán juntos estas mismas calles. Quienes llegan queriendo creer, pero aun no conocen... ¿no pueden acaso transitar las avenidas? Sentirlas.

La calle es de quien la camina con decencia. En todo caso no será de quien pasa en su automóvil sin mirar y hace muchos años que no da un paso por ella, que no se moja cuando llueve, ni hace la cola del pan, ni lleva a sus hijos a la escuela, ni les inventa la merienda, ni sorteja los mil huecos para no torcerse el tobillo. Pero ni así. La calle en realidad es y ha sido siempre de todos, dije sonriendo mientras atravesaba la Plaza de Armas.

Miré los libros viejos, los diccionarios hechos para comprender las palabras. Recordé cada persona con la que me he encontrado aquí. La calle es un plano tan infinito como el pensamiento del hombre.
{ V/14 }

Cada cual tome la acera del sol o de la sombra. La calle es de quienes pisan con naturalidad y respeto, y como en todas partes de este mundo, la calle en que naciste es una parte inalienable de la geografía de tu cuerpo. Existe un pasadizo secreto, que, desde cualquier lugar nos conduce irremediabilmente a nuestras calles. El patrimonio donde anclar nuestra memoria.

Cuidado con estas fallidas, vacías consignas que tanto angustiaron la vida de nuestros padres. En su nombre se quemaron en la hoguera muchos sueños limpios. Se humilló a buenas personas y se corrompieron ideales sublimes.

Cuidado con las trifurcas entre cubanos, azuzar cualquier gesto agresivo entre nosotros es lamentable, doloroso, y al final, incontrolable en su secuela.

Respetemos las mil opiniones que genera una realidad mil veces compleja, revolucionada. ¿No será que hablamos de lo mismo y no nos entendemos claramente por el ruido que genera la calle misma?

La escritora cubana Dulce María Loynaz, premio Cervantes, salió muy poco o nada de su casa en El Vedado durante 40 largos años. Recuerdo a Bárbara, el personaje de su novela “Jardín”, vivía encerrada tras altas rejas que ponían coto a la realidad. Cito palabras de la autora:

“Me he mantenido enclaustrada en mi casa habanera y al margen de la política, que es terreno minado para un escritor. Las autoridades revolucionarias no me han tratado bien ni mal, pero me han respetado. Han sido 40 años de silencio”.

Estas no deben ser nunca más las calles del silencio. Piso delicadamente las rutas trazadas, me río y canto o lloro, sigo aquí, hablo sola o con amigos, vuelo sobre la ciudad que incluso elegiría de no haber nacido en ella.

Me gustaría ser un hada diminuta (Campanilla) para regalarle las calles a mis amigos, dependiendo de sus nombres, gustos o características y señas personales: Lealtad, Soledad, Marina, Perseverancia, Campanario, Empedrado, Ánimas, Amargura, Virtudes.

Pero nadie, Nunca Jamás, ni las hadas pueden decidir sobre los caminos que, desde siempre, pertenecieron a los hombres. {V}

ENTRADA la segunda década del siglo XXI, es pertinente hablar de un género cultural nacido de la Post-Guerra Fría: y es posible llamarle *Eastern*. Un género que explota hacia 1989, año en el que tiene lugar el cruce entre el desplome del Comunismo y la expansión de Microsoft.

El *Eastern* cubriría, pues, el tránsito no casual entre las sociedades basadas en el trabajo manual —las dictaduras del proletariado— y las sociedades de la informática e Internet: el paso que va desde un PC (Partido Comunista) a otro PC (Personal Computer). Un itinerario que abarca 20 años que se deslizan entre la crisis del comunismo y la actual crisis del capitalismo.

El *Eastern*, como el *Western* primigenio, no puede entenderse sin la conquista del espacio. Sin esas invasiones perpetradas hacia “allá” por las democracias occidentales, con su recetario de promesas para la nueva vida. Tampoco es comprensible sin las inundaciones de todo tipo provenientes de los países ex-comunistas, acompañadas por la banda sonora de aquel imperativo irónico-fascistoide de los *Pet Shop Boys* una vez desplomado el Imperio: “Go West!”.

Hay, desde luego, diferencias. Esta, por ejemplo: mientras que en el *Western* los villanos podían convertirse

en héroes —Billy The Kid o Doc Holliday—, en el *Eastern*, por el contrario, los héroes suelen terminar convertidos en villanos (desde Leonid Brezhnev hasta Boris Eltsin).

Con antecedentes notables en la cultura pre-comunista (Tolstói, Kafka, Jan Neruda), y más tarde en la disidente (Solshenitzin, Kundera, Forman, Tarkovski, Polanski), el *Eastern* consume su definición como un fenómeno pos-Berlín. Así que tratamos con un género particular de estos 20 años en los que se completa Europa y los países del Este pasan a convertirse en un paisaje —entre pintoresco y temible— cada vez más familiar para la cultura occidental. Desde entonces, los nombres de artistas como Frank Thiel, Boris Mikhailov, Deirmantas Narkevicius o Dan Perjovschi, han dejado de sonar como extraños para los museos de Occidente.

Lo mismo puede decirse de teóricos como Slavoj Žižek y Boris Groys. O de novelistas como Víctor Pelevin, Imre Kertész o Andreï Makine. Esto por no hablar de deportistas como Bubka, Mijatovic, Stoichkov. O de la invasión de Skodas o Dacias, que transitan por las calles de Occidente y han amparado alguna vez su publicidad tras los eslóganes de la revolución comunista.

Ahora bien, lo que convierte al *Eastern* en un género verdaderamente universal no es tan solo, ni fundamentalmente, la invasión hacia el Oeste de los escritores, artistas y deportistas del “más allá”, sino la pasión por el Este de los creadores occidentales. Precursores tan notables como el periodista John Reed, el dibujante Saul Steinberg o el novelista George Orwell, dieron cuenta de ese mundo bajo el bolchevismo y el estalinismo. Graham Greene, John Le Carré o Frederick Forsyth se ocuparon de desentrañarlo durante la Guerra Fría. Todos ellos con una mezcla de

Este
El
cercano
Este
I
v
ñ
e
p
la
N
u
e
z

de fascinación y temor; exotismo y ansiedad por descubrir —fantasías a un lado— lo que se escondía, verdaderamente, detrás del Telón de Acero. Ese misterio ha desatado todo tipo de recuperaciones en la actualidad. Desde el aclamado redescubrimiento de *Vida y destino*, la novela de Vasili Grossman, hasta el *revival pop*, relatado hace unos días por Kiko Amat, de la cantautora checa Marta Kubisova, musa de la Primavera de Praga y de la resistencia a la invasión soviética del 68. Desde el rescate de los textos de Alexandra Kollontai hasta la saga ucraniana tejida por Jonathan Safran Foer, en su novela *Todo está iluminado*.

Por su parte, los fotógrafos Dani & Geo Fuchs han dado cuenta de la represión alemana en la serie *Stasi Secret Room*, mientras que los cuadros e instalaciones de Mona Vatamanu y Florin Tudor intentan que no olvidemos la sombra siniestra de Nicolai Ceaucescu. En el blog *Muñequitos rusos* se informa y discute acerca de los dibujos animados de la era comunista, con una precisión asombrosa de los detalles técnicos. “Muñequitos rusos” era la manera de nombrar estos animados en Cuba, un país con un Estado comunista en el corazón de Occidente, cuyo aporte al *Eastern* ha tenido su importancia. Y no me refiero a los paladines tropicales del realismo socialista —hoy convertidos algunos al idealismo capitalista con la misma pasión y dogmatismo—, sino a obras más complejas en las que se aborda a esa isla del Caribe como { V/16 }

parte del Imperio Soviético. Es el caso sobresaliente de José Manuel Prieto —*Nunca antes habías visto el rojo*, *Enciclopedia de una vida en Rusia, Liviadia*— o de la revista *Criterio*, en la que el traductor y crítico Desiderio Navarro ha construido un completísimo catálogo de pensadores y teóricos del antiguo Bloque Comunista. Desde el Cono Sur, Fogwill fue un precursor que imaginó, antes del derribo del Muro, una Argentina soviética en *Un guión para Artkino*.

No hay género que se precie que no disponga de subgéneros. Es el caso de la *Ostalgia*, en particular la alemana: esa melancolía —tenué y crítica unas veces, exuberante y laudatoria en otras— por el comunismo como un mundo añorado frente las adversidades de la reunificación. Ahí están películas como *Berlin is in Germany*, *Good Bye Lenin* o *La vida de los otros*. Hollywood ha encontrado allí un gigantesco plató. Sin este nuevo set, no serían concebibles las misiones imposibles de Tom Cruise, las revitalizaciones de James Bond o Jason Bourne, esos dos JB programados para salvar a Occidente. O filmes como *Promesas del Este*. La *Ostalgia* ha sido asimismo una bandera de la Escuela de Leipzig, en particular de Neo Rausch, donde el horizonte previo a 1989 es pintado con ribetes bucólicos propios del Medievo.

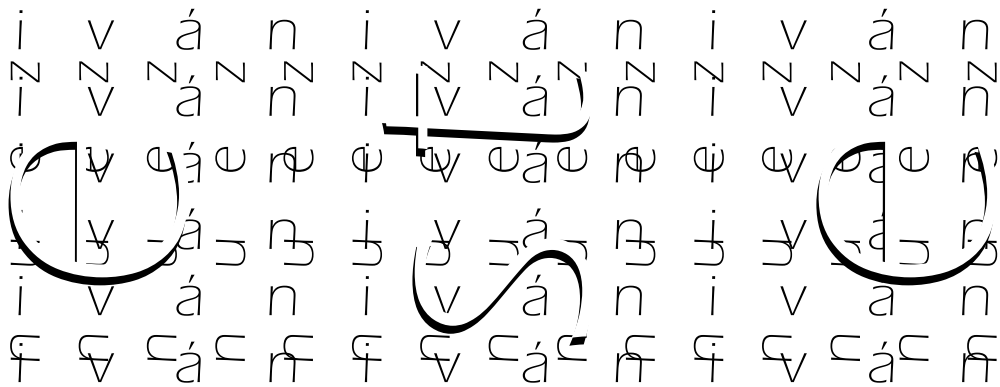
España no ha escapado a esta pasión por el Este. Dejemos a un lado, por el momento, a una zona de la izquierda que, en lugar de percibir en el derrumbe del Muro una de sus grandes oportunidades, ha persistido en maquillar el Gulag. Más allá de esta nostalgia en la distancia —y a la abundancia de tramas televisivas en las que prevalecen las mafias y el plutonio (aunque sin olvidarlo del todo)—, puede decirse que no hay museo o galería española que no tenga “su” artista del Este; no hay editorial que no tenga su escritor, ni club que no disponga de su futbolista.

Ya en el campo literario, vale la pena rescatar a dos precursores. Eduardo Mendicutti concibió, en *Los novios búlgaros*, una divertida comedia en la que la picaresca española era superada por la picaresca del Este. Ignacio Vidal Folch —desde *La libertad*, su novela “rumana”, hasta su reciente *Noche sobre noche*— ha abierto un campo único desde el que consigue un completamiento de la novela europea a partir de la nueva cartografía del postcomunismo. Esta obra, además, deja entrever unos paralelos entre la transición española y la del Este, con unos personajes gobernados por contradictorias pulsiones que alcanzan, alternativamente, la esperanza, el destape o el desencanto.

Podemos, todavía, constatar otros datos. Lo que significó Nueva York para la generación de Miralda, Muntadas o Francesc Torres, es un espacio

ocupado hoy por Berlín del Este; como una especie de tierra prometida para distintos artistas españoles. Allí viven, o han vivido por largas temporadas, Sergio Belinchón, Tere Recarens, Chema Alvargónzalez o Santiago Ydañez, entre medio centenar de creadores. En dirección opuesta, vale la pena recordar que España ha acogido el protagonismo literario de Mónica Guztova, Mihaly Des o Bashkim Shehu.

En un punto límite de la guerra de los Balcanes, Slavoj Zizek comentó que lo mejor que podía hacer Occidente al respecto era, precisamente, “no hacer nada”. No estoy de acuerdo. Entre otras cosas, porque ese mundo occidental ha sido el espejo –y el espejismo– en el que se miraron estos países para tirar abajo sus respectivas tiranías. También, porque hay, entre muchas otras, una cosa que Occidente puede hacer: aprender. Fijar el foco en algunos artistas procedentes del Este cuya obra operó, bajo el comunismo, como un detector de represiones y que hoy, en el nuevo mundo, no se han limitado a relamerse en las antiguas censuras.



Resulta obvio, a estas alturas, que esta no es una teoría sino la crónica de un síntoma. Y la escribo desde la España del Este, plantado en un territorio a cuyos aborígenes, miren por dónde, se les suele llamar “polacos”. Así que, en consecuencia, han nombrado *Po-lonia* a su más agudo programa de sátira política; y *Crackovia* a su correlato dedicado al deporte. Todo ello sin olvidar que, durante largos años, una discoteca que animó la noche del barrio de Gracia respondía al nombre de ¡KGB!

Por el contrario, han mantenido entrenado su ojo crítico para percibir otras formas autoritarias, no siempre evidentes, que se renuevan en la actualidad postcomunista. Sin dejar de apuntar a la manipulación de las masas que se ejerce más allá de la violencia de los tiempos del Telón de Acero.

Son herederos de aquellos tiempos de 1989, que hicieron resplandecer lemas tales como Solidaridad, Transparencia, Reconstrucción. Palabras que operaban como una carta de navegación y que nuestras muy democráticas sociedades parecen haber enterrado junto a los escombros del Muro.

El cercano Este arrastra, todavía, esos fantasmas que aparecen de vez en cuando, tan familiares como incómodos, para exigir asuntos pendientes. Para recordarnos, a fin de cuentas, que las deudas suelen acercarnos más que los sueños. {V}

Recientemente, Francesc Serés, ha publicado sus *Cuentos Rusos* (no traducida aún al castellano), una antología falsa de escritores de Rusia en los que no falta ni la sombra soviética ni el fantasma de Marx dando tumbos por Moscú.

{Blog de Iván de la Nuez}

el
alcance
de la
"ciber-
disi-
dencia"

UNA ANTIGUA pregunta

de la dialéctica sofista es si un puente une o separa a las dos orillas donde reposan sus extremos. También podemos preguntar si el motor de un auto le permite alcanzar hasta 200 kilómetros por hora o si en realidad le impide sobrepasar esa velocidad.

El colega Ernesto Hernández Busto (blog *Penúltimos Días*), en su artículo "Los límites de la ciberdisidencia" ha elegido exponer las conquistas que no se logran a través del uso de las nuevas tecnologías en el ámbito de las acciones ciudadanas frente a los regímenes totalitarios. Sí, es verdad que los empaques no evitan la aparición de caries, pero eso no indica que haya que extraer la muela. No deseo extenderme en pedanterías metodológicas que señalen errores lógicos. Basta con acudir a los hechos.

Quisiera decir antes que el término "ciberdisidencia", al menos en el caso cubano, es una construcción idiomática insuficiente e imprecisa que no logra englobar el fenómeno que se ha producido

en los últimos 3 o 4 años, y que se refiere al creciente acceso que han tenido los ciudadanos cubanos a determinadas herramientas

tecnológicas con el propósito de difundir informaciones y opiniones, fenómeno éste que ha incidido en el número de emisores y en el de consumidores, y cuya conquista más notable ha sido afectar el monopolio de la información por parte del Partido-Estado que gobierna el país.

de quienes quieran llamar a una huelga o a una marcha callejera.

La pretensión referida por Hernández Busto

de "derrocar a un régimen desde esa especie de ilusión democrática (y narcisista) que propicia Internet" no está en la agenda de quienes han apostado por el debate y la moderación, si acaso es una preocupación paranoica de los órganos represores que vigilan y acosan a los activistas en la red.

reinaldo

escobar

El monopolio de la información ha sido y es uno de los pilares fundamentales de todos los regímenes totalitarios. La utilización de las redes sociales apoyadas en recursos tecnológicos lo ha socavado indiscutiblemente.

La ausencia de argumentos diferentes a la ideología oficial deja desamparados a los ciudadanos frente al masivo

adoctrinamiento ideológico. La creciente presencia de nuevos y diversos puntos de vista abre los ojos a quienes solo alcanzaban a ver las cosas como quiere el gobierno, y obliga a los ideólogos del régimen a entrar en un debate en el que llevan las de perder porque no tienen la razón.

La aparición de un nuevo escenario de enfrentamiento ubicado en el ciberespacio no ata los pies y las manos de quienes prefieren usar los espacios tradicionales y, en todo caso, favorece la capacidad de convocatoria

Si mi memoria no me falla, y si seguimos hablando de la historia del

mismo país y no de una entelequia teórica, en los últimos 50 años la única huelga que ha conmovido al país fue la que convocó Fidel Castro en enero de 1959, y la marcha más notoria fue la de agosto de 1994, motivada porque la policía impidió que los muelles de la lancha de

Regla se convirtieran en un punto de salida ilegal hacia la Florida.

Para "arriesgar un desafío que dependa menos de la imagen mediática", quizás haya que depender de los alijos de armas lanzados en paracaídas sobre alguna montaña del territorio insular, o del apoyo aéreo de alguna agrupación militar extranjera. ¿O se trata de sugerir algún tipo de inmolación gloriosa? {V}

{Blog Desde aquí}

HAY BLOGGERS que son (ya eran) escritores antes de disponer comercialmente de los servicios de internet. Poetas y novelistas que se encontraron el invento tecnológico en su camino. También, por estas fechas, ya empiezan a aparecer escritores que le nacieron en el camino a Internet.

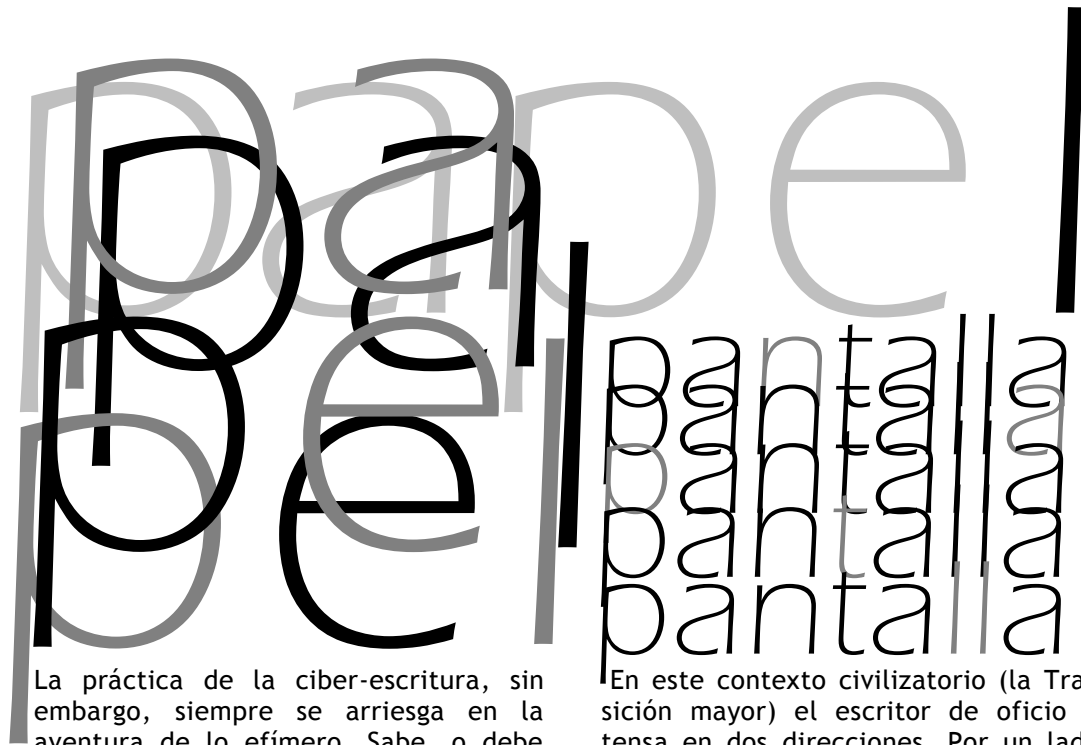
Por supuesto que también hay bloggers muy exitosos que no son escritores sino deportistas, ingenieros, aviadores, gastrónomos, etc. Junto a ellos el “blogger escritor” es otro profesional que se sirve del medio. No hablo aquí de entusiastas de la escritura u otro de los oficios señalados, sino de quienes lo hacen por oficio.

Practistas y Populares

emilio ichikawa

El escritor del primer tipo, que aprende a manejarse en internet en un momento dado de su carrera profesional, que “la adquiere”, es dado a concientizar el proceso; resultado del cual es ese grupo de opiniones favorables y desfavorables que muchos conocemos. Y mezclamos. El *internet native* o *internet first language* suele ser más indiferente a la meta-reflexión; es menos filósofo o epistemólogo y más “usuario” de la red.

El escritor que ha venido practicando con libreta y lápiz, o con papel y máquina de escribir, tiene también alojado un sentimiento más físico (corpóreo) del oficio. Esa fisicalidad genera un sentimiento de perdurabilidad. Técnicamente, cuando el escritor opta por la primera o tercera persona (preferiblemente del singular), apuesta a la trascendencia. De ahí que George Steiner le haya entendido siempre bajo la categoría de “demiurgo”. { V/19 }



La práctica de la ciber-escritura, sin embargo, siempre se arriesga en la aventura de lo efímero. Sabe, o debe saber, que el ciber-texto llega con velocidad a donde el libro impreso, en el mejor certificado de los correos, demora semanas y en ocasiones meses. Pero le consta (debe constarle) que con la misma prontitud desaparece. Y no regresa. La escritura en pantalla casi obliga a la segunda persona; ahora del plural pues la internet se pesa por “tráfico” y no por belleza o autenticidad, que son índices relacionados con la escritura tradicional.

La familiaridad de la segunda persona del plural le resta categoría a la escritura; la hace más confianzuda, intrascendente. De hecho, la acerca más a la oralidad que a la grafía. Esto se suma a esa provisionalidad tecnológica que señalamos como consustancial al universo cibernético.

Los denominados creadores en el “hyphen”, que han tenido formación y logros en la práctica de la escritura tradicional, logran entender esta maraña de proceso cuando practican la ciber-escritura. Están presos (o libres) en medio de dos culturas ya que, en esta primera década del siglo XXI, no hemos empezado a vivir sino el tránsito a una civilización más compleja.

{ V/20 }

En este contexto civilizatorio (la Transición mayor) el escritor de oficio se tensa en dos direcciones. Por un lado, actualiza los resultados, el estilo y los ritos de la práctica escritural tradicional, y por otro, utiliza ardidés de perdurabilidad para dotar de consistencia un trabajo que cree digno de permanecer en el tiempo; como es la destreza para producir textos, sentido escrito.

Todo lo que acabo de escribir, a pesar de ser sospechoso de meditación fútil, tiene en verdad la función de facilitarme una experiencia. En particular, la lectura en papel de trabajos aparecidos primeramente en pantalla y que ahora puedo entender en formas impresas sólidas y tradicionales. Son los casos de los autores Yoani Sánchez y Orlando Luis Pardo Lazo, cuyos libros ya ocupan estantes en librerías y bibliotecas. {V}

{Blog de Emilio Ichikawa}

jorge ferrer

NO comiences a escribir un blog si no estás seguro de que quieres respetar la máxima *nulle dia sine lettera*. Como en cualquier otro empeño, aquí manda la constancia, ese trasunto de la responsabilidad. Lo otro, las más de las veces, es inventarse un *hobby* o, lo que es peor, una columna en periódico sin tenerla. Y los lectores, listos como zorras, y siempre al menos tan listos como tú, se percatarán de la trampa.

Utiliza la “gramática” de los blogs, que es una “gramática” de la letra, la imagen y el hipertexto. Escribe, integra lo que escribes con imágenes y videos. Pon sonido, enlaza. El medio era el mensaje, ¿recuerdas? Ahora la riqueza y eficacia de los mensajes pasa por la integración de la tríada ideas/medios/herramientas. Antes era AP; ahora es App.

No comiences a escribir un blog contando con que otros lo escriban por ti. Si no quieres escribir un blog, no lo hagas. Nadie va a lamentar tu ausencia, pero serán muchos los que te darán la espalda si descubren que eres un editor sin empleo. Y harán bien, creo.

escribir un blog (cubano)
escribir un blog (cubano)
escribir un blog (cubano)
escribir un blog (cubano)
escribir un blog (cubano)
escribir un blog (cubano)
escribir un blog (cubano)

Postea y ve a ganarte la vida. O a perderla. Un blog es como un cuaderno, aunque con la diferencia de que todos verán al instante lo que has escrito. Pero apártate enseguida y deja que cada *post* corra su suerte. Más: desconfía de todo aquel que se pase el día comiendo mierda pegado a su blog. Salvo que tenga uno dedicado a la pornografía, claro, que quien babea sobre lo que merece ser babeado, buen babeador es.

o o o o o o o o o o
o o o o o o o o o o
o o o o o o o o o o
o o o o o o o o o o
o o o o o o o o o o
o o o o o o o o o o

Otros *bloggers* te propondrán intercambiar enlaces. Ese intercambio es una de las formas 2.0 de la prostitución. Cedes a enlazar, cuando bisoño, con tal de que te enlacen a ti. Crees que así ganarás lectores. Falso: los lectores se ganan trabajando, como (casi) todo. De hecho, lo mejor es que nunca tengas un *Blog-roll*. Si no te gustan las putas, ¿a qué ponerles una casa?

ferrerjorge

Asegúrate de que escribir un blog te divierte y te mejora como escritor. En cambio, si descubres que se convierte en una carga, abandónalo. De lo contrario, la presunta visibilidad que ganas manteniendo un blog se convertirá en un gravoso lastre para ti y tus lectores. Te abandonarás; te abandonarán. { V/21 }

Hay muchas maneras de ganar dinero. Es bueno que comiences el tuyo pensando que los blogs no son una. Hay excepciones, claro, y también puedes tenerlas presentes. Como hay latas de Coca Cola con una cucaracha adentro. Lo más sensato será que cuentes con que el blog te costará dinero, porque así será si es uno que valga la pena leer. Si tienes suerte, unos pocos lectores te ayudarán a correr con parte de esos gastos. Ofreceles esa posibilidad colocando una pestaña de PayPal: ¡jamás les recuerdes que está ahí, por tu madre!

Los comentarios, ay, los comentarios. Lo peor de los comentarios es que entrarás a tu blog, cada vez que lo hagas, y te podrás encontrar puñadito de anónimos insultándote. No los moderes. Constatar que el número de las personas que te insultan no aumenta a pesar de que el número de lectores sí lo hace, te animará. Un consuelo: de cada tres que insultan, cuatro son blogueros. En esto, como en todo, perro inconforme come perro que envidia. Un consuelo mayor: los comentaristas te corregirán, te enseñarán, te alimentarán. Aprenderás de ellos y con ellos. No hay blog sin comentarios, como no hay diálogo sin dos.
{V/22}

Puede llegar un momento, te lo deseo y te lo auguro, cuando veas multiplicarse los lectores, cuando, por decirlo así, tu blog tenga éxito. Digamos, por pensar en un esquema básico de éxito —como en todo, los hay más modestos y más espectaculares—, que multiplicas por 15 o 20 los visitantes en 6 u 8 meses de actividad. Alégrate, pero aprende a despreciar las visitas que te llegan desde los motores de búsqueda, y no dejes de pensar/escribir/postear como el primer día. Actúa como si cada vez que subas un *post* acabaras de subir el primero y buscaras interesar a un lector distante.

Las estadísticas: será (casi) inevitable que las atiendas con interés al principio. Y será saludable que lo hagas: ello te permitirá conocer la procedencia de tus lectores y, sobre todo, cuánto tiempo permanecen leyéndote, es decir, si te leen de verdad. (No quiénes son: eso nunca lo sabrás con precisión.) Pasada la etapa inicial, si exitosa, ignóralas. Un vistazo cada domingo a ver qué tal ha ido la semana bastará.

Un extra al decálogo, *last but not least*: Por último, ay, la “cuestión cubana”. Dicen que hay millar de blogs escritos por naturales de esa isla. De ellos conozco una docena atendibles (conteo que excluye los que se ocupan en exclusiva de los presos políticos o los que escriben los disidentes desde Cuba: esos merecen respeto distinto). La excelencia, entre los de la docena de marras, apenas la merecen unos cuatro. Cinco, si le descargas a Pérez Hilton. ¿Mi consejo?: descarta desde el primer instante que te asocies con eso que llaman “blogósfera cubana”, aun cuando buena parte de tus lectores serán cubanos. Tú escribe, enlaza, diviértete, juega, crea. Bien sabes que los gentilicios como apellido —y el gentilicio “cubano” en especial— apenas son útiles cuando uno está lejos, hace frío y es de noche. {V}

y o a n i s á n c h e z

ése
ya
no
vol-
ve-
rá

AÚN puedo recordar los suspiros de mi madre frente al televisor, en aquellos aburridos años 80, mientras Fidel Castro hacía uno de sus maratónicos discursos. Él era el soñado galán de muchas cubanas que —de tanto verlo— podían anticipar lo que diría, conocían cada gesto suyo y las nuevas arrugas que aparecían en su rostro.

La atracción que generaba aquel peculiar coterráneo de más de 6 pies, perfil griego y sorprendente oratoria,

llevaba a mi madre y sus amigas a un prolongado paroxismo. Así fue hasta que en 1989 se televisó el juicio al general Arnaldo Ochoa, acusado de estar implicado en el narcotráfico. Mi mamá volvió a suspirar, pero esta vez frente al rostro del que pocos días después sería fusilado.

Algo se rompió dentro del “club de fans del querido e invencible Comandante en Jefe”, pues en mi casa nadie volvió a escuchar, alelado, sus discursos.

La era marcada por los arranques personales de Fidel Castro parecía haber concluido. Su ausencia de los medios hizo que empezáramos a olvidarlo. Como todo hechicero, necesitaba hacer ante nosotros los pases mágicos que nos dejaban boquiabiertos y conformes. Tenía que sacarse la paloma del sombrero, el pañuelo de la manga para mantenernos atentos.

Sin su demiúrgica imagen muchos terminamos por levantarnos de las sillas y mirar en derredor. Cuán poco quedaba de “Él” en esos 4 años durante los cuales no escuchamos sus discursos, mientras no teníamos sus puñetazos en la mesa ni nos explicaba el plan económico que nos traería la “solución” a todos los problemas. Del hombre que se impuso a fuerza de mostrarse, de adormilarnos con sus largas diatribas, apenas si permanecieron algunas inconexas reflexiones, publicadas en las primeras planas de los periódicos.

De pronto, la tonada de Pedro Luis Ferrer advirtiendo de que “*Si abuelo no está de acuerdo, nadie pinta el edificio*” comenzó a pasar de moda, a perder parte de su sentido.

Para empezar, hubo decenas de brotes de gripe recorriendo La Habana y a nadie se le ocurrió llamarlos con su nombre. Durante su larga convalecencia, prácticamente ningún nuevo mote se sumó a la lista de los que Él ya ostentaba. Y Pepito, el eterno niño pícaro de nuestros cuentos, dejó de mencionarlo en sus simpáticas historias. Poco a poco, habíamos empezado a olvidar a Fidel Castro, aún en vida.

Las amas de casa estaban tranquilas porque la telenovela brasileña mantenía su horario estelar de la noche, sin los



atrasos que le ocasionaba el Gran Orador. Los entrenadores deportivos se sentían más ligeros desde que no debían escuchar y seguir sus consejos; mientras los meteorólogos se sobresaltaban, en medio de un huracán, al recordar las precisiones e irrefutables pronósticos del Experto en Jefe.

Los ministros, por su parte, ya empezaban a preguntarse si tendrían que decidir por sí solos, o si Raúl Castro heredaría todas las carteras ministeriales que ostentaba su hermano. Todos ellos, en mayor o menor grado, habían dejado de sentir el enorme peso verde olivo sobre sus hombros.

Esa sensación de ligereza surgía porque, desde julio de 2006 el Comandante no había salido en vivo ante ellos. Todo ese tiempo no pronunció un discurso ni asistió a un acto público. Tampoco refrendó una nueva ley ni abanderó a las delegaciones deportivas que viajaban a competencias internacionales ni impuso las formales condecoraciones a los presidentes que visitaron el país. Brilló por su ausencia en los numerosos congresos celebrados y en las inauguraciones de nuevos centros de salud. Prácticamente no emitió ninguna opinión pública sobre cómo habría de hacerse algo en el país. En fin, no ejerció como Fidel Castro.

{ V/24 }

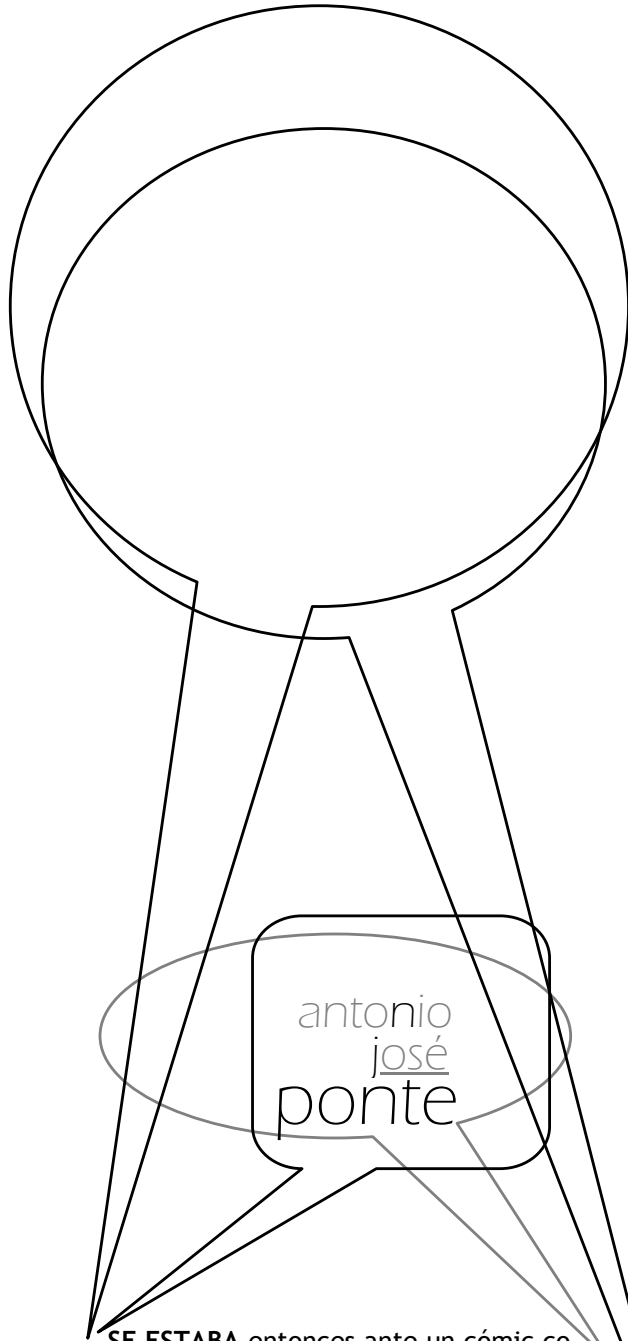
Y entonces regresó, como un anciano balbuceante de manos temblorosas, que nada tiene que ver con aquel fornido militar de perfil griego que desde una plaza, donde un millón de voces coreaba su nombre, proclamaba leyes que no habían sido consultadas con nadie, perdonaba vidas, anunciaba fusilamientos o pregonaba el derecho de los revolucionarios a hacer la revolución. Poco queda del hombre que durante horas ocupaba la programación televisiva y mantenía en vilo del lado de acá de la pantalla a todo un pueblo.

El gran improvisador de otros tiempos se reúne ahora en una pequeña sala de teatro con un auditorio de jóvenes a leerles un resumen de sus últimas reflexiones —ya publicadas en la prensa— y en lugar de inducir aquel pavor que hacía temblar a los más bravos, provoca, en el mejor de los casos, una tierna compasión. Una joven periodista le hace una pregunta complaciente y le pide públicamente un deseo: “Déjeme darle un beso”. ¿Qué fue de aquel abismo que ninguna audacia se atrevía a saltar?

Habíamos empezado a recordarlo como algo del pasado, que era hasta una forma noble de olvidarlo. Muchos estaban disponiéndose a perdonarle sus errores y fracasos para colocarlo en algún ceniciento pedestal de la historia del siglo XX, donde su rostro —retratado en su último mejor momento— ya aparecía junto a los muertos ilustres. De pronto ha salido a exhibir impudicamente sus achaques y a anunciar el fin del mundo, como si quisiera convencernos de que la vida después de él carecerá de sentido.

Durante las últimas semanas, aquel que fuera llamado el Uno, el Máximo Líder, el Caballo, o con el simple pronombre personal ÉL, se nos ha presentado despojado de su otrora carisma, para confirmarnos que aquel Fidel Castro —afortunadamente— ya no volverá, aunque por esta vez sea nuevamente noticia. {V}

{Blog *Generación Y*}



SE ESTABA entonces ante un cómic como ante un fragmento de poesía arcaica. “En Tasos nos reunimos la hez de Grecia”, reza la única línea llegada hasta hoy de un poema de Arquíloco. Uno podía preguntarse qué clase de pandilla se había reunido en Tasos. Compuesta, seguramente, de mercenarios, como aquellos que aparecían en otros versos suyos, mercenarios como el propio Arquíloco. ¿Qué planeaba, reunida allí, la basura de Grecia? El resto de esa historia se encuentra perdida.

Del poema, desguazado por el tiempo, queda un único verso, la noticia de esa concentración en Tasos. De igual modo, yo leía unos cómics desguazados, en los que faltaban las páginas finales o el inicio. Unos muñequitos llegados de otra época, manoseados hasta el desteñimiento, sumamente codiciados dentro de las colecciones de ídolos y tarecos de varios de mis condiscípulos.

Un trozo de cerámica ha hecho posible que conozcamos determinado verso, un poema ha llegado entre el papiro que arrojaba a una momia. Las aventuras dibujadas de las que hablo se salvaron de envolver un pescado o de abultar la puntera de zapatos empapados por la lluvia. Habían sido desgajadas del periódico, guardadas para otros días.

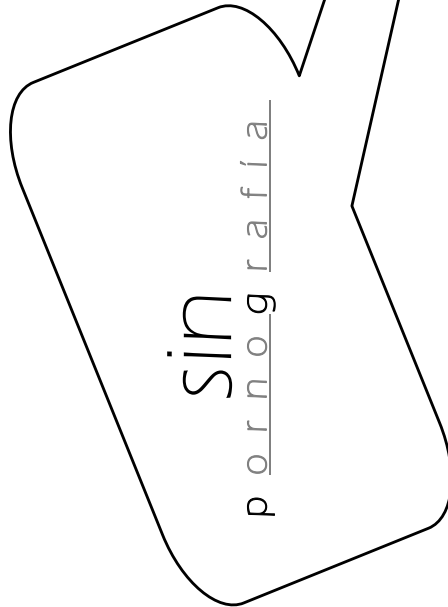
El crucigrama, reservado también en tanto el diario se echaba a la basura, duraría lo que durara su enigma. Los muñequitos, en cambio, eran la única sección que aspiraba a ser eterna.

Comenzaban mediado un intercambio, de un puñetazo, en la explosión de una onomatopeya: no llegaban enteros muchas veces. Su final podía ser aún menos conclusivo que el que le hubiese otorgado el dibujante. La aventura no empezaba ni terminaba, era. Y, por supuesto, lo fragmentario despertaba hipótesis. Porque, unas páginas antes o después, en algún recuadro perdido, constaba la verdadera identidad del enmascarado. El cómic (al menos en los ejemplos que alcancé) era el reino de la máscara. Lo mismo que el carnaval, las ceremonias tribales, el teatro japonés, la lucha mexicana.

una infancia sin
CÓMICS,
una adolescencia sin
p o r n o g r a f í a

Tuvo que ser grande la desesperación ante el rostro escamoteado del héroe, ante su genealogía desaparecida. Aunque, mejor mirado, recordado mejor, sobraban las explicaciones. Allí estaba, sin más, el héroe en sus peripecias. Actuaban su vileza los monstruos a quienes él combatía, y quizás habríamos tenido suficiente con tan sólo un relámpago, con un puñado de letras como rayos, con las nubes del desplome y de la destrucción.

Nos habríamos conformado (hablo por unas cuantas cabezas apiñadas) con aquella meteorología desprendida de los héroes: rayo, nubes, relámpago. Bastaba una noticia de aquel clima heroico y, ahora que intento recordar episodio o empresa que me tuviese en vilo, lo que recuerdo de aquellos papeles podría resumirse en un emblema encuadrado por Roy Lichtenstein, en una onomatopeya zigzagueante. Los muñequitos de una infancia sin cómics parecen recordarse tan puntualmente como se recuerda un tatuaje.



Más que historia, había en ellos ímpetu. Faltaban detalles, y puede que éstos no se echaran de menos en el puro dinamismo. Incompletos, aquellos muñequitos resultaban entendidos bajo el efecto de un puñetazo que escapaba de un recuadro, en medio de la carrera de vértigo contra los malos. Lo que importaba de veras era la acción, no el montón de razones que empujaban a ella. Un solo ruego habríamos elevado al dios de los cómics perdidos: poder alcanzar el final de la pelea. No tanto a lo que ésta desenlazara como al último aliento del enemigo, al crujido exhalado por su crisma aplastada.

En la infancia sin cómics conseguí leer muñequitos fragmentarios, despreocupado hasta cierto punto de las tramas. Absorto en la acción, igual que iba a ocurrirme en la adolescencia con la pornografía (tuve una adolescencia sin pornografía), impaciente ante los prólogos y las descripciones, aliviado porque cualquier flujo de conciencia tendría que apretarse en un globo. ¡Fuera ropa y preliminares, fuera razones para el ataque, y hacia el ataque mismo ya! No alcanzaba a aventurar entonces cuánto placer iba a sacar después de descripciones, prólogos, flujos de conciencia...

Más punzante que el poema íntegro puede resultar un verso suelto, único resto salvado. El cómic más apasionante es aquel que ha perdido algunas hojas en un mundo sin cómics, donde no vale recurrir a mercadillos, coleccionistas, hemerotecas, ni siquiera a la memoria de quien lo haya leído.

Dado que no alcanzo a recordar el tedio de mirar y remirar un puñado de aventuras sin renuevo, coloco en su lugar un tedio de la adolescencia, el de una escena pornográfica repetida muchas veces. La atención terminaba por escapar del juego de émbolo en busca de algún detalle significativo, y chocaba con el ascetismo de la pornografía, con su economía de guerra.

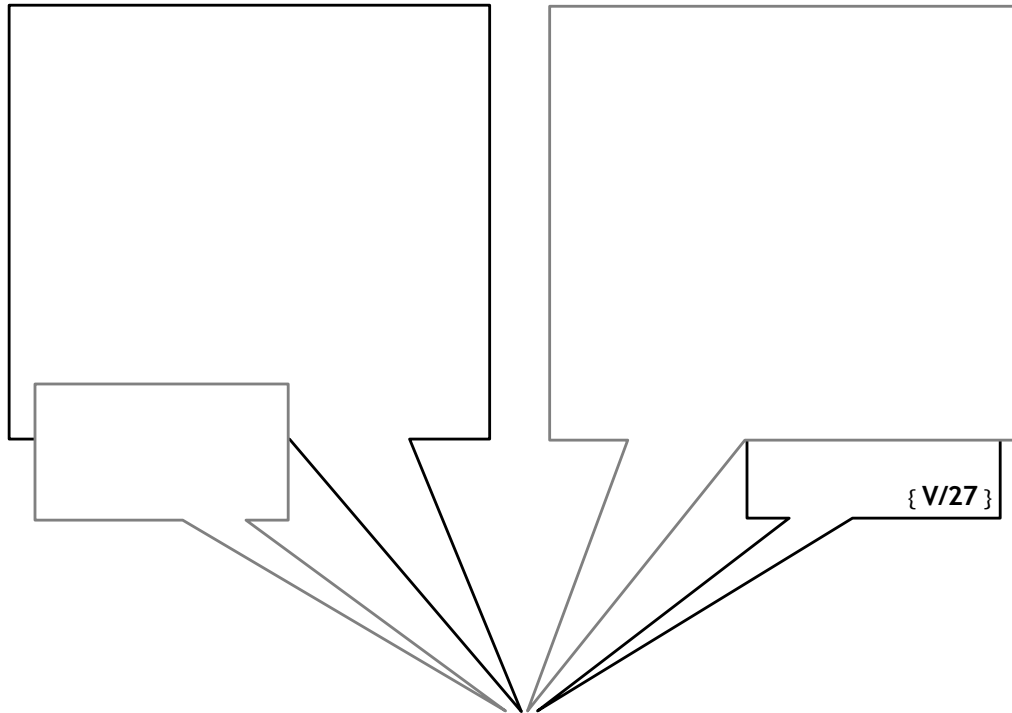
Los cuerpos eran lisos como estatuas (tatuajes y *piercings* se lucirían años después), la habitación tenía menos salida que un cuarto amarillo. No habría paisaje afuera, aquellos dos (o tres) no tenían otra vida que la que allí ocurría. En la incapacidad de soltar tal escena, no quedaba más que aguardar por un cambio de estación, por una nueva posición para los cuerpos.

Un experimento socorrido entre fotógrafos consiste en perseguir a lo largo de una serie la corrupción de al-

guna fruta. Colocada en el antepecho, se abejeorea en torno a ella a lo largo de los días. No muy distinto experimento parecí imponerle yo a aquella película conseguida en la nada. Y en el mismo experimento debieron caer, años antes, los pocos cómics que alcanzara. Porque vi la primera película pornográfica en el desierto. Aprendí de memoria unos muñequitos metido en una arena tan sin detalles que no formaba dunas.

De revisitar la película aquella recibí, en una epifanía salida del aburrimiento, lo significativo que buscaba. Una señal: sin dejar de meter carne en la carne, uno de los cuerpos empezó a rascarse la espalda. No había reparado antes en su gesto, y allí estaba, para mi tedio, el tedio del actor. Recurrí al deseo hasta el embotamiento y di con la alienación de un trabajador del sexo que se rascaba creyendo no ser visto, que bostezaba en medio de la conversación o miraba un reloj.

En algún cómic leído y releído debí entrever también la resistencia del héroe a la aventura. Recibida desde Mongo o Marte, era la señal de que para aquellos papeles no cabía una relectura más. {V}



ME LEVANTO a las cuatro de la madrugada.

La edad, supongo. En el patio, una luz herrumbrosa. La hiedra. Los fantasmas. El picor de la hora. La piscina de la casa de al lado como el ojo de una ballena. La ballena blanca, cuál si no. Todos estos años intentando hacer de la vida literatura y todo el tiempo era al revés.

Levanto la tapa de la taza y ahí va el chorro. Entonces, no sé si por el olor o por el sonido (no, por el sonido no puede ser porque allá no teníamos agua en la taza, sólo un agujero hediondo) ya no estoy en mi estupendo cuarto de baño en Sant Cugat del Vallés sino en Poey, barrio de La Habana donde crecí.

Estoy en el patio de la casa con la cara pegada a una rendija de la desconchinflada cerca de madera mirando a La Negra Fina mear.

Tengo catorce años. ¿Han visto ustedes a una mujer mear así? ¿No? Subsanan eso cuanto antes.

Las meadas de Fina merecen mucho más la posteridad de los libros (la única que existe) que, por poner un ejemplo, todos los mangantes y fulleros que tenemos por líderes políticos en esta España inexistente.

Dejo testimonio para la posteridad: Brotaba La Negra Fina de la luz amarilla del interior de su cuartucho, la piel fuliginosa la carne dura, y se remangaba la saya y abría bien las piernas y apoyaba las palmas de las

manos en los muslos, arqueaba el tronco, alzaba la cara al cielo y enseñaba los dientes. ¿Reía? No. Enseñaba los dientes.

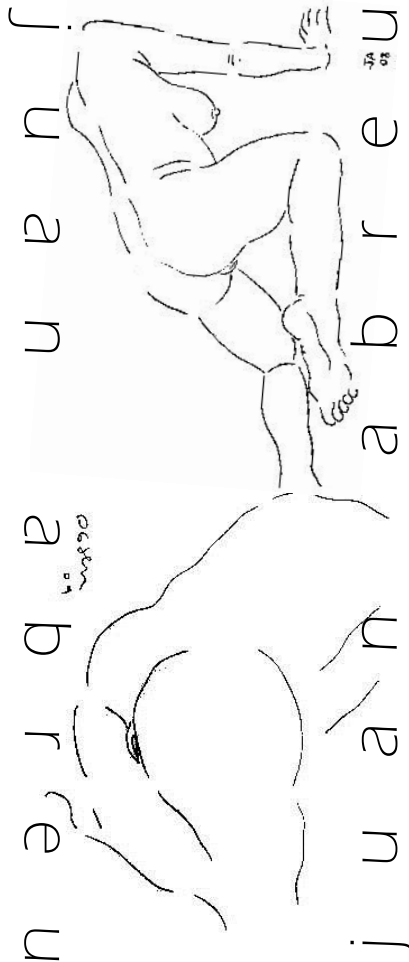
Transcurría medio minuto. Entonces... Ah, entonces salía el chorro y el retumbar que producía al golpear contra la tierra y la espuma que se tornaba carmelita y el púrpura de la abertura y el olor. El olor.

Cosa hermosa.

Acabo, y regresa el ojo de la ballena, hago correr el agua y bajo la tapa porque, de esos pequeños detalles como bajar la tapa cuando acabas de mear, está hecho el amor.

Vuelvo a la cama.

Dios, quiero decir, Fina: cómo pasa el tiempo.



ALMUERZO con una amiga recién llegada de Miami. Mi amiga es alta y delgada pero abultada donde es necesario. En fin, pido mi bacalao de rigor y me permito unas patatas fritas de verdad.

La conversación enrumba como es natural al sur de La Florida. Me largué de allí hace doce años. Una magnífica decisión. Ya lo dijo el gran Bernhard: “Y cuanto más intensamente se ha mirado algo, tanto más se ha alejado uno, lógicamente. Ver más significa huir más lejos”.

Le cuento a mi amiga que aquí en Barcelona tenemos un escuadrón de chinas pajilleras. Chinas que te administran un masaje con “final feliz”. Se lo cuento para presumir de las excelencias de la ciudad. Ella riposta poniéndome al tanto de la última moda en Miami, la llamada Capital del Sol: *anal bleach*.

¿*Anal bleach*?

Como usted lo oye.

Blanqueo de ojete.

Consiste en el blanqueamiento del bendito agujero con una solución que contiene Cetearyl Ethylhexanoate, Arctostaphylos Uva Ursi Leaf Extract, Glycerin, Magnesium Ascorbyl Phosphate, Saccharide Isomerate, Carbomer, Glycyrrhiza

Glabra (Licorice) Root Extract, Sodium Hydroxide, Polysorbate 20, Potassium Sorbate, Phenoxyethanol, Methylisothiazolinone, entre otras cosas.

Yo no dejaría acercarse ese escuadrón químico ni a un kilómetro de mi apreciado esfínter. Que alguien se embadurne con algo así “el pequeño”, como lo llamara graciosamente mi estimado Bataille, es una sólida prueba de que el animalito humano enloquece a marchas forzadas.

¿Pero de qué vale un ojete blanqueado? Riposto. ¿Nadie le ha enseñado a esos árbitros de la moda *Made in USA* que ese color producto de los avatares de las mareas, las frotaciones, las deliciosas expulsiones y las tórridas penetraciones es el mayor encanto que puede tener cualquier ano que se respete?

¿Hasta dónde vamos a llegar?

¿Tú te lo blanqueas?

Le pregunto a mi amiga, como todo un caballero.

No, responde, armada de gran convicción.

Menos mal. Hubiera tenido que retirarle la palabra.



LA BANDEJA tiene tetas. Se llama Mónica. Y no sólo tetas tiene también todo lo demás exquisitamente construido, como ven.

nyotaimori

Ah, un punto de cosquillas a la entrada del canal de la pelvis. Lo descubro cuando atrapo una goyoza rellena de ternera y mis palillos tocan la piel y ¡no puede evitarlo!: la bandeja sonríe.

Nigirizushi variados. Tekkamaki de atún.

Los comensales estamos bien instalados en torno al cuerpo-bandeja, que reposa sobre una mesa baja. Mónica. Manjar al que le crecen manjares. No puedo resistirme y lo primero que hago es levantar una empanadilla de verduras que oculta un pezón. Y ahí tropiezo con los límites de la vida. Porque lo que corresponde es seguir comiendo. Ese pezón humoso y empinado. Pero no se puede. Ay.

Nyotaimori. Ritual gastronómico que acontece sobre un cuerpo. Cena sobre un cuerpo. Qué cuerpo. El lugar podría ser un restaurante si se le propusiera que no es el caso. Es un espacio donde refulge lo privado. Aquí los ciudadanos alzan el estandarte de lo privado y consiguen vencer la avalancha domesticadora.

Y todo a dos pasos de Las Ramblas. Esta es mi ciudad.

Dos salitas confortables y la cocina entre ambas como una cuña olorosa. Y además un horno.

Allí degustaremos el segundo plato.

Nunca he comido dentro de un horno.

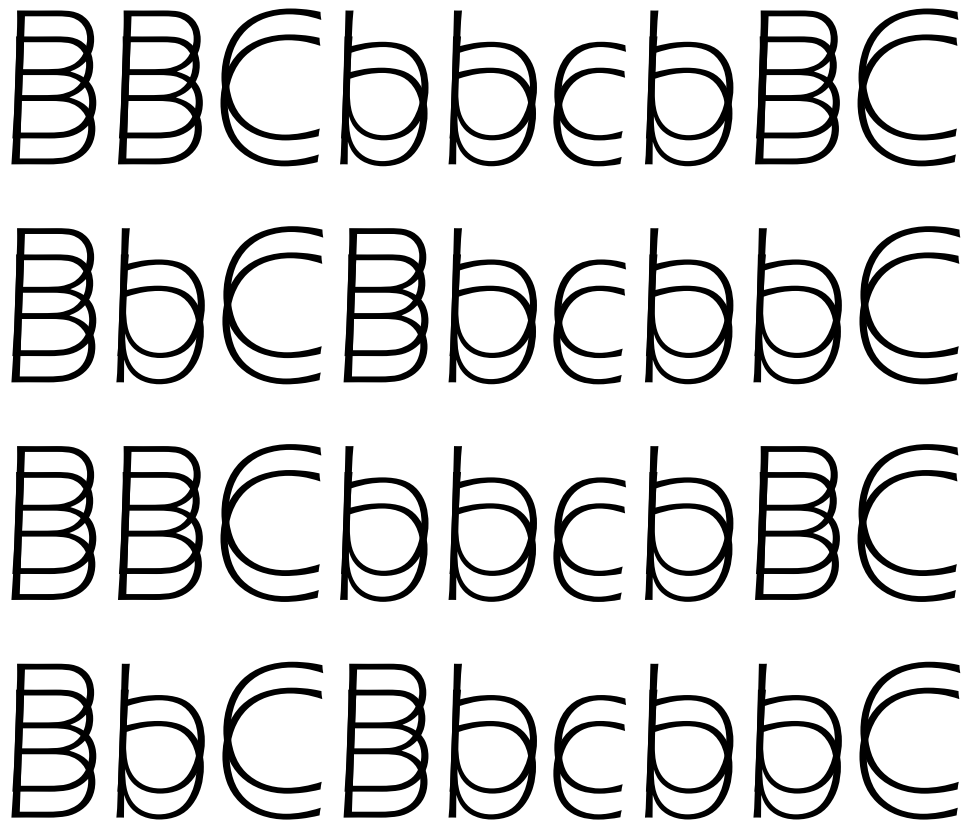
El sótano era una antigua panadería. De ahí que. Si afino la nariz me llega el olor de la masa antigua y hasta de las manos que la apretaban.

La segunda bandeja también tiene tetas. Faltaría más. Se llama Ona. La protegen del calor del crujiente de gambas, los pinchos de pollo en salsa teriyaki y de la tempura de verduras en salsa Ponzu, hojas de banano. Sin dejar de masticar pienso en Basho el poeta andarín. Bebo a su salud. Por qué no. Si está en mí no está muerto. Ona está primorosamente atada según normas de *bondage*. Tiene unas geishas tatuadas en el vientre y una flor azul en el tobillo. La víscera del horno. Sake. Pastelitos de arroz. Té de jazmín.

Dice Wolfgang Sofsky que “no es el Estado de derecho el que garantiza la libertad de lo privado, sino el comportamiento oculto real de cada individuo”.

Somos en este antiguo horno cantando a la gula y a la lujuria con voces limpias una libertad que gana espacio contra la docilidad y el incansable dogal de lo reglamentado. {V}

{Blog *Emanaciones*}



Miriam Celaya *Carta Abierta a la BBC de Londres* Miriam Celaya

SÓLO soy una entre los millones de terrícolas que hacen uso de la Internet. De hecho, en mi condición de cubana y *blogger* alternativa, mi acceso a la red es bastante restringido y esporádico. No obstante, siento un respeto sincero por los profesionales de la información a nivel global y considero a la BBC una agencia seria y competitiva. Es justamente por esto que no alcanzo a explicarme cómo es posible que bajo tanto prestigio y tradición exista la posibilidad de amparo para ciertos “periodistas” tan mendaces e inescrupulosos que, violando todo principio ético de la profesión, se dedican a desinformar al mundo, tergiversando la realidad de una nación y, de paso, ofreciendo un servicio (;gratis?) a la dictadura más larga que conoce el mundo occidental.

El periodista uruguayo Fernando Ravsberg, corresponsal en La Habana de la BBC, fue entrevistado recientemente en Madrid por Emiliano Cotelo, a propósito del controvertido diálogo iniciado entre el gobierno cubano y la máxima jerarquía de la Iglesia Católica de la propia Isla. Las respuestas de Ravsberg, muchas veces ambiguas y siempre fuertemente parcializadas, transparentan el desprecio que siente por este país y por los cubanos, así como el profundo desconocimiento de la historia de Cuba y de las aspiraciones de su pueblo.

Ravsberg no es en esencia un periodista, sino un propagandista del régimen cubano y como tal, detractor a ultranza de la disidencia y del brote cívico que ha comenzado a cobrar fuerzas en la sociedad, sectores muy perseguidos y duramente acosados dentro de la Isla y que se mantienen pugnando por los derechos económicos, políticos y sociales de todos los cubanos, pese al hostigamiento y a la represión de que son víctimas, mientras “informadores” como el corresponsal de referencia, o bien miran a otro lado, o prefieren reforzar el discurso oficial fabricando una realidad imaginada.

¿Cuál es esa “Cuba” que reporta Ravensberg y qué beneficios obtiene de ello? Solo él podría responder a esto. Ya hemos leído en otras ocasiones sus personalísimos análisis del escenario cubano y sus peculiares versiones de las entrevistas que ha realizado, así que no causa mucho asombro que esta vez el flamante corresponsal de BBC nos pinte una Cuba que los propios cubanos no conocemos y, encima, se extralimite en sus funciones agoreras. Con frecuencia ocurre que algunos extranjeros sagaces como él solo parecen necesitar de algún poco de tiempo en la isla y un par de preguntas que dicen hacer por aquí y por allá, para sentar cátedra en temas cubanos. Es como si el trópico les recalentara el cerebro y perdieran la capacidad de discernimiento.

Ahora Ravensberg no solo tergiversa la realidad de Cuba, sino que se revela como todo un experto en sociología y psicología social cubana, fundamentalmente en lo tocante a política y religión. Un análisis de tanto dislate sería en extremo extenso, de manera que creo más oportuno hacer solo algunos señalamientos con el fin de corregir un poco la brújula de este reportero desorientado que, como reza un viejo refrán popular, está en medio del bosque y es incapaz de ver los árboles.

El corresponsal de la BBC asegura que en Cuba el gobierno no le da valor a la disidencia “porque esta recibe dinero del exterior”. Desconozco si este gobierno ha puesto en manos de Ravensberg las pruebas de dichos emolumentos recibidos por “la disidencia”, habida cuenta de que al pueblo cubano nunca se le han servido pruebas concretas de ello, salvo que se puedan considerar así las declaraciones unilaterales de los alabarderos oficiales (y de los extraoficiales, como Ravensberg).

Por otra parte, ¿quiénes clasifican como “disidencia” para el avisado corresponsal? Generalmente en ese amplio diapason se han incluido en Cuba tanto los partidos de oposición como los periodistas independientes, los *bloggers* alternativos y todo aquel que no se pliegue a las directrices gubernamentales. En ese caso me siento autorizada a desmentir tal afirmación: al menos un nutrido grupo de *bloggers* que me son cercanos y yo, entre otros “disidentes”, no recibimos dinero alguno del exterior.

El gobierno cubano, en cambio, no solo ha recibido durante decenios todo tipo de recursos (que aún recibe y dilapida), sino que -además- aplica un abusivo gravamen sobre las remesas familiares y sobre cualquier ingreso que reciban desde el exterior los cubanos. Teniendo esto en cuenta, se deduce que el gobierno también se beneficia con los supuestos fondos destinados desde el exterior a la disidencia interna, como seguramente sabe el señor corresponsal de la BBC.

El gobierno cubano no tiene en cuenta a la disidencia, no precisamente porque “reciba dinero del exterior”, sino porque las dictaduras no aceptan ninguna manifestación alternativa, tenga color político o no. El gobierno cubano no reconoce a los partidos opositores, pero tampoco a los periodistas independientes, a las diversas asociaciones de la sociedad civil alternativa, ni a los *bloggers*, que ni siquiera somos una organización. La debilidad de los regímenes totalitarios estriba, no obstante, en ese monopolio absoluto sobre la sociedad, sobre la información y sobre el temor del individuo, por lo cual todo fenómeno alternativo que pueda suponer una fisura en el sistema deviene “disidencia” y debe ser demonizado. Es así que en el discurso oficial (y curiosamente en el de “periodistas” como este señor uruguayo) todos los disidentes “son mercenarios al servicio de una potencia extranjera que nos agrede, nos bloquea y nos hostiliza”.

Ravensberg pretende subestimar la presión internacional sobre la dictadura de la Isla a raíz de la muerte de Orlando Zapata aduciendo que “con excepción del gobierno de Estados Unidos, ningún otro gobierno condenó al gobierno cubano por la muerte de Zapata”.

Las críticas de los parlamentos mexicano y europeo, así como las de grupos de la sociedad civil, artistas e intelectuales de numerosos países, no parecen tener importancia para un sujeto que, paradójicamente, toma a Uruguay como ejemplo de tradición democrática. Ni siquiera las discretas declaraciones del Secretario General de las Naciones Unidas, quien lamentó públicamente la muerte de Orlando Zapata, son mencionadas por Ravensberg.

Su propio discurso delata su diferenciado sentido de la democracia: si no son los gobiernos quienes directamente emiten la crítica, no existe presión internacional.

Otro tema se relaciona con las consideraciones en torno a la política cubana. Ravensberg trata de hacer creer a la opinión pública que en Cuba ha habido un cambio de presidente que supone alguna distinción o cambio en el proceso cubano. En un absurdo símil establece una comparación entre el proceso de sucesión dictatorial cubano (todo un “dedazo”) y las elecciones democráticas uruguayas que colocaron -urnas mediante- a Mujica en el poder a continuación de Tabaré Vázquez. Total, nos dice Ravensberg, ambos (Tabaré y Mujica) son representantes del Frente Amplio, eso implica que el cambio de representante de la dictadura en Cuba “es algo similar a lo que acaba de ocurrir en Uruguay”, puesto que hay una persona diferente en el poder en cada caso. En verdad, se precisa ser muy necio o muy irrespetuoso de la inteligencia ajena para sostener semejante criterio.

Por la misma cuerda floja andan las opiniones de Ravensberg durante la entrevista de referencia cuando asegura que “ha habido una serie de cambios en el acceso de los cubanos a los hoteles, lo cual los convirtió en el verano del año pasado en el 10% de las personas hospedadas en los hoteles turísticos, lo cual demuestra también que hay ciertos sectores con buenos ingresos”. Y también la insólita burla al pueblo cubano al decir que “ha habido un montón de cambios en el país que la gente parece no seguir: cambios económicos, reconocimiento de derechos de los ciudadanos, por ejemplo el acceso a internet que estuvo prohibido durante años para los cubanos acaba de ser ratificado legalmente por un decreto como derecho, e inmediatamente se abrieron los cibercafés para que cualquier ciudadano pueda consultar desde *El Miami Herald* hasta *BBC Mundo* e incluso *El Espectador*. Son pasos claves, pasos que no se tienen en cuenta pero que significan, por ejemplo, que el gobierno cubano acepta por primera vez terminar con el monopolio informativo y darle acceso al mundo”.

Lo que no dijo Ravensberg es que ciertas páginas *web* no se pueden consultar desde los cibercafés porque el gobierno ha puesto “presillas” que impiden el acceso y que curiosamente entre las páginas así

prohibidas se encuentran las de los *bloggers* alternativos, lo cual demuestra que las autoridades temen más la divulgación de las noticias y opiniones de los que estamos dentro de la Isla que a toda la prensa extranjera, incluyendo la acreditada en la Isla.

Tampoco el corresponsal de la BBC aclaró que tales “derechos” generosamente otorgados por el gobierno no se llegan a generalizar porque ningún salario en Cuba aporta ingresos suficientes para cubrir los precios de hospedaje en los hoteles o para darse el lujo de navegar por Internet en busca de informaciones, salvo que se tenga una fuente alternativa (no legal) de ingresos, familiares o amigos en el extranjero que cubran tales gastos, o se trate de cubanos con permiso de residencia en el exterior o con contratos de trabajo fuera de Cuba. Solo así un cubano se puede permitir semejantes excesos, a contrapelo de la penosa lentitud de las conexiones a la red o del dudoso servicio hotelero que se le brinda. No obstante, cada nacional independiente que se hospeda en hoteles resulta tan sospechoso que su estancia es cuidadosamente controlada por el Ministerio del Interior, con un estricto seguimiento de sus gastos y la cantidad de veces que disfruta de esos hospedajes.

Quizás una buena demostración de la voluntad gubernamental para terminar con el monopolio informativo sería desbloquear las páginas *web* que acogen a la blogósfera alternativa (*desdecuba.com* y *vocescubanas.com*, por ejemplo), o permitir el derecho a réplica de todos aquellos que la prensa oficial ofende y desacredita desde los medios de difusión masiva, para que los cubanos comunes conozcan todos los argumentos sometidos a debate y formen su propio criterio. Ravensberg no puede ignorar que la prensa cubana jamás ha publicado ni uno solo de los documentos de condena al gobierno dimanados de la opinión nacional o internacional, aunque sí se ha permitido escarnecerlos, de manera que el pueblo solo ha tenido una versión distorsionada y parcial de estos.

ravsberg

En cuanto a la represión interna y el acoso que se ha mantenido a lo largo de siete largos años contra las Damas de Blanco, esposas de los presos políticos de la Primavera Negra, y que el corresponsal de la BBC atribuye a la indignación del pueblo contra la traición. ¿Acaso Ravensberg pretende ignorar que las hordas de furia que han atacado a estas cubanas indefensas durante sus marchas pacíficas de cada domingo son agentes del gobierno cubano, expresamente entrenados por este para golpear y reprimir cualquier manifestación alternativa de la sociedad civil, sea opositora o no?

El señor Ravensberg es, cuando menos, grosero y vulgar, cuando dice tan cándidamente, en relación con las conversaciones entre las autoridades de la Isla y la Iglesia Católica, que “Hay un antecedente, hace unas semanas cuando el gobierno de Raúl Castro convocó a la Iglesia Católica para decirle que autorizaba a las Damas de Blanco a marchar otra vez libremente por las calles”. En realidad, las Damas nunca pidieron ni necesitaron autorización del gobierno para marchar por la liberación de sus familiares, quienes guardan prisión por ejercer la libertad de expresión para divulgar verdades que finge ignorar el señor Ravensberg. Las calles son un espacio que ellas han ganado con su prestigio y su valor, así como han ganado el respeto y la admiración de todos los cubanos decentes. Ellas conquistaron esas calles por sí mismas.

En cuanto a la Iglesia Católica, a la cual se refiere el señor periodista como si se

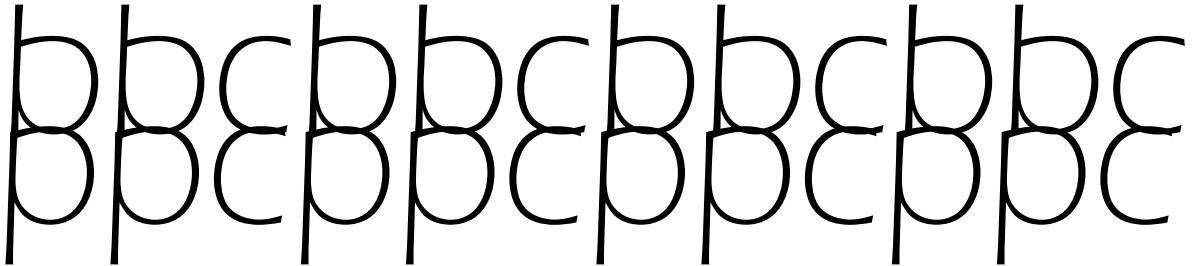
tratase de una secta de parias fugitivos y a la que considera “una institución débil”, le aclaro que es la institución religiosa más fuerte de Cuba, solo que el catolicismo a la cubana no se parece al que se practica en Uruguay o, digamos, en España. En Cuba, los cultos sincréticos de origen africano no han dominado sobre el catolicismo, sino que han dado lugar a una amalgama religiosa particular en la cual es difícil discernir dónde terminan y comienzan los aportes de una y otra creencia; se trata de límites imprecisos porque, por ejemplo, en la práctica cotidiana, los fieles de los cultos de ascendencia africana bautizan a sus hijos en las iglesias católicas siguiendo el ritual cristiano tradicional, colocan ofrendas en esas propias iglesias y muestran respeto tanto a Dios como a Oloffi.

Por otra parte, no son pocos los que se declaran católicos y ponen ofrendas a los orishas o consultan al babalawo. Nunca los estudiosos de las ciencias sociales en Cuba se han arriesgado a decir que “la mayor parte de los cubanos profesa una fe afrocubana conocida como santería”, como se atreve a asegurar el audaz Ravensberg, que -a juzgar por sus planteamientos- parece haber pasado mucho tiempo en Cuba haciendo alguna encuesta de alto valor estadístico para asegurar esto (¡lo que se ha perdido el Instituto Nacional de Antropología por no tenerlo en su plantilla!), así como para sostener que la Iglesia Católica cubana “No es una institución fuerte en el

sentido de tener muchos adeptos, muchos seguidores. Es una religión minoritaria” y que, a pesar de ello “tiene una alta influencia social” (entonces, ¿en qué se basa esa influencia?).

Uruguay), y que se acrisolaron en el siglo XIX en el pensamiento de José Martí, el más democrático de todos los cubanos. Medio siglo de dictadura y de temor latente impiden que este pueblo se

llamo mis compañeros de ruta cada día corro el riesgo de sufrir la represión por divulgar las verdades de mi país mientras la orgullosa insolencia de Ravensberg se contonea impune en medio de mi pueblo.



No quiero concluir sin proponer al corresponsal Ravensberg que quizás sería recomendable que pasee un poco menos por La Habana y se sumerja en textos sobre la historia de Cuba a fin de evitarse emitir criterios disparatados; la ignorancia voluntaria no es un adorno, así que no es bonito que la exhiba tan impudicamente. Cuando este señor asegura que “Cuba es un país que prácticamente nunca fue independiente, al final de la colonia española entraron tropas de otro país, el primer presidente lo puso Estados Unidos, y después prácticamente no tuvo una historia democrática”, está omitiendo una rica historia republicana en la que se consolidaron fuertes valores democráticos y una institucionalidad civil que permitió el nacimiento de una Constitución en 1940 que fue de las más avanzadas de su tiempo.

Ravensberg ignora que los gérmenes de la vocación democrática cubana nacieron fundidos con los albores de la nacionalidad, cuando todavía éramos una colonia (como lo fueron todas las naciones de Hispanoamérica, incluyendo {V/34 }

manifieste; por eso los cubanos no siempre se atreven a expresarse. Por eso cuando se expresan con libertad son encarcelados, por eso cualquier falso corresponsal divulga lo que se le antoja sobre Cuba, siempre que lo que diga esté a tono con la línea del gobierno, so pena de perder su acreditación. El día que Cuba sea libre, quizás el propio Ravensberg se sorprenda de la vocación democrática de los cubanos. Solo que ese día tendrá que esforzarse por ser un periodista de verdad.

Lamento, por último, haberme extendido demasiado en comentar lo que muchos quizás considerarían un exceso de atención que el corresponsal de la BBC no merece, pero no se trata de él: los cubanos ya hemos sufrido suficiente daño por más de 50 años para, encima, tener que enmudecer ante las ofensas y el desprecio de un parásito de la prensa. No hablo en nombre de los cubanos en general, que nadie me ha autorizado ni tengo mérito para tanto, sino en nombre propio, porque -al igual que los *bloggers* y periodistas independientes a quienes

Hablo, también, porque como el propio señor Ravensberg conoce, la inmensa mayoría de los cubanos ignora la cantidad de desatinos que sobre ellos se está divulgando por parte de este “periodista”, al cual, con toda seguridad, han acogido con la hospitalidad y el afecto de los que no es digno. No tengo tampoco autoridad ni cualidades para dictar pautas a la BBC, pero soy del criterio de que una agencia que nació en fecha tan remota como 1923 y que ha prestado invaluable servicios a la humanidad como fuente fidedigna de información, incluso durante las cruentas circunstancias de la última conflagración mundial del pasado siglo, debería ser cuidadosa a la hora de seleccionar a sus corresponsales: en el caso de La Habana, la BBC está pagando en metálico por la perpetuación de la mentira. Es algo indigno. Perdonen por su tiempo, espero que, después de todo, Fernando Ravensberg sea solo un pequeño y lamentable error. {V}

{Blog *Sin Evasión*}

PINAR DEL RÍO CITY (4:39')

A veces odié tanto mi ciudad
y no le puse bombas porque era muy pobre
ahora que soy menos entre nadie
apenas tengo fuerzas para aborrecer
los días que anohecen sin ternura
el hambre de los tontos y estas ganas de reír por cualquier lágrima
aquello que les falta a tus calles
palabras cuesta abajo y sin razón
subiéndole el volumen a tu rumba de fracasos
por alguien que no ha vuelto a este confín
welcome to pinar del río city
reza el coro y las cazuelas gritan patria venceremos
o muerte en la batalla de algún pollo que se negó a caer
aquí los soñadores tienen barra abierta
lo malo es que ser bueno puede resultar peor
mañana es otro día igual a todos porque el hoy es consecuente
hagamos una rueda y danzaremos la pobreza hasta el final
los ricos con sus manos ricas
los pobres con las ganas amputadas
mi barrio ya no es dulce pero exporta azúcar
el ron que no bebimos pudo hacer feliz
welcome benvenuto bienvenue
ahora que se hermanan las ciudades
la mía busca un novio para no morir sola
un príncipe que acepte su folclor
edén sin jazz café ni piano bar donde olvidarse
recóndito de los adolecidos
potrero donde pastan tus adolescentes
el mito de una vieja concretera
welcome benvenuto bienvenue
maldita bendecida muchas veces
si ya te acostumbraste a zapatear descalza
por qué sigues llorando algún te espero
welcome to pinar del río city
amigos que no temen a la muerte
aquí la vida siempre fue un milagro
tan difícil
como renacer

RÉQUIEM

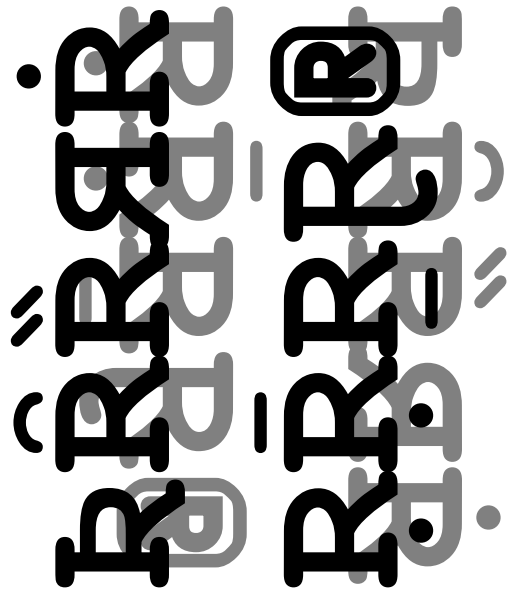
j
e
s
ú
s
d
í
a
z

Esta ciudad nació de la sal del puerto
y allí creció caliente, deschavada,
el sexo abierto al mar
el clítoris guiando a los marinos
como un faro de luz en la bahía.
Y dentro el Barrio Chino, Tropicana,
Floridita, Alí Bar, Los Aires Libres,
orquestas de mujeres musicando
un chachachá bailado por marcianos.
Hablabá, bozalona,
en una turbia mezcla de yoruba y
castilla,
de calé y catalán, de bable y congo,
y todo ese patois, ese creole,
ese rico esperanto entreverado
de algarabías moras, chácharas
cantonesas,
jerosolimitanas jergas de judíos,
bárbaro spanglish de bares y bayuses.
Atarantada, confundía libaneses con
turcos,
asturianos y vascos con gallegos,
israelitas de Ucrania con polacos,
y todos juntos y a la vez gritando
en mesas de manteles de mal gusto
cubiertos con tamales amarillos,
grises cangrejos, rojos camarones,
blanquísimos arroces machihembrados
públicamente con frijoles negros,
plátanos como vergas y de postre
una papaya abierta como un reto,
un gran habano y un buche de café,
infusión preferida de Satán, negra y
humeante.

Experta en contrabandos se vestía
con brandys, sedas chinas,
o bien andaba en rones o en harapos
y rezaba el domingo de mañana
en iglesias de un gótico mendaz,
falso románico, columnatas barrocas
sosteniendo el tramposo art nouveau
de las mansiones.

Acomplejada, impúdica, ridícula,
disfrutaba de un oscuro placer
impersonando a putas más famosas:
en su bahía un Cristo gris,
contaminado por los
lentos vapores de la fiesta.

{ V/36 }



Allá, en el vientre, un Prado de
juguete,
un vacuo Capitolio y rascacielos
que no tocaron nunca el culo de las
nubes.

Pavorreal del trópico extasiado
en los vitrales y ocelos de su cola
reflejada en el mar,
graznaba a prima su profundo dolor
radioescuchando novelones,
serpientes de la desesperanza
inventada por ella

que recorrían el mundo proclamando
la maldad insaciable de los hombres.
Luego, en las noches,
sacaba los colmillos de vampira
para elevar un himno a las
trucidaciones
con letra y música de La
Guantanamo.

Y ya en las madrugadas
se jugaba a la suerte hasta las nalgas
que solía perder con gran contento.
Se entregaba a gozar y a raros ritos
y amanecía bailando, la cabrona,
boleros, mambos, rumbas,
en bembés, cocktail parties y saraos,
saturnales del diablo, su ángel más
venerado.

MUERTE DEL YUMURÍ

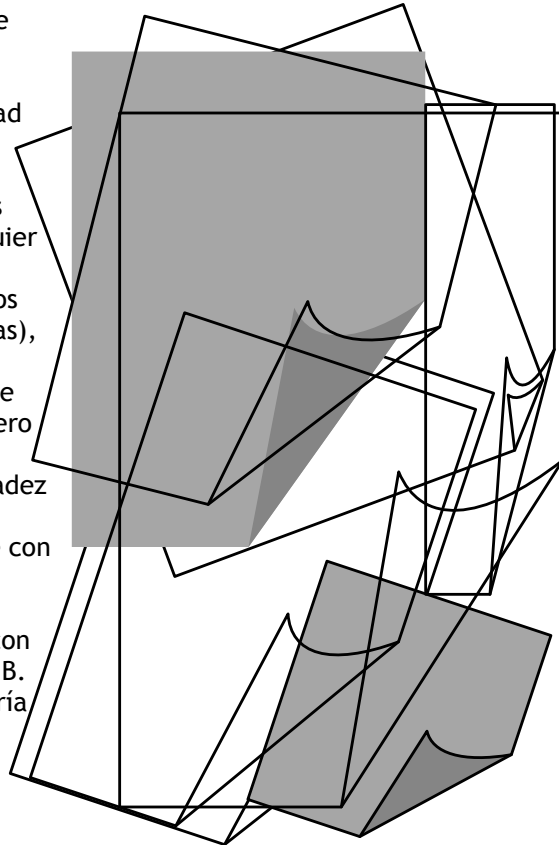
Aquí, bajo estas aguas, están todos dormidos. Una brisa ligera, un manojo de hierba, danza vertiginosa: tórumulo de agua mansa rodeando con sus zarpas las colinas del sueño. Eternidad del fango hecho sangre, viejas rosas extrañas que cortaste un día, repitiéndose como lágrimas sucias. Puercos, alacranes y palomas, bajando de un mismo vientre, de una misma semilla. Asustados, bien muertos, como bongos negros después de las tormentas. Marismas con su nata amarilla vueltas a su cubil cavernoso del despertar del mundo donde los brujos esconden sus mágicas cazuelas, humildes negros que cabalgan en caballos de oro. Espejos donde los dioses vienen a mirarse sus arrugadas caras.



Aquí, bajo estas aguas, están todos dormidos.
 Vieja y extraña agua que bebiste un día.
 En la orilla, una costra verdosa como de leche de diablesa hervida se aferra a los palafitos, trayendo mínimos cangrejos, cintas multicolores, latas, papeles, peces muertos.
 Hemos golpeado al río, le hemos dado de palos.
 Lo obligamos a andar junto a nosotros amarrado al cuello, con una argolla pasando su nariz.
 Cuando quiso volar, le cortamos las alas con un cuchillo sucio.
 Cuando quiso huir, le pusimos cencerros.
 Cuando quiso nadar, le sacamos los ojos.
 Cuando ha querido irse lejos, le raptamos sus hijos transparentes.
 Hemos matado al río. El río está muriendo para siempre.

HABER estudiado en Cuba, en ese mundo de relativas certezas que nos construyeron durante la década del 80, y haber cursado posteriormente una carrera en la Universidad de La Habana abre, de antemano, muchas puertas.

La fama de los egresados universitarios cubanos es reconocida, ensalzada en cualquier parte del mundo y no es inmerecida. La intensidad con que estudiábamos en aquellos años de preuniversitario (de Ciencias Exactas), podría parecer a mis actuales colegas españoles, un exceso derivado de una mente –en este caso la mía– mitomaniaca, y prefiero callarlo. Mucho más, prefiero silenciar el estoicismo con el que se estudiaba; la delgadez de aquel tiempo en el que la falda del uniforme se iba reduciendo paulatinamente con antiestéticas pinzas mientras mi cintura se desvanecía. Los años de aquel invento seguramente inefectivo del arroz amarillo con suerte, coloreado con pastillas de vitamina B. (Ignoro si el complejo vitamínico se mezclaría desde el mismo proceso de cocción, lo que seguramente anularía las propiedades del aditivo, o si era añadido al final a modo de salsa, no precisamente criolla).



p r o s p e
r i d a d y
b o n d a d
 p r o s p e
 r i d a d y
 b o n d a d
p r o s p e
r i d a d y
b o n d a d

prosperidad y bondad:
 prosperidad y bondad:

la otra cara de la moneda
 del iluminismo martiano

la otra cara de la moneda
 del iluminismo martiano

M
 I
 R
 T
 B
 S
 U
 B
 U
 D
 F

En esos años, la empresa farmacéutica cubana empezó a elaborar el Multivit, y como mi hermano yacía desde hacía unos meses en cama por un intenso asedio de algo que llamaban “neuritis” o “beriberi” (¿o acaso se supo con certeza de qué se trataba?) yo lo ingería con disciplina o devoción. Las vitaminas garantizarían que mis neuronas siguiesen funcionando, y por ende, lograr un alto rendimiento en el IPVCE y mi acceso a la universidad. La utopía desarrollista –a imagen de la cosmonáutica– de renunciar a los alimentos sustituyéndolos por cápsulas, se estaba cumpliendo. Pero el hambre podía más que el hombre y los preparados de agua con azúcar eran un remedio eficaz en tales casos.

También, y todo hay que decirlo, siempre tuvimos para desayunar aunque fuese un cuarto de pan, de los redonditos ya pequeños, que a veces picaban frente a nosotros para que viésemos que la partición era justa, y al que llegamos a llamar el “pan martiano”: “con todos y para el bien de todos”. Y en los almuerzos, el caldo de col, las croquetas elaboradas con un solo cerdo ¿macrobiótico? que se repartía equitativamente para miles de estudiantes de las cuatro unidades que formaban la escuela; y en la cena, otro tanto. Como si viviésemos del aire. { V/39 }

En cambio, sobrevivíamos expandiendo nuestra intensidad vital hasta límites insospechados. No renunciamos a las marchas, los desfiles, los bailes, el trabajo en el campo y el estudio. Resistíamos y le pedíamos al cuerpo que aguantara redoblados sacrificios: que no se nos desmayara, que no se nos “rajara”, que secundara nuestras cabezas enfebrecidas de proyectos y metas. El año 2000 era nuestro, y construiríamos una sociedad mejor y más preparada. Sin duda.

La consunción era el ideal quijotesco de la izquierda revolucionaria, del intelectual soñador, de la vanguardia, de la bohemia transgresora. La panza distinguía a la burguesía acaparadora y pedestre de la refinada aristocracia; era, desde la época del texto cersantino, el símbolo de la bajeza y la ignorancia. Como le dice el hidalgo a su escudero: “Yo, Sancho, nací para vivir muriendo y tú para morir comiendo”. Vivir muriendo, morir viviendo, un retruécano demasiado conocido por los cubanos y cantado como himno de guerra.

La Revolución usufructuó, a fuerza de los rigores en la alimentación, esta semiótica bien codificada. En aquellos años, la panza podía ser la huella de un desvío de recursos, de un enriquecimiento ilícito. Hoy es la marca corporal de los malos hábitos alimenticios, del regreso del pan, y la salsa abundante, mientras la Europa anoréxica presume de sus alimentos desgrasados.

Recuerdo que en cierta ocasión, nos habían prometido que el cerdo del semestre le sería dado al grupo más destacado de la escuela para que sus integrantes hicieran una fiesta e invitaran a sus familiares. Prometer eso en 1993 era como anunciar un día en el paraíso con pasaje de ida y vuelta. El grupo elegido fue el nuestro, después de haber sobrecumplido todas las metas de la competición. Y los días anteriores a la fiesta, cancelaron las invitaciones de las familias –porque sólo los padres de la ciudad tendrían el privilegio de asistir– y poco a poco nos fueron dorando la píldora hasta que del cerdo apenas vimos las croquetas. Ante nuestras protestas, el director dijo aquellas palabras que nos hundieron en la vergüenza: “¡discutiendo por un plato de empellas!”, y acotó: “El verdadero revolucionario no vive para comer, sino que come para vivir”.

Juro que aquella frase la repetí muchas veces como talismán contra la gula. Y la busqué por la obra martiana sin encontrarla,
{ V/40 }

hasta que un día la hallé en *El avaro* de Molière, con una erudita nota al pie que decía que era un conocido refrán latino: “ede ut vivas, ne vivas ut edas”. En la obra, uno de los personajes, Valerio, le da lecciones al cocinero de Harpagón sobre cómo hacer una cena con poco dinero: “Habrá que dar cosas de las que se come poco y hartan al empezar... Unos buenos frijoles, algún pastel acompañado de castañas”. Método infalible: ¡un plato de frijoles negros!

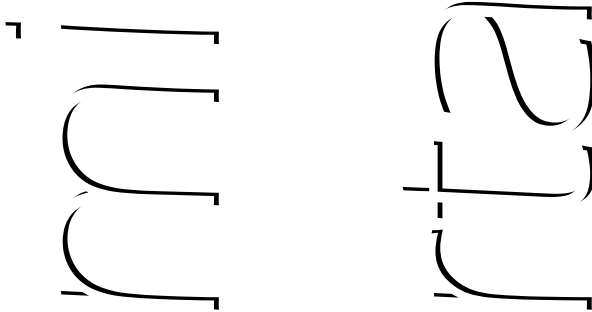
En cambio, la frase martiana que sí se podía leer en toda aula cubana era aquella que prescribía la finalidad que debía tener la cultura: la libertad. *Ser cultos para ser libres*.

Cultura y libertad son términos tan inscritos en determinados repertorios contextuales que el apotegma martiano, anclado en una ahistoricidad eterna, apenas significa nada. Son dos de los conceptos más productivos heredados de las tecnologías de control de la Modernidad que, establecidos como absoluto, han escondido la ideología tras la que tales signos se hacen operativos. La creencia iluminista suponía un libre albedrío anclado en el saber, aunque hoy sabemos que justamente el “saber” es el dominio en el que se nos instituye como sujetos predeterminados, y el libre albedrío ha dejado de ser, hace mucho, una posibilidad tangible.

En cualquier caso, y siguiendo a Foucault, la cultura es un espacio de intervención y resistencia –donde se ejerce la microfísica del poder–, justamente porque es el entramado donde se construyen los sistemas de identificación social. La libertad es más bien ese, aunque sea mínimo, momento de resistencia, de tensión permanente que nos hace constantemente movernos, como sujetos, hacia la aspiración absoluta pero siempre inalcanzable del poder: la inmovilidad. Y moviéndonos, cancelamos la definición perfecta.

La resistencia –y la libertad– en el actual momento que vivimos pasa, en sentido estricto, o primario, por la resistencia del cuerpo. No hablo de la resistencia oficializada, aquella que se pide a cambio de hundimientos y holocaustos masivos, sino la resistencia cotidiana, la única que garantiza un mínimo de libertad, y que incluye, como estrategias, el cambalache, el mercado negro, la improvisación, el timo. La búsqueda de alternativas para encontrar modos de subsistencia y felicidad paralelas o compensatorias. Resistir y resolver. Resolver

para seguir resistiendo. (Visto así, la cultura entendida como erudición no garantiza, en el terreno patrio, libertad alguna. Otro tipo de cultura se impone para lograr la sobrevivencia: la de la “lucha”.)

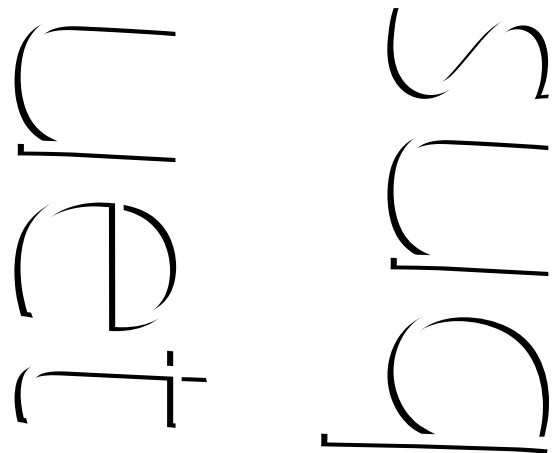


En el artículo “Maestros ambulantes” de donde se extrajo el precepto martiano, también se repudiaba la idea de un *telos* humano dirigido hacia la satisfacción de las apetencias del cuerpo: el ya comentado “vivir para comer”: “La mayor parte de los hombres ha pasado dormida sobre la tierra. Comieron y bebieron; pero no supieron de sí. (...) Los hombres son todavía máquinas de comer, y relicarios de preocupaciones”. En efecto, si invertimos la frase podríamos decir: cuando un relicario de preocupaciones –entre ellas, y de manera fundamental, la carencia alimenticia– atormenta al hombre, éste se vuelve una “máquina de comer”.

La obsesión por la falta de comida era la que nos hacía estar hablando todo el día de alimentos imposibles y suspirar a coro en el cine frente a una escena suculenta. En *Paradiso*, el alimento nos conduce a una hilatura descomunal que apenas soñamos frente a la proliferación apetitosa de ingredientes y platos que se mezclan en la “gossá familia”, esa orgía metafísica en la que se resumen todos los gozos. Nuestra mesa, reducida y deslucida, ha dejado de suponer el goce que promete una duración, un detenimiento en la catadura de combinaciones insospechadas: nuevas especies, nuevas texturas o ritmos de deglución y, lo que es más lamentable, ha dejado de religar como la más pura de las religiones: ya no impulsa la conversación hacia ese estado de luz en el que el diálogo invade el oído como el crustáceo la boca. Decía el Coronel Cemí en torno a la mesa servida: “El placer, que es para mí un momento en la claridad, presupone el diálogo. (...) Si no es por el diálogo nos invade la sensación de la fragmentaria vulgaridad de las cosas que comemos”.

Con angustia, reconozco en *Paradiso* el espejismo que contrarrestaba la *pobreza irradiante* lezamiana, el hambre real del escritor, como recordaba Reynaldo González en el programa de Amaury Pérez “Con dos que se quieran”. Según González, cuando cogía el trozo de carne que le correspondía, iba a casa de Lezama y lo sacrificaba en pos de alimentar no precisamente el “espíritu” del maestro.

Conviene, sin embargo, que regresemos a la frase martiana que conjugaba cultura y libertad para comentar una gravísima falta por omisión. La frase, en realidad, es una especie de silogismo con tres proposiciones indispensables que se concatenan: “Ser bueno es el único modo de ser dichoso. Ser culto es el único modo de ser libre. Pero, en lo común de la naturaleza humana, se necesita ser próspero para ser bueno”. O lo que es lo mismo, la prosperidad sería la base de ese edificio ético en el que, luego de alcanzado el bienestar, se podría ser bueno (y por ende, dichoso) y culto (y por ende, libre). “Y el único camino –continúa diciendo Martí–, abierto a la prosperidad constante y fácil es el de conocer, cultivar y aprovechar los elementos inagotables e infatigables de la naturaleza”.



Cierra la idea, y devuelve el protagonismo al conocimiento, en este caso, aplicado: se asocia la cultura a su sentido etimológico: cultivar, hacer fecundar la prosperidad a través del trabajo y del usufructo eficaz de los bienes que poseemos. Esto nos haría ser prósperos y otra vez, libres y buenos. (A su vez, Martí no propugna que el campesino abandone el surco para hacerse letrado; que los campos se llenen de marabú mientras la mente se cultiva, sino que una especie de “maestro ambulante” acuda al lugar donde se obra, ofreciendo conocimientos alternativos.) { V/41 }

Que la bondad esté relacionada con la prosperidad (la bonanza) no es una contradicción –como la ética revolucionaria casi siempre ha pretendido, confiada en el valor formativo de la miseria–; aunque tampoco sea un *a priori*. Sin embargo, la realización individual que ofrece la prosperidad (y no exactamente por el bienestar que implica, sino por el proceso en busca de ese bienestar) bien podría hacernos mejores, aunque esto parezca sacado de un manual de autoayuda.

Recordemos que la palabra “próspero” viene del latín *prosperus-a-um*, dotada del prefijo ‘pro’ (hacia adelante, en favor) y la raíz indoeuropea *spe*. La palabra latina *spes* (esperanza) contiene la misma raíz. Etimológicamente “próspero” significa entonces, que lleva adelante lo esperado, o según lo esperado. La prosperidad supone el curso favorable de una acción o desempeño; el éxito de una empresa y no, necesariamente, un enriquecimiento que avergüence, o desmerite al poseedor. Rico o riqueza, en cambio, vienen del alemán arcaico *riks* –dando origen a la palabra *reich*– y tiene la raíz indoeuropea *reg* (rey, regente); lo que indica que, en este caso, el vínculo entre Poder y peculio aparece marcado en sus orígenes. Los aldeanos nunca podrían ser ricos –tampoco los campesinos a los que se refiere Martí en el artículo citado– pero sí prósperos.

Lo que mis actuales colegas desconocen es que la letra sí nos entró con sangre, o mejor, con hambre, como cuando debíamos leer los tantísimos libros que nos ayudarían a forjarnos como filólogos, tumbados en las literas de la residencia estudiantil F y 3ra y con apenas unas tostadas y un té en la barriga.

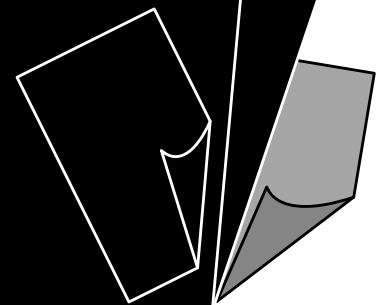
Haber estudiado en Cuba fue realmente un privilegio. Haber sido discípula de brillantes profesores que a lo largo de mi vida intentaron suplir las carencias del cuerpo con los espejismos de la cultura, es algo inolvidable. Ellos también enflaquecieron paulatinamente; algunos parecía que expirarían tras la lección, y seguían aferrados a su trabajo apenas remunerado. Recuerdo con nuestra alegría de que algún “viajecito” le hubiese tocado casualmente a alguno de aquellos profesores que nunca viajaba, para que pudiese “reponerse”. A su regreso nos comentó con orgullo que había ahorrado mucho dinero y que, por tanto, había podido comprar algunos libros que hacían falta para la Facultad. Y en efecto, apenas había engordado unas libras, { V/42 }

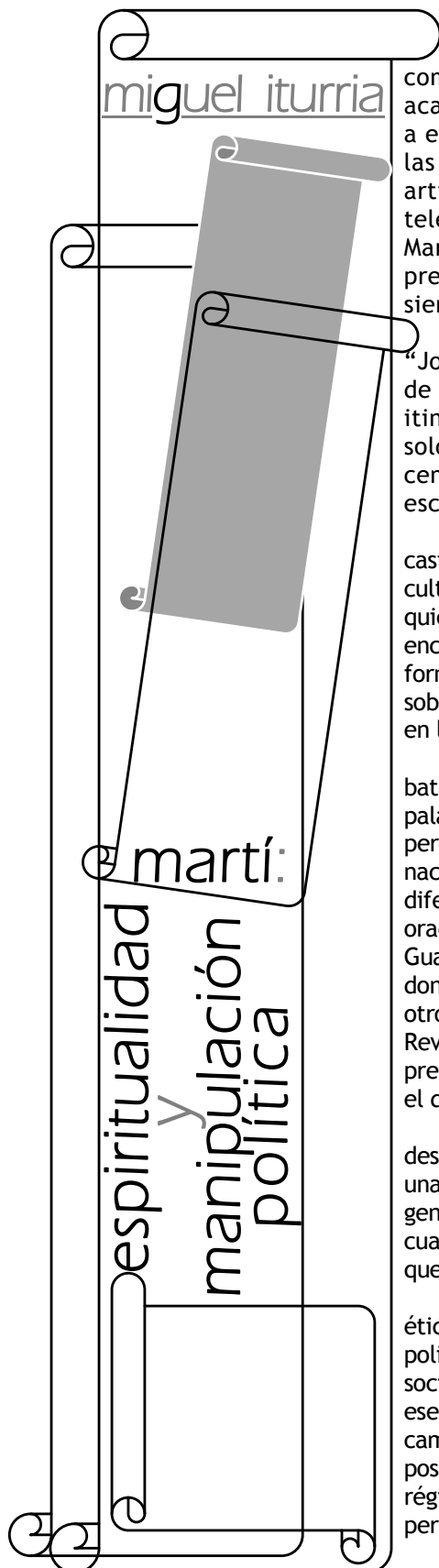
apenas había cambiado su ropa de siempre, de tienda reciclada, como la nuestra.

Hoy, muchos a los que le debo, no mi placer por las letras, sino mi gusto quijotesco por enseñar (labor reñida, como se sabe, con la riqueza, aunque no necesariamente con la prosperidad), no están en la facultad. Y lo lamento visceralmente por los alumnos que no tendrán la oportunidad de conocer el enjuto cuerpo y la febril agitación de Salvador Redonet; la consagración casi mística de Ofelia García Cortiña; la sencillez campechana de Amaury Carbón, con su guayabera blanca, casi transparente; la fortaleza de Nara Araújo, llena de proyectos a un paso de la despedida, y a otros tantos que han fallecido en los últimos años, en plena faena. O la despistada genialidad de Beatriz Maggi, la estoica resistencia de Teresa Delgado, la humildad de Lupe Ordaz, y a otros tantos que se han retirado o alejado de la institución. A sus clases *había que ir*, aún cuando la barrita de maní comprada al “merolico” más cercano, fuera el único sostén de la mañana.

En la actualidad, no sé si con el plan de maestros emergentes, algún niño pueda agradecer, dentro de veinte años, la educación recibida en las etapas iniciales, las más importantes. No sé si el solo hecho de haber estudiado en Cuba seguirá siendo un motivo de alabanza. Incluso desconozco qué motivaciones impulsan hoy a los jóvenes a estudiar: supongo que ya no sean las mismas que las nuestras, o a lo mejor, sí. Confiar en que la profesión podrá ser ejercida en la sociedad que te formó y que, una vez que ha garantizado tu competencia, te abra las puertas para alcanzar la retribución necesaria, merecida. La prosperidad que, según Martí, nos haría ser buenos y dichosos. Aquella que no se conforma con un viaje normado en el que haya que decidir si alimentar el cuerpo o el espíritu. {V}

{Blog Los días no volverán}





EL pasado 19 de mayo, al evocar la caída en combate de José Martí Pérez, las autoridades académicas, culturales y políticas del país volvieron a exaltar al Héroe Nacional de Cuba. Hubo actos en las escuelas, discursos oficiales, flores en su tumba, artículos en la prensa, programas radiales y televisivos y una velada en el Centro de Estudios Martianos, donde los eruditos del régimen presentaron tres tomos de sus *Obras Completas*, siempre en proceso de reedición.

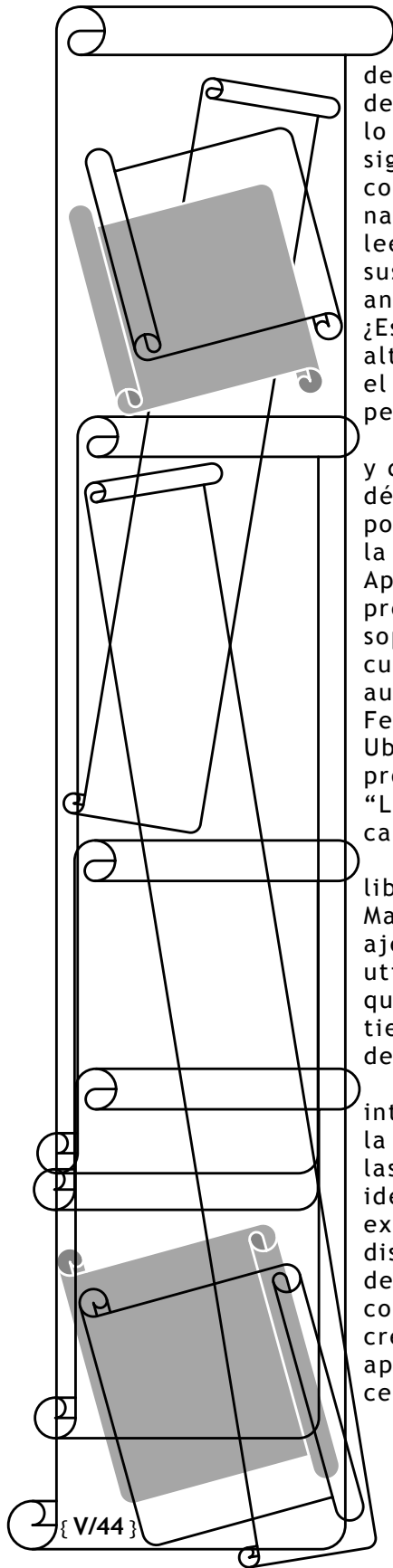
Un mes antes la Cinemateca de Cuba estrenó “José Martí, el ojo del canario”, una superproducción de Fernando Pérez que recrea fragmentos del itinerario espiritual de nuestro hombre mito, quien solo vivió 16 años en la isla, pero la convirtió en el centro de su obra posterior, signada por la vastedad escritural y la pasión libertaria.

José Martí, como Simón Bolívar, sirve a todos y para casi todo. La apropiación política del legado humano y cultural del Apóstol lo convierte en cortina y bandera de quienes usan su ideario para legitimar propuestas o encubrir intereses. La originalidad de los versos y las formulaciones éticas de la prosa martiana han sido sobredimensionadas por el protagonismo que desempeñó en la gesta independentista de 1895.

Como Martí sólo estuvo un mes en los campos de batalla, su tributo personal no es comparable al de paladines como Céspedes, Agramonte, Gómez o Maceo, pero a diferencia de estos fue un líder con proyecto de nación, que unió a hombres de tendencias y generaciones diferentes. Su habilidad diplomática, sus dotes como orador, periodista y su peregrinaje por España, México, Guatemala, Venezuela, el Caribe y los Estados Unidos, donde vivió casi dos décadas, le dieron ventajas sobre otros líderes independentistas, a quienes afilió al Partido Revolucionario Cubano, creado por él en 1892 para preparar, desencadenar y dirigir la última guerra contra el dominio colonial.

En el contexto cubano de principios del siglo XX, el descubrimiento paulatino del pensamiento de Martí fue una revelación que inspiró a sus contemporáneos y a las generaciones que dirigieron los destinos de la Isla, las cuales difundieron sus postulados, tan amplios y ambiguos que les sirve por igual a demócratas y tiranos.

Hay que preservar como un tesoro cultural el legado ético y humano de José Martí, pero la banalización política de su obra frena el desarrollo del pensamiento social y limita la percepción de nuestros problemas esenciales. La Cuba que soñó el Apóstol desde el exilio ha cambiado mucho desde entonces. Algunos de sus postulados conservan vigencia, mientras otros sirven al régimen que secuestra su ideario y legitima la permanencia en el poder.



Si bien la modernidad y el sentido liberal de las ideas martianas influyen en multitudes de cubanos, resulta peligroso contextualizar lo expresado por el Maestro hace más de un siglo, sobre todo cuando se usa de parábán contra ideas que refrescan la dinámica nacional. Es tal la desmesura que apenas leemos a Martí. No es inútil la reedición de sus obras, pero los libros se empolvan en los anaqueles de bibliotecas y librerías. ¿Estaremos hastiados de tantas frases altisonantes y aleccionadoras? ¿Habrá llegado el momento de darle vacaciones al pensamiento del Héroe Nacional?

La Oficina del Programa Martiano, creada y dirigida por Armando Hart hace más de una década, es el colmo de la apropiación política del legado martiano en beneficio de la dictadura, cuyos investigadores denigran al Apóstol al escamotear sus mejores ideas y presentar al líder independentista como soporte intelectual del totalitarismo. Son cuestionables los “aportes investigativos” de autores como Cintio Vitier, Roberto Fernández Retamar, Toledo Sande o Enrique Ubieta, quienes bordearon los afluentes del proceloso ideario del Maestro, para el cual “La patria es dicha de todos y no feudo ni capellanía de nadie”.

Décadas de opresión y ausencias de libertades contradicen las máximas de José Martí, amigo del respeto al pensamiento ajeno y crítico de las máscaras de justicia utilizadas por los tiranos y sus servidores, a quienes fustigó, consciente de que “La fuerza tiene siempre sus cortesanos en los hombres de ideas”.

El arsenal de ideas legado por Martí integra el patrimonio espiritual de Cuba, pero la manipulación política de su pensamiento lastra su obra. Él advirtió los peligros de la idea socialista, permeada por “las lecturas extranjerizas” y por “la soberbia y la rabia disimulada de los ambiciosos, frenéticos defensores de los desamparados”, capaces de convertir al pueblo en campo de batalla y crear reformas que “se condensan en apóstoles y se petrifican en crímenes”. Qué certeza, ¿verdad? {V}

{Blog *Ancla Insular*}

la felicidad del corredor de fondo

EL CALENDARIO marca 20 de mayo de 2010. Son las 10:30 de la mañana. En mi Bayamo natal hace otro día de calor plomizo que baña las frentes y genera estados de ánimo bien parecidos a la irritación. Pero eso es allá afuera, en las calles sin resguardo. En esta oficina de encajes en las paredes donde ahora mismo me encuentro, un aire acondicionado incrustado en la pared transforma la realidad circundante y la hace serena, apacible.

Ernesto Morales Licea

Frente a mí, aguarda un funcionario sentado tras su buró. Teléfono en mano. Desde mi entrada al local solo ha interrumpido su diálogo para decirme “Buenos días, Ernestico, toma asiento”, con la naturalidad de quien estaba listo para verme aparecer. Poco después concluirá esta comunicación, y marcará otros dos números con intenciones precisas: solicita la presencia de algunos trabajadores de la institución. Les pide que acudan a su oficina de inmediato. Nadie me lo dice, pero lo supongo: se trata de los miembros del Consejo de Dirección.

El funcionario tiene una expresión serena en el rostro, sin rasgos duros o imponentes. Su nombre: Ernesto Douglas Bosch. Su cargo: Director de la Emisora Provincial Radio Bayamo, en la oriental provincia de Granma. Los segundos se arrastran, estamos solos en su oficina en espera del resto de los convocados, y el peso del silencio le obliga a hablar:

—Déjame decirte algo —por fin se percata de que existo—. Tú no tienes idea de la estima que yo te tengo. Primero por tu talento, y segundo por tu actitud como trabajador de esta Emisora, desde tu entrada hace más de un año ya. Pero hay cosas que me son difíciles de admitir, que me resisto a creer... —dice, y deja la frase inconclusa, como si no valiera la pena continuarla.

Yo le escucho y, aunque él no lo sepa, estudio la circunstancia con un interés obseso. Presiento (desde hace 10 minutos todo me lo advierte) que algo definitivo está por suceder en torno mío, y me alisto para captar la esencia de cuanto se diga, cuanto se respire en esta mañana. Mi llegada a la institución donde he laborado como Periodista Cultural desde que concluyera mis estudios universitarios en el 2008, estuvo hoy marcada por un acto coercitivo que jamás había tenido ocasión de conocer.

La recepcionista había sido preparada: apenas asomara yo por la puerta de entrada, debía informarme de la alta determinación: el Director me esperaba en su oficina. Y así lo hizo, diligente. Yo agradecí su comunicado. Pero como a un encuentro con el Director yo

podía ir después de darles los buenos días a mis compañeros de trabajo, opté por entrar primero a mi local, comprendiendo de paso que esta vez la cosa iba en serio.

Lo olfateé en el gesto entrecortado y distante de algunos de mis colegas, y segundos después, de manera más explícita, lo supe por el oficial de Seguridad y Protección del centro, quien se encargó de conducirme personalmente hasta la Dirección. Para que no hubiera más desvíos en el trayecto.

Por eso ahora, cuando tres trabajadores de diversas áreas entran casi al unísono por la puerta, y toman asiento a mi lado, no me cabe duda de que asisto a una escena (como protagonista) para la cual, siendo honesto, sí estaba preparado, pero que no imaginé que pudiera llegar tan pronto. El silencio es absoluto. Ernesto Douglas se limita a alcanzar un documento que (solo ahora reparo en él) se encontraba privilegiadamente ubicado a su diestra, sobre el buró. Lo extiende hacia mí y dice:

—Ve leyendo esto. Cuando termines hablamos.

Mi lectura duró mucho más de lo deseado por la paciencia general. Comprender a carta cabal esta “Resolución 12 del 2010”, plagada de “por cuantos”, siglas, referencias jurídicas, y una redacción por momentos incoherente, fue un verdadero ejercicio académico. Sin embargo, la esencia de lo que tenía en mis manos no admitía dudas: mediante la Resolución 12 del año en curso el Director de la institución me expul-

saba de la misma. De manera definitiva.

¿Me tomaba por sorpresa? Nuevamente: no. Mi única sorpresa provenía de la premura con que esta había aparecido. Y, por otra parte, del motivo esgrimido para hacerlo. Veamos.

Detrás de este encuentro (que aunque me esfuerece por no hacerlo, no puedo dejar de calificar con un solo término: represivo), figuraban cuatro nombres en específico. Eran la base del iceberg. Los tres primeros eran nombres propios: Yoani Sánchez, Reinaldo Escobar, Orlando Zapata Tamayo. El tercero era un apelativo artístico: Los Aldeanos.

Hacía muy poco que había publicado yo en la red dos trabajos que los tomaban a ellos como centro. Primero, un artículo (“*Revolución en la Aldea*”) que basándose en un documental de Mayckell Pedrero sobre este dúo de rap, analizaba aspectos musicales, sociales e ideológicos en torno al controversial y talentoso grupo. Luego, con el título “*La muerte que nunca debió ser*”, una valoración sobre la tragedia de ese pobre hombre llamado Orlando Zapata Tamayo, que murió de una muerte horrenda, y cuyo caso mucho le pesará en la memoria a la nación, a todos un poco por igual. Y finalmente, una extensa entrevista titulada “*Un límite para todos los odios*”, con la blogger de *Generación Y* y su esposo, el también periodista Reinaldo Escobar.

Conociendo la deprimente situación de los medios de prensa de mi país, no tuve siquiera la

ingenuidad de pretender publicar estos escritos en algún espacio oficial, dígase revista, periódico o sitio *web* de la red nacional. Y conociendo (también) la minusvalía de la libertad de expresión en mi país, no supe que luego de ejercer mi derecho a la voz propia, a cuestionar críticamente las actitudes y decisiones que al más alto nivel se estaban tomando, iba a pasar indemne a las represalias. Causa y efecto.

Pero el motivo que la Resolución 12/2010 refería como la falta grave por mí cometida parecía el fruto de una mentalidad creativa capaz de emular con el mejor George Orwell, y ya aquí mi adaptación al absurdo, mi resistencia al asombro, no pudo menos que ceder. ¿De qué se me acusa? Pues de, en mi calidad de periodista con una cuenta personal a Internet (solo utilizable en mi centro laboral), “hacer un uso desmesurado de la navegación, accediendo a sitios de carácter subversivo y contrarrevolucionario contra nuestro país, a los cuales no tenía autorización a acceder”.

Estoy seguro: el desdichado redactor de este escrito debió sudar hielos para no mencionar de forma expresa la verdadera causa de mi expulsión. Pero como no hablar de esta parecía más difícil que sí hacerlo, el escriba cedió al impulso. Dijo: “Se verificó igualmente la publicación de artículos en los sitios antes referidos”. Solo eso.

Pongamos, pues, en claro el argumento: no se me sancionaba por publicar. Nada de eso. Hacerlo habría confirmado ciertas acusa-

ciones sobre las violaciones a los derechos individuales, libertades de expresión y otros demonios, que era mejor no despertar en estos tiempos convulsos. Luego, en análisis posteriores, todas las máscaras caerían y la ira institucional contra un periodista que se atrevió a ser consecuente consigo mismo saldría a flote plenamente, pero en las dos páginas de truculentas evidencias, mis textos solo figuraban como un argumento de quinta importancia al que solo de pasada se le mencionaba.

Así pues, se me sancionaba por leer. Por leer lo que otras voces, lo mismo de dentro que de fuera de mi país, dicen sobre un centenar de aspectos políticos, culturales y sociales tan afines con el periodismo que practico como con la razón humana. Pero en esencia y sin maquillaje: me expulsan por leer lo que no debía. Por hacer justo aquello que los mayores de los campos de caña prohibían bajo castigos violentos a los negros esclavos. Y también por hacer lo que el líder de la Revolución Cubana, Fidel Castro, promulgó cierta vez como una máxima del proceso. “Nosotros no le decimos al pueblo cree —dijo en aquel entonces—. Le decimos *lee*”.

De regreso a la oficina rectora de la Emisora Radio Bayamo, terminada mi azarosa lectura, encuentro el mismo silencio, la misma atmósfera densa que no le permite a ninguno de los presentes decir palabra alguna, o sentirse siquiera cómodos. Le devuelvo el documento al Director, y este, obedeciendo a su planificación mental, pregunta: *¿Tienes algo que decir?*

No podría saber si me traiciona el gesto en mi exterior, pero internamente tengo que sonreír. De perplejidad. Por mi mente pasa a la velocidad de un rayo el recuerdo de tantos expulsados, de tantos censurados en la más reciente Historia de Cuba, la que no se estudia en ningún colegio de la Isla. Y no precisamente el recuerdo de un Virgilio Piñera o una María Elena Cruz Varela. Pienso en los hombres de arena, los desconocidos cuyas historias de abusos contra sus derechos, de represalias ejemplarizantes como esta, no se conocieron ni conocerán jamás.

—Por supuesto que sí— digo, aunque en verdad no me siento con deseos de replicar. El tamaño de la injusticia, de la arbitrariedad, consigue a ratos dejarnos sin palabras.

Pero hablo, finalmente. Por espacio de unos 20 minutos. Hablo de violaciones y de la amnesia que al parecer seguía padeciendo mi país. El olvido de los resultados a los que métodos represivos como este nos habían llevado décadas atrás, y que no se blanqueaban dedicando ciclos de conferencias o publicando volúmenes sobre el vergonzante y al parecer inmortal Quinquenio Gris. Hablo de mis derechos a la información y a la libre expresión. Hablo de las lagunas legales que, sin ser jurista, podía detectar de una simple ojeada en aquel libelo acusador. Hablo sabiendo que mi cartarsis comedida no es otra cosa que el derecho al pataleo del ahorcado. Y cuando termino, tras dos segundos de pausa, mi director se dirige al resto de los presentes:

—¿Alguien quiere decir otra cosa?

Cabezas que se mueven en un sentido y en otro. Y para mi sorpresa, sin más intervención, da por concluido el encuentro, no sin antes informarme de los siete días hábiles que la ley me entrega para mi posible reclamación.

Su voz sigue siendo plana. Sus gestos no han variado la displicencia con que me recibió, mientras conversaba por teléfono. Y yo pienso: lo terrible no es que queden directivos que cedan a la tentación de usar sus poderes de la forma más arbitraria y brutal. Lo terrible es que, como estoy seguro que hará hoy el Director Ernesto Douglas Bosch, consigan dormir en paz en las noches, junto a sus esposas y sus familias relativamente felices.

—¿Usted no tiene nada que decirme?—pregunto antes de ponerme de pie—. ¿No tiene nada que decir a lo que desde hace varios minutos he dicho en contrapartida a esta sanción?

Su respuesta, rígida, ahora sí implacable, le sale sin pensar:

—Nada que decir. Te he escuchado, pero todo lo que debía decir está en el documento que tienes en las manos. Hemos terminado. Buenos días.

En ese preciso instante, en el segundo en que miro a sus ojos impávidos detrás de cristales de aumento, comprendo que en los últimos momentos de esta reunión, sus oídos han estado clausurados a mi voz. Los de él y los de todos. Nadie me ha escuchado en este encuentro espectral. ¿Por qué? ¿Por maldad de este locutor erigido Director, cuya jovialidad rayaba a ratos en la falta de carácter y autoridad?

No, me digo. La razón es otra. La verdadera razón es que este hombre que, con sus facultades me separa de la entidad que dirige, solo está cumpliendo órdenes. Órdenes explícitas (“Toma medidas drásticas con este caso”) o implícitas (“Si yo fuera tú, manejaría este asunto con inteligencia”). Órdenes apuntadas desde “arriba”, ese arriba metafísico que obedece a un aparato ideológico, u órdenes interiores, incorporadas al pensamiento, que advierten de los riesgos de no ser enérgico con un trabajador “equivocado” y, en consecuencia, ser juzgado como un dirigente irresponsable y flojo. Órdenes de mil clases distintas. Pero órdenes al fin.

{ V/48 }

Por eso ni siquiera en este instante en que atravieso el pasillo rumbo a la puerta de salida, con la notable percepción de que quienes me miran lo hacen con una lástima (esta sí) humillante, con ojos de que, de no existir peligro alguno, podrían solidarizarse conmigo, ni siquiera ahora cuando sé que el vínculo ha sido cortado por fin, puedo experimentar animosidad alguna contra quien de un plumazo lo ha conseguido.

A mí no me expulsa Ernesto Douglas Bosch, pienso. Quiéralo reconocer o no, su triste función es la de marioneta de otros cerebros. Es el ejecutor de una directriz trazada firmemente, pero que en el fondo, jamás sabré si él comparte o no. Como ninguno de los miles de cubanos expulsados de sus puestos, extirpados, condenados a trabajar en fábricas de acero o cañaverales, sabrá jamás si quien le comunicaba su destierro aprobaba internamente la medida, o si no le quedaba más remedio que materializarla por su propio bien.

Son casi las 12 del día en el Bayamo de mi Cuba insular. Bajo el mismo sol desértico deambulo otra vez por la ciudad donde cientos de años antes, un pueblo ferviente y lacerado cantara por primera vez los versos del Himno Nacional.

“Nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos”, pienso, antes de perderme por la arteria comercial más transitada de la urbe, con una armonía interior muy parecida a la del corredor de fondo que, separado de la multitud, (no importa si delante o detrás o a un lado) corre a su aire sin que el resto pueda comprender su ligereza y felicidad. {V}

{Blog *El pequeño hermano*}

Así pues, la capital y todo el occidente y el centro de la isla grande, junto a la Isla de Pinos y algunos cayos adyacentes, estaban en fase de alarma ciclónica. En unas horas el huracán entraría en el archipiélago cubano. Pero nadie sabía por dónde. Entraría. Punto. Ni en el Observatorio de Miami ni en el de Casablanca se aventuraban a emitir un pronóstico más preciso acerca de su trayectoria. En la TV, de pie junto a las imágenes del satélite (misteriosas, como siempre, jamás las he comprendido), y algunos mapas climáticos, el director del Instituto de Meteorología no paraba de hablar. Decía: Ubicación actual, tantos grados de latitud Norte y mascuantos de longitud Oeste. Velocidad de traslación, más bien lenta... ¡Hum! Malo, malo... -se secaba el sudor de la frente con la manga de la camisa-. Precipitaciones, tantos milímetros. Presión atmosférica, mascuantos hectopascales. Velocidad de los vientos huracanados... ¡Uf! Muy fuertes, fortísimos... ¡Hace décadas que no se veía algo como esto! Pero mantengan la calma, ¿eh? -volvía a secarse el sudor-. Hay que mantener la calma, estimados televidentes, y cumplir con las orientaciones del Estado Mayor de la Defensa Civil para casos de ca... ca... catástrofe... Pobre tipo. A la legua se le notaba el miedo, las ganas de mandar a la porra al puñetero Estado Mayor con todas sus malditas orientaciones, y salir corriendo como alma que lleva el diablo. Claro que correr no tenía sentido. No llegaría a ninguna parte.

Luego aparecieron en pantalla imágenes de la CNN en español. Con una lentitud { V/50 }

escalofriante, Michelle había ido bordeando la costa caribeña de Centroamérica y los periodistas iban tras él (o tras ella, ¿no?) con sus cámaras y micrófonos. A prudencial distancia, por supuesto. Las imágenes eran espantosas. Crecidas de ríos, casas desplomadas, árboles arrancados de cuajo, cadáveres de personas y de animales flotando en el agua sucia, toda la miseria y el sufrimiento del mundo en los ojos de los sobrevivientes, que para colmo de males eran gente pobre, cuyos gobiernos -dijeron algunos de ellos- no los tomaban en cuenta para nada y no los ayudarían a recuperarse, etc. Algunos indígenas, que quizás no hablaban español, permanecían en silencio, muy serios, con el entrecejo fruncido. Aunque en realidad no hubo tantas entrevistas. Muchas zonas habían quedado aisladas por las inundaciones, resultaban inaccesibles por tierra, así que las imágenes (pura devastación) eran tomadas desde un helicóptero. Una voz en *off* iba diciendo en tono dramático: esto es en Nicaragua... esto, en Honduras... esto, en Guatemala... A la altura de Belice -dijo la voz en *off*- el poderoso huracán ha salido nuevamente al Caribe, donde ganará en organización e intensidad. Ahora se dirige hacia Cuba...

Y en ese momento, justo en ese momento, apenas la voz hubo pronunciado la palabra "Cuba", ¡paf!, se cortó el fluido eléctrico. Imagino cómo debieron sentirse los estimados televidentes de las tres y pico de la madrugada, que seguro eran millones, ante aquella oscuridad. Creo que escuché unos gritos a lo lejos. No sé. Ni Stephen King hubiera inventado algo más terrorífico.

En lo que a mí respecta, no tenía ningún miedo. No es que yo sea muy valiente, qué va. Desde niña padecí toda clase de terrores. Fueron muchos, demasiados. Tantos, que vivía en perpetua zozobra, mordiéndome las uñas, con un nudo en la garganta... Pero cuando tomé la decisión, a fines de los 90, desaparecieron todos como por arte de magia. ¡Zas! Fue como una especie de exorcismo. Ni siquiera volví a tener pesadillas. Ahora, con el corte de la electricidad, sólo me preocupaba que mi hermanito fuera a despertarse por causa del calor. Porque la noche estaba caliente, húmeda, pegajosa, y él, sin ventilador...

El Bebo no era ningún chamaco. Nada de eso. Con sólo tres años menos que yo, no le faltaban fuerzas para arruinarme los planes. Y trataría de hacerlo, desde luego. Siempre lo hacía. No quiero decir que él fuera violento, que me maltratara o algo por el estilo, no. Pero tenía un lado Aliosha Karamázov francamente insoportable. Cuando empezaba con aquello de que el Señor nos ama a todos y que debíamos buscar la salvación de nuestras almas y no sé qué más, no había forma de pararlo. Yo le decía: Ay, Bebo, por favor, déjame en paz... Y él: ¿Pero qué dices, Mercy? ¡Déjate en paz tú a ti misma! Deja que el Señor entre en tu corazón... Y cosas así. Mejor que no se despertara.

En medio de la oscuridad, fui a sentarme en el poyo de la ventana que da al portal. Silencio absoluto. Ni los grillos del jardín chirriaban. Tal vez se habían largado con su música a otra parte. He oído que los animalejos perciben la inminencia de los desastres naturales mucho mejor que nosotros, que sin satélite y radares no percibimos nada de nada. Quién sabe. El hecho es que aún no soplabla la más mínima brisa. La noche estaba clara, despejada, con luna y estrellas y todo eso. De no ser por la TV,

nadie hubiera sospechado que se nos venía encima un huracán, y de los más apocalípticos. Mis ojos (“de gata”, decía el Nene) se adaptaron enseguida a la oscuridad. Prendí un cigarrillo. Aún no era el momento, no había que apresurarse. Permanecí allí, fumando, contemplando la noche, durante varias horas. No pensaba en nada. No tenía nada en qué pensar. El Bebo, por suerte, no se despertó.

Al filo del amanecer, me bajé del poyo. Estiré las piernas. Según mis cálculos, ya era hora de entrar en acción. Sigilosa, procurando no tropezar con nada, fui hasta el cuarto de mi hermanito, en el fondo de la casa. Ahí estaba él, con la ventana abierta, arrebujado entre las sábanas. Ajeno al calor, a la inminente visita de Michelle y a mis propósitos, dormía como un tronco. Vaya sueño glorioso, pensé.

Ni el Bebo ni yo trabajábamos. Con nuestros antecedentes, nadie nos hubiera dado un empleo que no fuese en la agricultura o en la construcción. No eran antecedentes penales, no habíamos cometido ningún delito. O quizá sí. Depende del punto de vista. Hay acciones, u omisiones, que son legales en unos países y en otros no, según el sistema de gobierno. De manera que sobrevivíamos, mal que bien, gracias a las remesas que nos enviaba un amigo de papá desde los Estados Unidos. Se suponía que en algún momento de nuestra era partiríamos al exilio, para volver a reunir a la familia, o lo que quedaba de ella. Pero hacía falta un permiso de salida de Inmigración, que no llegaba (aún no llega). El Bebo, con su problema de la columna, no era apto para el servicio militar. Eso era bueno, porque en caso contrario se hubiera declarado objetor de conciencia y sabe Dios lo que hubiese ocurrido. En cuanto a mí... digamos que apenas existía, que apenas existo. Vamos, que no peso ni 100 libras. Según los hombres de este país, tan adictos a las masas y los volúmenes, soy ojos verdes, pelo largo y nada más. ¿Qué interés podría tener alguien en retenerme en un lugar o en otro? Nada, que no entiendo la demora con el permiso de salida. Pero me da igual. Oh, sí. Ya desde entonces me daba igual. En esta vida hay muchas cosas que no entiendo.

El Bebo tampoco entendía. Pero él sí que se lo tomaba a pecho. Durante algún tiempo estuvo muy, pero que muy ansioso, incapaz de concentrarse en nada, loco porque acabáramos de largarnos de una cabrona vez -decía-, a cualquier parte, aunque fuera a Tombuctú. Porque además sentía que nos vigilaban, que habían pinchado nuestro teléfono para espiar nuestras conversaciones privadas, que merodeaban por los alrededores de la casa (vestidos de paisano, claro, para que no se les viera lo policial, ¡como si pudieran engañar a alguien!), en fin, que pretendían aniquilarnos. Yo le preguntaba quiénes y él me respondía que ellos. ¿Quiénes más podrían ser? Ellos. Los perros. Los hijoeputas. Los de siempre. Yo le preguntaba si estaba seguro, si no serían figuraciones suyas, sí, porque a fin de cuentas era un poco absurdo... Él me miraba con cara de horror. Decía: ¿Un poco quéeeee? ¡Ay, María de las Mercedes Maldonado! ¡Tú como siempre, en las nubes, en los jardines colgantes de Babilonia! Estás más loca... Entre eso y la muerte del Nene, tan inexplicable, mi hermanito estuvo al borde de una crisis de nervios.

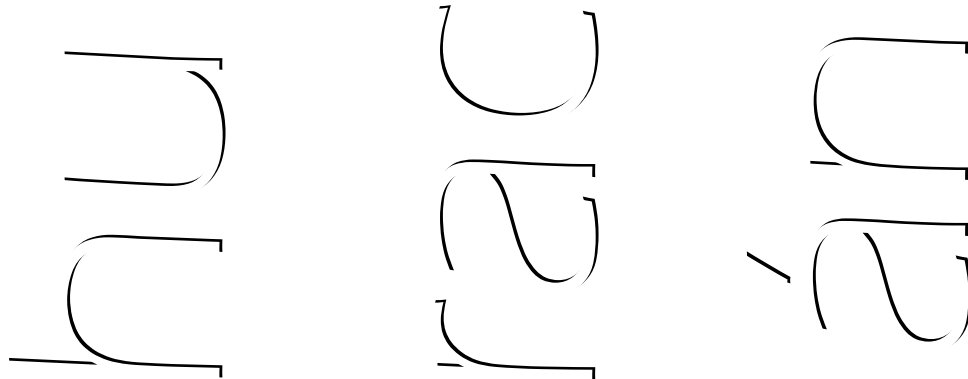
Entonces, un buen día, se iluminó. O sea, decidió que estaba bueno ya de ser católico, lo que para él equivalía a ser razonable en exceso, falto de pasión, de auténtico fervor religioso, y se metió a protestante. Se hizo evangelista, creo. Aunque no estoy segura. Tal vez fuese luterano, o anabaptista, o pentecostal... En realidad no sé. Era una secta cuyos practicantes se la pasaban dando brincos y alaridos. A veces caían en trance y se revolcaban por el piso, ponían los ojos en blanco y hasta soltaban espuma por la boca, vaya, como si tuvieran un ataque de epilepsia, y consideraban todo eso terriblemente espiritual.

Yo respeto las creencias de los demás, de veras que sí. Pero aquellos creyentes espasmódicos y vocingleros me ponían los pelos de punta. No podía con ellos. Cuando venían a casa, me encerraba en mi cuarto. Sí, para que no me dijeran que yo llevaba colgado del cuello un instrumento de tortura. ¡Dios mío, un instrumento de tortura! Los muy anormales se referían a una cruccita de oro de lo más inofensiva. Y si empezaban con los aullidos y los berridos, me iba al parque de la esquina y me sentaba a leer en mi banco favorito, debajo de un flamboyán. Por cierto, ahí leí un libro que ahora mismo no recuerdo de qué trata ni quién lo escribió, pero que me gustaba muchísimo en aquella época, no sé por qué. *La campana de Islandia*, creo que se llamaba. ¿No es un lindo título?

Pero volvamos a los evangelistas, o quiénes fueran. La cuestión con ellos es que, pese a toda la bullanga que armaban, en

cierto modo ayudaron a mi hermanito. Eso hay que reconocerlo. Con sus extravagancias lo mantenían entretenido, a salvo de la angustia, el alcoholismo y las noches de insomnio. Verdad que se volvió muy latoso con lo del Señor que nos ama a todos, pero al menos dormía tranquilo de vez en cuando. Como aquella madrugada, en vísperas del huracán Michelle, en que entré a su cuarto subrepticamente.

Cogí la linterna y el llavero, que estaban encima de la mesita de noche. Los vientos ya comenzaban a soplar con alguna fuerza, pero aún había una calorana sofocante, por la baja presión atmosférica. Sólo enfriaría más tarde, cuando empezara a llover. Dudé por un segundo entre cerrar o no la ventana. Preferí dejarla abierta. No quería que el Bebo se despertara aún. ¿Para qué? Ya se despertaría más adelante, cuando la cosa se pusiera realmente fea. También me pregunté si no debía dejarle una nota. Las personas que toman la decisión que yo he tomado suelen dejar notas antes de ponerla en práctica. Escriben algo como “No se culpe a nadie...” o, por el contrario, “La culpa la tiene Fulano de Tal...”, o qué sé yo. Todo eso siempre me pareció muy patético. Vamos, como si quisieran darle una suprema importancia a un acto que, si lo miramos con un poco de objetividad, no es nada relevante. Ya sé que hay otras opiniones al respecto, pero en fin. Sea cual sea el asunto de que se trate, siempre hay otras opiniones. Si algo se sobra entre las personas, es justo eso: las opiniones.



De cualquier modo, yo no hubiera sabido qué escribir en mi nota sin que sonara falso o ridículo. El Nene siempre me decía que tengo talento para la literatura, pero no sé, no lo creo. Toda mi obra (¡je je, mi obra!) se reduce a cinco o seis cuentos, de los cuales he publicado sólo uno, en una revista mexicana. Así que no le dejé al Bebo ninguna nota. Ahora me pregunto si, de haberlo hecho, eso no hubiera cambiado el curso de los acontecimientos. Quién sabe. Me parece que no.

En mi mente, le di un beso a mi hermanito. Y un abrazo. Y muchos besos más. Aunque yo no sea tan fervorosa ni tan pasional, tampoco soy una piedra. Me hubiera gustado tocarlo de verdad. Pero no debía correr riesgos. De manera que me despedí sólo en mi mente. Le dije que lo quería mucho-mucho, a pesar de las latas evangelistas (era cierto). Que ojalá no me extrañara demasiado. Le deseé suerte con lo del permiso de salida, que le llegara pronto y pudiera reunirse con papá. Y me fui, antes de que los vientos comenzaran a arreciar y las hojas de la ventana a dar bandazos. Nunca volvimos a vernos.

{ V/52 }

Cuando salí al portal ya amanecía, aunque apenas había luz. El cielo estaba tan empedrado, tan gris, que deprimía a cualquiera. El olor a humedad era muy fuerte. De un momento a otro empezaría a caer los primeros goterones. Y luego, casi enseguida, el diluvio. Por las condiciones del tiempo, era evidente que Michelle ya había entrado en la isla grande. ¿Por dónde? Vaya uno a saber. Si el ojo del ciclón atravesaba La Habana, de por sí tan destruida, sería la catástrofe más colosal de los últimos 50 años. Por un instante sentí algo parecido al patriotismo. Odié a Michelle.

Del portal salí al pasillo exterior que conduce al garaje. Las ventanas laterales de la casa contigua estaban todas cerradas. Estupendo, pensé. No quería que nadie me viera. Abrí el portón. Ahí adentro, en el garaje, estaba oscuro como boca de lobo. Olía a herrumbre, a moho, a gasolina. Con la linterna encendida, me subí a la camioneta Ford y traté de ponerla en marcha. No era fácil. Lo logré al tercer intento. No revisé el tanque del combustible, pues ya lo había hecho la tarde anterior.

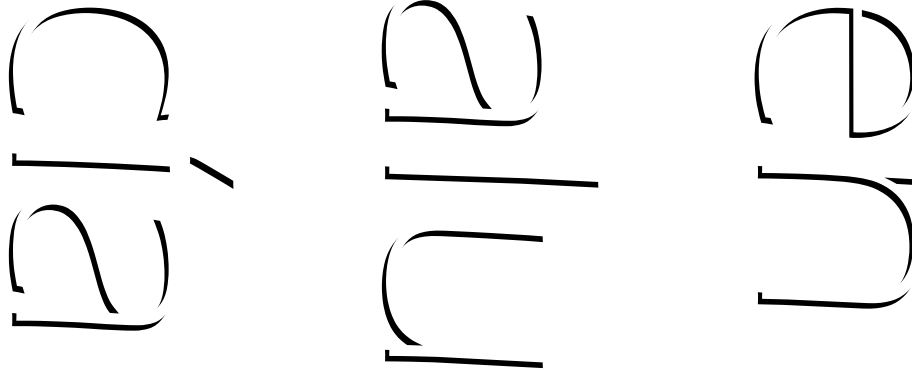
Esa camioneta era una antigualla, una auténtica pieza de museo. Cada vez que un turista la veía, enseguida quería comprarla. O si no, retratarse junto a ella. O filmarla en movimiento. Verdad que se movía de puro milagro, sin que le hubieran cambiado un solo componente en más de cuatro décadas. Si no es un récord Guinness, le anda cerca.

Ya en la calle, miré por el retrovisor. El portón seguía abierto. Pero no iba a apearme para cerrarlo. Qué va. En el garaje no había nada que pudieran robarse, y a lo mejor hasta servía de refugio a alguien. Siempre hay vagabundos, pordioseros, borrachos, viejos locos que se fugan de sus casas y luego no tienen dónde meterse cuando llegan los huracanes.

Creo que rodé varios kilómetros sin rumbo fijo. Di algunas vueltas. Llegué hasta el puente de hierro del Almendares y luego regresé, por un camino distinto. No me interesaba ir a ningún sitio en particular. Sólo rodaba y rodaba. La lluvia era cada vez más intensa. El viento la inclinaba ora en una dirección, ora en otra. Hacía remolinos, espirales, trombas. Yo iba un poco despacio, pero sin detenerme. Al principio tenía cierta visibilidad. Recuerdo vagamente las calles del Vedado, sombrías, desiertas, sin vehículos ni peatones. Las farolas del alumbrado público, apagadas. Las de la camioneta, igual. Yo era como un fantasma que recorría una ciudad fantasma. Por primera vez en muchos años, me sentía feliz.

El paisaje fue desdibujándose tras la cortina de agua. Era de esperarse. Nada puede un limpiaparabrisas de medio siglo contra la lluvia torrencial. Lo último que distinguí fue una silueta humana. Yo rodaba en mi cacharro de lo más beatífica por la calle 23 y alguien, no sé si hombre o mujer, iba a pie por el callejón de Montero Sánchez. O por el de Crecherie. No sé. Iba por un callejón perpendicular a 23. Se tambaleaba. Se caía de rodillas. Se levantaba, al parecer con tremendo esfuerzo, y daba unos pasos. Volvía a caerse, ahora de bruces. Volvía a levantarse. Caminaba de nuevo, con una pata coja... Hasta que la cortina de agua se convirtió en una pared de agua y ya no vi más nada. ¿Qué habrá sido de aquella persona? Jamás lo supe.

A ciegas, seguí rodando, ahora un poco más rápido. Algo *tenía* que suceder conmigo, ¿no? Estaba segura de eso. Y en efecto, algo sucedió.



También hay perros y gatos callejeros. En fin, todo lo que yo deseaba era alejarme de allí lo más rápido que pudiera. A estas alturas ya había empezado a llover y el viento sacudía las copas de los árboles como si quisiera desgazarlas. De modo que arranqué veloz... bueno, más o menos veloz, rezando por que el dinosaurio Ford no fuera a darme candanga justo ahora.

De pronto, la camioneta pegó como un brinco y se detuvo. Claro que yo no tenía cinturón de seguridad. Por poco salgo disparada contra el parabrisas. De hecho, me di un buen tortazo en la frente con el timón, o con algo, no sé. ¿Qué coño había pasado? El motor seguía encendido, pero la camioneta no avanzaba. Intenté dar marcha atrás y nada, tampoco podía. Nunca se vio una camioneta más inmóvil que aquella. ¡Ni un mulo hubiera opuesto tanta resistencia!

Aparte de "coño", mascullé otras palabrotas, aún más gruesas. En general no soy boquisucia. Las blasfemias, si las sueltas con frecuencia, pierden eficacia. Mejor reservarlas para las grandes ocasiones. Mientras, un líquido tibio me corría por el rostro. Me toqué. Era sangre. Me miré en el retrovisor. La herida en la frente no lucía tan bonita. Qué raro que no me doliera. Aunque eso no tenía mucha importancia. Traté de avanzar otra vez, y nada. Se apagó el motor.

Creo que si me hubiera apeado en aquel momento, quizá hubiese tenido más suerte. Pero no lo hice. Me quedé allí, dentro de la camioneta. A mi alrededor todo era agua. La lluvia repiqueteaba contra el parabrisas de un modo infernal. No sería extraño que lo reventara, pensé, y esa idea me devolvió la tranquilidad.

Lo cierto es que la camioneta se había atascado en un bache. Nada extraordinario, después de todo. Ya se sabe que las calles del Vedado, al igual que otras muchas en La Habana, están llenas de huecos, algunos muy grandes y peligrosos para cualquier vehículo. En uno de esos vine a caer. Sólo con una grúa se hubiera podido sacar la camioneta de allí. Y el problema con estos baches, aparte de los atascos y los neumáticos pinchados, es que se inundan cada vez que llueve un poco fuerte. Una simple tormenta tropical los hace desbordarse, no digamos ya un huracán. Así que el nivel del agua fue ascendiendo hasta alcanzar el motor, y éste se apagó, como es natural.

Pero eso no lo supe hasta mucho después. En aquel momento no sabía ni hostia. Encerrada en la camioneta, me molestaban el olor de la sangre, tan parecido al del cobre, y el calor. Porque había mucha sangre y mucho calor. Al menos así lo recuerdo. Me preguntaba si no sería conveniente bajar los cristales, para que se fuera el aire viciado y entrara toda esa lluvia demencial y todo ese viento que rugía como los mil demonios... Entonces fue cuando sentí el otro golpe. Ése sí me dolió. Muchísimo. Pero sólo por un segundo, o quizás menos. Tras el dolor, vino la calma. Una rara sensación de plenitud, de bienestar. Podía oír la lluvia y el viento, sí, pero

{ V/54 }

muy atenuados, como si estuvieran a miles de kilómetros de allí. Luego me entró sueño. Poco a poco, me envolvió la oscuridad.

No tuve suerte. Desperté en la sala de emergencias del hospital Fajardo. Me habían puesto una transfusión, un suero, una máscara de oxígeno, un vendaje alrededor de la cabeza y no sé cuántas cosas más. ¡Hasta me habían cambiado el vestido por una especie de batilongo gris! Qué rabia. Mi primer impulso fue el de arrancarme todos aquellos trastos, incluido el batilongo. Pero no pude ni mover un dedo. Me sentía muy débil, mareada, con una jaqueca espantosa.

Apenas la enfermera vio que yo me había despertado, salió corriendo. Enseguida apareció un médico. Un gordo cincuentón, con cara de cumpleaños. Lo primero que me dijo fue: ¡Ajajá! ¡Así que tenemos los ojos verdes! Y se abalanzó para estudiármelos con una linternita. Luego me quitó la máscara de oxígeno y me preguntó cómo me sentía, y también mi nombre, dirección, teléfono, parientes cercanos, etc.

No le respondí nada. No tenía ganas de hablar. Él aceptó aquel silencio como lo más natural del mundo. Me preguntó si yo podía oírlo. Asentí con los ojos (hacerse el sordo es mucho más difícil que hacerse el mudo, al menos para mí). Entonces volvió a ponerme la máscara y habló él. No recuerdo todo lo que dijo, sólo algunas cosas. Lo que había caído encima de la camioneta era un álamo. Claro que no me golpeó de lleno con el tronco, pues en tal caso me hubiera hecho papilla. Vamos, quien haya visto álamos sabrá que pueden ser más altos que una casa de dos plantas. Éste, en su caída,

aplastó primero una cerca, unos arbustos, un automóvil, y al final sólo tocó la camioneta con una de sus ramas.

Yo llevaba tres días inconsciente. Aparte de la herida en la frente, que hubo que suturar, no tenía otras lesiones visibles. Me habían hecho algunas radiografías y pruebas, y nada. Todo parecía estar en orden. Pero no había que confiarse. La conmoción había sido muy fuerte. Yo debía permanecer allí, en observación, unos días más. En cuanto a lo de hablar... -sonrió-, pues no había prisa. Ya hablaría más adelante. Por el momento era mejor que guardara reposo absoluto.

Cuando el gordo se fue, eché un vistazo en derredor. En la sala de emergencias había otras camas y otros pacientes, familiares de los pacientes y amigos de los pacientes y de los familiares, enfermeras y novios de las enfermeras, la que limpia el piso, la que prepara el café, el que vende pirulís... Nada, que aquello parecía el camarote de los hermanos Marx. Todos charlaban, discutían, opinaban, interrumpiéndose unos a otros. En lo alto de una pared, frente a la hilera de camas, había un televisor encendido. A todo volumen, por supuesto. Conque "reposo absoluto", ¿eh?

Me puse a mirar la TV. Las aventuras de Michelle seguían acaparando la atención. Tras salir de acá, había continuado su paso con rumbo Noroeste por el Golfo de México, y ahora estaba acabando con la Louisiana o con la Florida, no recuerdo bien. En cuanto a Cuba, el ojo del ciclón había cruzado por el centro. A la capital sólo habían llegado las bandas exteriores. O sea, la parte más "floja" del fenómeno. Lo que yo había visto en mi accidentado paseo, toda aquella furia de agua y viento, no era nada en comparación con

lo que había pasado por el centro de la isla grande, al que más tarde la UNESCO declararía oficialmente “zona de desastre”. Hacia allá se había dirigido buena parte de la prensa nacional e internacional. Las imágenes tomadas desde el aire, que aparecían ahora en pantalla, eran todo lo horribles que cabía esperar. Pura devastación, igual que en la costa caribeña de Centroamérica.

Luego transmitieron un reportaje acerca de un pueblito llamado Jícara, en la región central. Era uno de esos bateyes insignificantes que ni aparecen en los mapas. Si recuerdo el nombre es porque me hizo gracia que los lugareños se autodenominaran “jicarenses”. En verdad Michelle se había ensañado con aquel sitio. No quedaba ni un bohío en pie, ni una palma, nada. El aspecto de los jicarenses era muy similar al de los damnificados centroamericanos. Entre ellos no había indígenas. Sólo negros y mulatos. Por lo demás, a simple vista se les notaba la miseria, el hambre, el desamparo. Y ahora, para colmo, les había caído un huracán.

Sin embargo, cuando el periodista les preguntó cómo se sentían, ellos respondieron que muy bien. Oh, sí. Maravillosamente bien. Cualquiera hubiese creído que ironizaban, pues a fin de cuentas la pregunta era un poco idiota. Pero no. Los jicarenses hablaban en serio. ¡Se sentían muy bien! ¡Habían soportado el huracán, sí! ¡Y soportarían todo lo que tuvieran que soportar por la patria y la revolución! ¡Y lucharían contra el imperialismo yanqui, sí! ¡Hasta la última gota de sangre! ¡Y que viviera por siempre el inmortal comandante en jefe! Todo eso lo soltaron a grito pelado, agitando los puños con frenesí, como para que no

quedara la menor duda acerca de lo bien que ellos se sentían. Válgame Dios, pensé, y luego dicen que yo estoy loca...

En la sala de emergencias se escucharon algunas carcajadas. ¡Mira p’a eso, por tu vida! ¡Están del carajo, esos guajiros ñongos! ¡Jo jo jo! Creo que nadie reprendió a los risueños. Ya se sabe que la gente de ciudad suele ser un tanto burlona con la gente de campo.

Si de veras el gordo creía que yo iba a decirle algo acerca de mí, estaba muy equivocado. Nada le dije, ni mi nombre. ¿Para qué? No era asunto suyo. Permanecí varios días en silencio, más callada que una ostra en el fondo del océano. Él trataba de sonsacarme, cada vez más nervioso. Me decía que los pacientes anónimos no estaban permitidos, que él no era mi niñera y no tenía por qué aguantar mis caprichos, y hasta me amenazó con remitirme al psiquiatra. Pero no consiguió nada. En cuanto pude, me fugué del hospital. Sólo entonces me enteré de lo otro.

Como se conoce, las bandas exteriores de Michelle causaron un sinnúmero de estragos en La Habana. Derrumbes, penetraciones del mar, gran parte del tendido eléctrico por el suelo, junto a los cables del teléfono, árboles y toda clase de objetos que normalmente no vuelan, pero que los vientos habían hecho volar. También dejaron alrededor de una decena de víctimas fatales. Eso no es mucho para una ciudad con más de tres millones de habitantes, de modo que no hubo catástrofe humanitaria. Sólo que una de esas víctimas fue mi hermanito el Bebo. Encontraron su cuerpo tirado en la calle, a unas cuerdas de casa. Estaba muy magullado, con fracturas múltiples, una de ellas en la base del cráneo. Qué sucedió exactamente,

no lo sé. Creo que nunca lo sabré. Dadas las circunstancias, me temo que resultaría muy difícil, tal vez imposible, averiguarlo. Y para qué especular, para qué, me pregunto, si de todas formas él no va a volver...

Ahora estoy sola en nuestra casa del Vedado. Ya ni sé por qué digo “nuestra”. Debe ser por la costumbre. El permiso de Inmigración aún no llega. El amigo de papá sigue enviándome algún dinerito mes tras mes, y con eso voy tirando. La camioneta Ford, como es de suponer, después del incidente del bache y el álamo, pasó a mejor vida. Tengo una cicatriz bien fea en la frente, pero me da igual. Si la oculto detrás de un flequillo es para no llamar la atención en la calle. No soporto que los extraños anden mirándome, siempre me ha gustado pasar inadvertida. No voy a acudir a un cirujano plástico, suponiendo que esa posibilidad estuviera a mi alcance, por la misma razón que no voy a tener un perro, ni voy a ocuparme de arreglar el jardín, ni voy a intentar escribir una novela...

Nada de eso tiene sentido para mí. Porque persisto en mi decisión. Vaya si persisto. Cada año, desde el 1ro de junio hasta el 30 de noviembre, que es la temporada ciclónica, me dedico a ver los noticieros en la TV. Así me entero de lo mal que anda el mundo y de lo bien que está todo en mi país. Pero lo que más me interesa es el parte meteorológico. Oh, sí. No me pierdo ni uno. Como Penélope a su Odiseo, yo espero un huracán. {V}

Entre esas causas se destaca la debilidad de la sociedad civil, autónoma y reconocida jurídicamente en la primera mitad del siglo XX, y su desaparición entre 1959 y 1968, sin cuya existencia no es posible el avance personal ni social en la modernidad. En ausencia de la sociedad civil y de los derechos cívicos y políticos, el concepto de ciudadano se fue eclipsando hasta ser considerado como un término peyorativo. Ello significa que a la vez que Cuba se aproxima a cambios, lo hace en ausencia de los instrumentos y espacios imprescindibles. Una realidad que constituye el más complejo reto para que las posibles transformaciones no culminen en un nuevo retorno al punto de partida. Todo depende de la capacidad de las fuerzas pro-cambio, de la inteligencia en la forma de actuar, y también de las fuerzas ocultas que se oponen a ese proceso.

en el Directorio Estudiantil de 1930; fue detenido, guardó prisión y estuvo exiliado en varias oportunidades: en 1925 por su participación en la marcha que exigía la liberación de Julio Antonio Mella; en 1929 acusado de querer asesinar a Machado; en 1931 recluido en el Castillo del Príncipe y en la prisión de Isla de Pinos; en marzo de 1935, seis meses de nuevo en el Castillo del Príncipe; en 1950 seis meses de cárcel dictados por el Tribunal de Urgencia.

Miembro del Partido Revolucionario Cubano, fundado en febrero de 1934, en 1939 fue elegido delegado a la Asamblea Constituyente, representante a la Cámara en 1940 y Senador en 1944. En 1947, resultado de una división interna en el Partido Auténtico, fundó junto a otros líderes el Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo), por el que se postuló para la presidencia de la República. Desde marzo de 1928, en



En próximas entregas trataré varias figuras de la República surgidas a partir del movimiento revolucionario que se opuso a la prórroga de poderes de Gerardo Machado, las cuales, procedentes del Ejército o del estudiantado, se caracterizaron por el empleo de la violencia física y/o verbal, y por el personalismo en los asuntos públicos; fenómenos estrechamente relacionados con la actual situación, por lo que de su análisis pueden surgir valiosas experiencias para el presente. En esta oportunidad me ocuparé de un hombre que se caracterizó, esencialmente, por la lucha contra la corrupción.

Eduardo René Chibás y Rivas (1907-1951), periodista y político, de carácter exaltado, locuaz, osado y excéntrico, formó parte del Directorio Estudiantil contra la Prórroga de Poderes en 1927; se destacó

que publicó su primera declaración en *El Mundo*, hizo un uso reiterado e intenso de la libertad de prensa. Ya en 1934, en la edición de Bodas de Plata de la revista *Bohemia*, aparecía entre sus colaboradores. Además de *El Crisol* y otros órganos de prensa plana, utilizó la emisora radial *CMW La Voz de las Antillas*, la *CMQ* y desde 1946 la *COCO*. Sus denuncias y polémicas conformaron un estilo nuevo en la política cubana, basada en la utilización de los medios informativos para mantenerse en los primeros planos del interés público. Se autodefinía, por esa labor, como líder de la Revolución Moral.

Esencialmente polémico y contradictorio, pasaba constantemente de la defensa a la agresión. Veamos algunos ejemplos: en septiembre de 1933, cuando se acordó disolver el gobierno conocido como

la Pentarquía, propuso a Grau San Martín para Presidente; luego, en enero de 1946, elogió la obra del presidente Grau con las siguientes palabras: *En el orden educacional, hemos hecho efectivo, por primera vez en la historia de Cuba, lo que fue sueño de Martí y anhelo de Estrada Palma: que la república cuente con más maestros que soldados.* Sin embargo, en junio de 1948 calificó a Grau de *émulo de los Borgias, el mayor simulador que ha dado el mundo desde los tiempos de Calígula, a cuyo lado he sacrificado veinte años de mi vida, sin pedirle ni aceptarle nada.*

Anticomunista consumado, presentó en la Convención Constituyente una moción de solidaridad con Finlandia al ser invadida por el Ejército Soviético y entre otras cosas dijo: *Stalin ha traicionado las enseñanzas de Lenin para trocarse en un déspota imperialista al estilo de Iván el Terrible.* Y en julio de 1940, en el acto de firma de la Constitución, denunció *que ya se estaba violando su espíritu en provecho de algunos que la suscriben.*

La acusación por diversos motivos, principalmente por corrupción, la empleó de forma sistemática. En mayo de 1939 acusó a Blas Roca de traidor; en 1942 al jefe de la Policía de extralimitarse en sus funciones; en 1943 presentó dos mociones en la Cámara contra Batista y contra el Congreso; en julio de 1945 a Carlos Miguel de Céspedes por la venta de un pedazo de la calle Paseo; en enero de 1947, en carta leída por la radio, impugnó a Grau por supuestos intentos reeleccionistas; en 1950 acusó al presidente Prío por el asalto a un juzgado correccional, del cual sustrajeron los documentos de una causa por malversación de cientos de miles de pesos; en 1951 acusó a Rolando Mansferrer de una bomba que habían colocado en la casa de Roberto Agramonte; y así sucesivamente.

Su conducta le granjeó amigos y enemigos. Calificado de loco, respondía: *prefero ser un loco con vergüenza que un ladrón desvergonzado.* Cuando Carlos Prío ganó las elecciones de 1948, dijo: *Chibás ha sido toda su vida un farsante. No es precisamente loco, sino un anormal. Chibás no sabe dónde tiene el corazón ni conoce la existencia de la verdad.* Con otros, Chibás efectuó duelos de sables, pistolas y puñetazos. La defensa de lo que consideraba útil en cada momento lo llevó a rea-

{ V/58 }

lizar valoraciones criticables. En febrero de 1946, estableció una diferenciación entre atentado revolucionario y simple terrorismo. Dijo: *El uso de la bomba puede tener su explicación cuando ella se emplea como grieta de rebeldía contra un régimen de terror..., pero jamás cuando se emplea contra un Gobierno que es producto de la voluntad nacional.*

La muerte estaba en su quehacer y en su discurso. En noviembre de 1939, en vísperas de las elecciones de delegados a la Asamblea Constituyente, resultó herido de bala y cuando le preguntaron quiénes habían sido los agresores, dijo: *No se preocupen por averiguar; muero por la revolución, voten por Grau San Martín;* pero la popularidad alcanzada por el disparo le dio el segundo lugar en la votación. En enero de 1948, en una asamblea del Partido, saltó sobre la mesa presidencial y se puso a gritar: *¡Tiren al corazón! ¡La Ortodoxia necesita un mártir!* En mayo de ese mismo año, durante un recorrido electoral por Oriente, apuntó: *El día que Chibás crea advertir una extinción o una merma en el amor ciudadano, se parte de un balazo el corazón, no por cobardía ante el fracaso, sí para que su inmólación conduzca a la victoria de sus discípulos.* En 1951, al no poder probar la acusación contra Aureliano Sánchez Arango, se hizo un disparo el 5 de agosto a causa del cual falleció el 16 del propio mes.

En *El Crisol* del 7 de agosto de 1944, al exponer las razones del autenticismo, expresó que el mismo solo hacía falta *para romper el cerco que asfixiaba a la República y nos condenaba a la condición de parias en nuestra propia tierra, un grupo de cubanos de vergüenza en la gobernación del Estado.* Luego, al crear el partido Ortodoxo, lo consideraba como *la única fuerza política que brinda al pueblo de Cuba una nueva perspectiva, la única que abre nuevos cauces al país.* Resultado de su quehacer y de su estilo, en un survey realizado en junio de 1950, Chibás resultó el candidato de mayor fuerza para la presidencia, lo que se confirmó con otro realizado el 20 de mayo de 1951, en el que aparecía con el 29,70% de los votos frente a 19,03% de Fulgencio Batista.

La idea de la honradez administrativa constituyó la esencia del movimiento político que inició desde el Partido Autén-

tico y continuó al frente del Partido Ortodoxo: *Los malos políticos -decía- le roban al pueblo para enriquecerse; todas las luchas políticas nacionales tienen su origen en la falta de honradez; es indispensable por lo tanto, poner las riendas de la República en manos limpias.* Chibás redujo la moral -un componente cultural encargado de regular la conducta humana en las relaciones sociales- a la honradez administrativa. La simplificación del concepto le permitió utilizarlo como arma contra sus enemigos en las contiendas electorales, pero lo inutilizó como instrumento de cambios profundos en la clase política y en el pueblo. Sí tuvo un efecto: llamar la atención sobre la corrupción administrativa, en un momento en que este mal se convertía en una amenaza pública. La consigna *¡Vergüenza contra Dinero!*, servía perfectamente para alcanzar el poder como objetivo inmediato, pero no para forjar la Nación honrada con justicia social que él mismo profesaba.

El programa de su Partido tenía tres direcciones esenciales: independencia económica, libertad política y justicia social, pero en aquellos momentos, como en los actuales, Cuba requería de un cambio capaz de romper tanto el monopolio elitista de la economía como de la política para acceder a la justicia social. Para eso era necesario el fortalecimiento de la sociedad civil existente. Chibás concibió un paraíso perfecto para imponerlo a una realidad compleja, construido mentalmente desde su imaginación: expulsar a los ladrones del poder y situar en su lugar a un hombre honrado, servidor de la nación. Ese hombre tenía que ser su propia persona, que no apetecía ni necesitaba del patrimonio nacional, por tanto los cambios que propugnaba tenían que realizarse desde el dañino esquema del personalismo y el caudillismo, dos de los fenómenos culturales más negativos y arraigados en nuestra historia política.

La concepción de la inmediatez, característica de los cambios revolucionarios, no le permitió elaborar un proyecto político que respondiera a las condiciones existentes y a la psicología social del cubano. En una oportunidad expresó: *Nuestro pueblo se informa del latrocinio de los gobernantes con la misma calma que lee las páginas de los muñequitos de colores o es-*

cucha los programas de radio. Por eso llamaba desesperadamente a la conciencia ciudadana indiferente: *Pueblo de Cuba, despierta;* sin comprender que los cambios al interior de las personas no responden a las urgencias revolucionarias. Por eso, con mucha razón, alguien expresó a su muerte: *Chibás era un hombre imbuido de ideas mesiánicas sobre la historia, la moral y la política.* A pensar en ese nuevo orden no le dedicó tiempo, pues en definitiva, el nuevo orden era él mismo, una enfermedad crónica de la que aún padecemos.

Chibás es un ejemplo paradigmático de la imposibilidad de realizar cambios sociales si los mismos no se acompañan de la correspondiente cultura cívica y desde una sociedad civil fuerte, como condición de la participación ciudadana. Esa es una de las principales enseñanzas que nos legó aquel mártir del adecentamiento público. Una experiencia que nos indica en estos momentos que la liberación de los presos políticos no puede ser más que el punto de partida para otros derechos y libertades, sin los cuales los cubanos continuarán marginados de las decisiones de la nación. Entre ellos están: el derecho a salir y entrar libremente al país, cuya inexistencia explica el éxodo masivo y permanente por cualquier vía; el acceso libre a Internet, sin el cual la alta calificación técnica y profesional se está descapitalizando en la era del conocimiento; y la libertad de expresión, fundamento del resto de las libertades. {V}



l i m i t e s s
l i m i t e s s

l i m i t e s s
l i m i t e s s
i n m o v i l i s m o
{V/59}



YOSS

PRÓXIMOS PERO LEJANOS: EL UNIVERSO DE AL LADO

EN 1998, durante la hasta hoy única visita de un Sumo Pontífice a Cuba, Juan Pablo II pronunció su célebre sentencia *que el mundo se abra a Cuba, que Cuba se abra al mundo*.

Dejando a un lado las múltiples implicaciones sociopolíticas de la frase para circunscribirnos al ámbito literario-editorial, bien podemos decir que al menos en su primera mitad fue profética: cada vez más autores cubanos, de dentro o fuera de la isla, publican libros en el extranjero. Pero, ay, la segunda parte... Por desgracia la crítica literaria nacional aún permanece a la zaga, desinformadamente ajena o desdeñando olímpicamente criticar o reseñar la inmensa mayoría de los títulos *written by Cubans* que se lanzan cada año a las librerías de ese inmenso país que es Extranjería, que está en todas partes menos aquí.

“El universo de al lado”, novela ¿cómica? ¿de espionaje? ¿de ciencia ficción? del pluripremiado humorista y guionista de cine Eduardo del Llano Rodríguez (su primer chiste fue nacer en Moscú, 1962...) fue lanzada en el 2007 en España, en un hermoso, casi lujoso volumen policromo y con solapas, por la madrileña *Ediciones Salto de Página*. Se trata del tercer libro que Del Llano publica allende nuestras fronteras, después de su premio *Italo Calvino* de 1997 con la novela “Arena”, aparecida en Italia bajo el título de “La clessidra de Nicanor” (1997), y de la recopilación de cuentos “Todo por un dólar”, que vio la luz también en España pero en el 2006.

{ V/60 }

¿De qué va “El universo de al lado” (cuyo criollísimo e irreverente título original, cambiado por carecer de “gancho” en el mercado editorial ibérico, era... “El culo y la llovizna”)? Aunque parezca facilismo, lo mejor es repetir parte de la sinopsis que aparece en contracubierta: *Primero desapareció Bulgaria. Y a nadie pareció importarle. Una semana más tarde lo hizo Paraguay, y sus fronteras también se convirtieron en el borde limpio de un socavón de dimensión planetaria. La noticia no tuvo mayor repercusión. Siete días después, y ahora sí ante la consternación mundial, la Luna dejó de verse.*

¿Un comienzo atractivo, no? Pues luego se pone mejor; porque esta descacharrante novela se atreve a explotar en clave irónica uno de los temas más sensibles e internacionalmente controvertidos del momento: el del terrorismo.

Los dos países y el satélite desaparecidos no se han esfumado por causas naturales, sino por los siniestros manejos de (volvamos a citar la sinopsis) *Lipidia, una nación terrorista tan clandestina que se desconoce la ubicación de su territorio*. Es el “estado canalla” ideal, porque en la terrible Lipidia (tenía que serlo con ese nombre que nos hace pensar en abuelitas verborreicas), esté donde esté, todos son terroristas, desde el primer mandatario hasta el último infante de sus escuelas.

Tras establecer que entre una desaparición y otra hay un plazo de siete días, para descubrir la secreta localización de Lipidia e impedir que desaparezca a otra nación, la CIA forma el comando más absurdo que pueda imaginarse, cuyos singulares caracteres son uno de los grandes aciertos del autor.

Está el recurrente Nicanor O´Donnell, que esta vez podría ser el perfecto hombre de acción... si solo no fuera tan culto. Nick es lo más cercano a un protagonista, dado que los fragmentos de su diario incluidos en la novela son los únicos pasajes en primera persona. La chica del equipo es Chrissy (otro nombre familiar a los lectores de Eduardo, desde el cuento “El beso y el plan”), una bella y malgeniosa agente-*hacker* que cuando no está de servicio trabaja como modelo. El líder es Dante, un mulato fanático de Engelbert Humperdinck y ¡nacido en Lipidia! que, aunque tiene su mapa tatuado en la espalda, no recuerda la ubicación de su patria.

Completan el *team* Rodríguez, el *Homo rodens* o víctima nata, que a todo el que lo encuentra le provoca deseos de golpearlo o curarlo; y Mercury (HG) un negro casi normal, salvo que es especialista en artes marciales de todo tipo felizmente casado con Sarah, una mujer de un universo paralelo con el que realiza experimentos su hermano físico.

pura ciencia ficción) con ellos en medio de una clásica pelea en una cervecería de Múnich.

Y las peripecias no paran. Árabes y occidentales juntos vuelan a una China que se debate entre la férrea censura oficial del Pueblo y la encantada apertura al capitalismo más consumista. Tienen por primera vez contacto con “los malos” (gentes lipidianos) a través de una explosión de la que se salvan por puro milagro, los persiguen hasta ¡La Habana!, sitio donde ¿casualmente? uno de los musulmanes, Alí, estudiara Medicina años atrás y fue novio de Xiomara (cariñosamente “Muñuñi”), una escultural y dulce mulata que todavía vive en Centrohavana y cuyo hermano Lazarito es el más inepto agente de la Seguridad del Estado que pueda imaginarse.

Sorprendidos y capturados por los lipidianos, que les revelan despectivos que Lipidia no está en La Habana, son conducidos nada más y nada menos que al Salón Rosado de La Tropical, donde seis negros de mala catadura deberán encargarse de ellos. Solo que en vez de los delincuentes que parecen, los “chardos” resultan ser el conjunto de salsa *Matason*, y uno de ellos, encima, socio fuerte de Alí de sus días de estudiante, por lo que...

**Y PRÓXIMOS PERO LEJANOS:
EL UNIVERSO DE AL LADO**
~~PRÓXIMOS PERO LEJANOS:
EL UNIVERSO DE AL LADO~~
~~PRÓXIMOS PERO LEJANOS:
EL UNIVERSO DE AL LADO~~

Las improbables vicisitudes de este comando *digno de haber sido reclutado por Groucho Marx* (sic sinopsis, otra vez) se suceden con pasmosa e hilarante velocidad: mientras vuelan hacia Afganistán (¿qué sitio mejor para empezar a buscar terroristas?) impiden que un solitario pirata aéreo haga estallar el avión con una bomba disfrazada de dios menor. Luego, tras la pérdida de las maletas de Chrissy y de la misma Chrissy en una escala en Madrid, contactan con sus secuestradores: un comando musulmán empeñado en recuperar la Luna, que suponen robada por los “diablos occidentales” y acaban aliándose (lo que ya es

Por lo que basta, porque, mal que les pese a ciertos críticos, el objetivo de una crítica no es resumir una novela, y lo más sorprendente de “El universo de al lado”, como era de esperarse, queda reservado para su último tercio, verdadero *tour de force* de irónicos golpes de efecto y atractivísimo *crescendo* de desenmascaramientos inesperados hasta desembocar en el absolutamente sorprendente desenlace, que, como los buenos lectores sospechaban desde las primeras páginas, involucra ciencia ficción de la dura y universos paralelos... Aunque no de la forma en que uno habría supuesto, que es lo mejor de todo.

Algún purista del realismo podría cuestionar lo inverosímil de esta aventura, pero ¿inverosímil por qué? ¿No se tragó todo el mundo lo de las armas químicas y nucleares de Saddam Hussein y aplaudieron el ataque de Bush a la peligrosa amenaza islámica? Cuando la realidad supera a la ficción, a la ficción no le queda más que tirar a la chacota la realidad. Ojo por ojo, risa por risa.

Llena de eruditas referencias culturales, tanto a la *pop* (Shakira y Barbra Streisand) como a la “gran cultura” (Tarkovsky y Dave Lynch) esta novela logra no solo atrapar la atención del lector sino, lo que es más difícil, mantenerla. Y, pese a que su irreverencia francotiradora contra todas las banderas puede molestar por igual a los extremistas de derecha y de izquierda, no deja de sorprender y sobre todo poner a pensar con su moraleja final sobre las muchas caras del único monstruo del terrorismo.

Con “El universo de al lado”, Del Llano reanuda aquí la senda paródica de los *thrillers* y la política-ficción estilo Frederick Forsyth o Tom Clancy, que ya años atrás le diera tan buenos resultados en la desternillante novela “Virus”, Premio *Abril*, escrita en colaboración con su Walter Ego del nunca bien ponderado *NOS-Y-OTROS*, Luis Felipe Calvo.

Esperpéntica en su desmesura, sin pretender la credibilidad sino cimentada en lo absurdo, como toda la obra de Del Llano, esta novela nos deja la inquietante sensación de que no solo el de al lado, sino también nuestro propio universo está completamente más allá de la lógica. De que la realidad no es tan real como parece, ni la fantasía tan fantástica como creen esos críticos elitistas que tildan de “subgénero escapista” a la ciencia ficción antes que confesar que no la entienden, en la clásica actitud de “están verdes” de la zorra ante las uvas inalcanzables.

Con una prosa cuidada de corrección casi matemática, llena de notas a pie de página, como las ¿necesarias? aclaraciones del *slang* barriobajero de La Habana para el lector hispano, “El universo de al lado” es a la vez una lectura amena y que hace pensar.

Solo queda entonces preguntarse, como en su día ante “La clessidra de Nicanor”: ¿para cuándo una edición cubana, para que los lectores históricos y nacionales de Del Llano puedan también seguir las nuevas y disparatadas peripecias del O’Donnell agente secreto (incluso en La Habana), sin tener que pagar en moneda convertible por el placer de su lectura?

Y ojalá esta vez la interrogante no quede sin respuesta editorial... {V}

{ V/62 }

~~Algún purista del realismo podría cuestionar lo inverosímil de esta aventura, pero ¿inverosímil por qué? ¿No se tragó todo el mundo lo de las armas químicas y nucleares de Saddam Hussein y aplaudieron el ataque de Bush a la peligrosa amenaza islámica? Cuando la realidad supera a la ficción, a la ficción no le queda más que tirar a la chacota la realidad. Ojo por ojo, risa por risa.~~

~~Llena de eruditas referencias culturales, tanto a la *pop* (Shakira y Barbra Streisand) como a la “gran cultura” (Tarkovsky y Dave Lynch) esta novela logra no solo atrapar la atención del lector sino, lo que es más difícil, mantenerla. Y, pese a que su irreverencia francotiradora contra todas las banderas puede molestar por igual a los extremistas de derecha y de izquierda, no deja de sorprender y sobre todo poner a pensar con su moraleja final sobre las muchas caras del único monstruo del terrorismo.~~

~~Con “El universo de al lado”, Del Llano reanuda aquí la senda paródica de los *thrillers* y la política-ficción estilo Frederick Forsyth o Tom Clancy, que ya años atrás le diera tan buenos resultados en la desternillante novela “Virus”, Premio *Abril*, escrita en colaboración con su Walter Ego del nunca bien ponderado *NOS-Y-OTROS*, Luis Felipe Calvo.~~

~~Esperpéntica en su desmesura, sin pretender la credibilidad sino cimentada en lo absurdo, como toda la obra de Del Llano, esta novela nos deja la inquietante sensación de que no solo el de al lado, sino también nuestro propio universo está completamente más allá de la lógica. De que la realidad no es tan real como parece, ni la fantasía tan fantástica como creen esos críticos elitistas que tildan de “subgénero escapista” a la ciencia ficción antes que confesar que no la entienden, en la clásica actitud de “están verdes” de la zorra ante las uvas inalcanzables.~~

~~Con una prosa cuidada de corrección casi matemática, llena de notas a pie de página, como las ¿necesarias? aclaraciones del *slang* barriobajero de La Habana para el lector hispano, “El universo de al lado” es a la vez una lectura amena y que hace pensar.~~

~~Solo queda entonces preguntarse, como en su día ante “La clessidra de Nicanor”: ¿para cuándo una edición cubana, para que los lectores históricos y nacionales de Del Llano puedan también seguir las nuevas y disparatadas peripecias del O’Donnell agente secreto (incluso en La Habana), sin tener que pagar en moneda convertible por el placer de su lectura?~~

~~Y ojalá esta vez la interrogante no quede sin respuesta editorial... {V}~~

~~{ V/62 }~~



La Habana, agosto 2010